

# Alguien Especial

Andrea Muñoz Majarrez

ALGUIEN ESPECIAL

ANDREA MUÑOZ MAJARREZ

Copyright © 2018 Andrea Muñoz Majarrez

Ilustración: © 2018 Alvaro García Bilbao

Todos los derechos reservados.

ISBN: 1-72-665667-5

ISBN-13: 978-1-72-665667-2

Sello: Independently published.

A mi padre, a mi hermana Lucía y a mi hermano David.

Agradecimientos especiales:

A ti, lector, por darle una oportunidad a mi novela.

A Álvaro, por su apoyo y amor infinito, y por esta maravillosa portada.

A mi madre y mi abuela, mis seguidoras incondicionales.

A todos esos compañeros y compañeras de letras, que me ayudan, me apoyan y me aconsejan. Especialmente a Luna Villa, Sabina Rogado, Mar P. Zabala, Francine JC, Alejandra Macol, Chris Razo, Alina Covalschi, Alexia Mars, Elizabeth Urian, Adriana Rubens y

Myrian González Britos. Gracias a todas vosotras, este mundo literario, que a veces puede ser hostil, es mucho más dulce para mí.

# PRÓLOGO

Edimburgo, 2014.

Aquella tarde del mes de marzo, en la que el cielo estaba cubierto de nubes, el pub Mackenzie se preparaba para una importante celebración. El dueño, Dan Mackenzie, por fin se jubilaba y dejaba el negocio en manos de sus dos únicos hijos, Duncan, de treinta y dos años, y Ronald, al que todos llamaban Ron, de treinta y cinco. Con mucho trabajo y esfuerzo, Dan Mackenzie mantuvo el negocio a flote después de que su padre, John, se jubilara. Este a su vez lo había heredado de su padre, Maxim, que fundó el pub en 1908.

Dan lo convirtió en un lugar de encuentro que recibía tanto a habitantes de Edimburgo como a turistas venidos de diferentes partes del mundo, ofreciendo una variedad de platos y bebidas tradicionales de Escocia, en un entorno cálido y hogareño. El pub estaba situado en Castle Street, en la New Town, justo al lado de los Princes Gardens, uno de los puntos más emblemáticos de la ciudad, así que la localización era perfecta. Lo malo era que había mucha competencia, porque aquella zona estaba llena de restaurantes, cafeterías y pubs. Sin embargo, tenían clientes fijos, que a su vez invitaban a otros.

Todo el personal siempre procuraba que aquel que viniera por primera vez, tuviera ganas de volver. Ayudaba mucho el ambiente agradable y familiar que se respiraba en el lugar, y la buena labor de la cocinera, Kim, una virtuosa de la cocina.

Todo sumado en conjunto, daba como resultado un negocio próspero, donde todos los que trabajaban allí estaban contentos. Para Ron y para Duncan aquella era su casa. Pasaban más horas en el pub que en sus respectivas viviendas.

A pesar de que los hermanos Mackenzie tuvieron una infancia feliz, sufrieron un duro golpe. Janis Mackenzie, su madre, falleció de cáncer cuando Ron y Duncan eran muy pequeños, algo que dejó devastado a Dan, que amaba a su esposa con todo su corazón. Fue entonces, cuando Dan se

encerró en sí mismo, y se volvió un hombre serio y reservado, que solo se preocupaba del trabajo y de sus hijos.

Duncan era demasiado joven entonces y apenas recordaba a Janis. No obstante, para Ron y para él, había una persona a la que consideraban su madre, porque había ejercido ese papel con diligencia y amor incondicional. Se trataba de Maggie, la pareja de su padre. Ella fue la que, tras la muerte de Janis, curó el corazón destrozado de Dan, y crio a Ron y Duncan como si fueran hijos suyos.

Dan y Maggie no se habían casado, pero convivían desde hacía casi treinta años. Tanto Duncan como Ron le habían recriminado a su padre que no formalizara las cosas, pero a Maggie parecía no importarles. Ella estaba bien así, y les había dicho muchas veces que no necesitaba ningún documento para demostrarle al mundo que ella era una Mackenzie.

Maggie seguirá trabajando en el pub como una especie de mentora, hasta que se jubile. En el equipo también estaba Murray, un chaval joven, de unos veinte años, estudiante, que trabajaba a tiempo parcial allí para pagarse los estudios, y Tess, que llevaba ya cuatro años trabajando con ellos.

Hoy celebraban la jubilación de Dan Mackenzie, pero hace pocos días, tuvieron otra celebración: El quinto aniversario de boda de Ron y su esposa, Phoebe. Cuando se conocieron, daba la impresión de que no tenían nada en común, pero con el tiempo, ambos se dieron cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. Phoebe es una mujer alta, con una melena larga pelirroja rizada, y unos bonitos ojos grises. Trabaja como administrativa en una empresa de publicidad, cuya oficina estaba muy cerca de allí. Es una ávida lectora de novela romántica a la que le entusiasma todo lo relacionado con la magia y los temas de misterio. Tiene amigos de todo tipo y condición, que dan cierto nivel de versatilidad al pub. Ese día, vino acompañada de su amiga Robin, una mujer alta, rubia, con los ojos verdes, que suele llevar un variopinto vestuario elaborado a base de telas de colores, combinado con un look oriental. Es una especie de pitonisa aficionada al tarot y las ciencias ocultas, a la que le gusta leer las palmas de las manos. Siempre había alguien interesado en que le leyera el futuro. Duncan, sin embargo, no creía en esas cosas.

Todo estaba preparado para recibir al invitado de honor, que desconocía la fiesta sorpresa que le tenían preparada. Solo faltaba la novia de Duncan, Gwen, que ya llegaba tarde, como siempre. Llevaban juntos prácticamente toda la vida. Se conocieron en el instituto. Él jugaba al rugby y ella era una

de las chicas populares. Enseguida se enamoraron, y desde entonces, no se separaron. Cuando Duncan dejó el rugby debido a una lesión, y comenzó a estudiar hostelería, ella estuvo a su lado. Cuando ella se graduó en la universidad, obteniendo un título de Empresariales, él acudió emocionado a su graduación.

Y finalmente, después de muchos años, se fueron a vivir juntos. Duncan se sentía el hombre más afortunado del mundo por tener a Gwen a su lado. Era una mujer maravillosa, guapa, con un cuerpo escultural, cariñosa, traviesa y seductora. Tenía una mente brillante y siempre sabía lo que había que hacer en cada momento. Tenía todo bajo control. Incluso a su novio, que estaba loco de amor por ella.

Después de muchos meses, Duncan había conseguido ahorrar para poder comprarle un anillo de compromiso. Al día siguiente iría con Phoebe para que le asesorara. Confiaba plenamente en su criterio. Aunque hay que aclarar que Phoebe no sentía demasiada estima por Gwen, de hecho, le caía bastante mal. Sin embargo, procuraba disimularlo porque apreciaba a Duncan.

Este estaba empezando a impacientarse, así que decidió llamar a Gwen, porque su padre estaba a punto de llegar y aún no había aparecido. Al llamar, comprobó que tenía el teléfono apagado, algo muy extraño. Ahora sí que estaba inquieto. ¿Le habría ocurrido algo? Como aún quedaba un poco de tiempo, y su casa no estaba lejos, decidió ir a buscarla.

—Ron, tengo que ir un momento a casa.

Su hermano lo miró frunciendo el ceño.

—Duncan, papá está a punto de llegar. ¿Para qué tienes que ir a casa ahora?

—Es que Gwen aún no ha llegado, y tiene el teléfono apagado. No sé si le ha pasado algo, así que voy a comprobarlo. Volveré antes de que llegue papá, te lo prometo—contestó mientras salía por la puerta.

Ron no dijo nada en respuesta. Instantes después, Duncan ya estaba caminando calle arriba en dirección a su casa. En cuanto llegó, abrió la puerta y entró en el apartamento.

—¿Gwen? ¿Estás en casa?

Parecía que no había nadie, pero observó que el abrigo de Gwen estaba aún colgado en el perchero de la entrada. Justo al lado, había otro abrigo que no había visto antes. De repente, su pulso se aceleró. En ese momento, pudo escuchar un ruido proveniente del fondo del pasillo, donde estaban las habitaciones. Caminó despacio, con inquietud. A medida que se acercaba, el

sonido era más claro, y pudo distinguir lo que era. Unos gemidos de mujer. Tembló en ese instante pensando lo peor. ¿Estaría en lo cierto o eran imaginaciones suyas? Finalmente, llegó a la puerta de la habitación y la abrió de golpe.

Y entonces deseó no haberlo hecho. Gwen estaba desnuda, sentada a horcajadas sobre un tipo al cual no había visto nunca. Los dos le miraron, horrorizados, con los ojos muy abiertos. Él tragó saliva, y apretó la mandíbula y los puños. Tenía unas ganas terribles de pegarle una paliza a ese hombre. Pero al mirar a Gwen, algo le detuvo. Una tremenda sensación de dolor y tristeza se apoderó de él. Empezó a retroceder lentamente, y de repente, perdió la noción del tiempo y del espacio.

Gwen se levantó, y le persiguió por el pasillo, con su cuerpo cubierto por una sábana, diciéndole que no era lo que parecía. Lo que suele decirse cuando te han pillado. Duncan tuvo ganas de echarse a reír ante semejante justificación. ¿Qué no era lo que parecía? ¡Pero si estaba gimiendo de placer, desnuda, cabalgando sobre ese tipo, como había hecho tantas veces con él en todos esos años! Duncan jamás se habría imaginado que Gwen le engañaría, y que encima le tomara por idiota. No quiso escucharla, no quería saber más, solo deseaba desaparecer.

Salió por la puerta, y no supo cómo llegó al pub. Su padre acababa de entrar, sonriente y feliz ante la maravillosa sorpresa que le habían preparado. Duncan disimuló como pudo, y se acercó a él, poniendo la mejor de sus sonrisas. Pero a su padre no podía engañarle. Agarró su rostro entre sus manos, y preguntó con gesto serio:

—Duncan, ¿estás bien? ¿ha ocurrido algo?

Él negó enérgicamente con la cabeza. No iba a estropearle aquel momento tan especial. Ya se lo contaría en otro momento.

—Todo está bien, papá, de verdad—contestó, sonriente, a pesar de que estaba sangrando por dentro.

La fiesta continuó hasta muy tarde, entre risas y charlas distendidas. En un momento dado, Duncan habló con Ron y le pidió que le dejara quedarse en su casa un tiempo. Cuando le explicó la situación, a Ron pareció no sorprenderle, ni a Phoebe tampoco. Por lo visto, ellos intuían que Gwen no era lo que parecía a simple vista. Más tarde, cuando tuvo ocasión de conversar con su padre y contarle todo, este no dijo nada, solo se limitó a escucharle, y a darle ánimos como bien pudo, al igual que Maggie. A ellos tampoco les gustaba Gwen.



Dos días después, Gwen y él quedaron para hablar de los términos de la ruptura. Ella ya había llevado sus cosas a la casa de su flamante nuevo novio, que era un alto ejecutivo de una empresa, rico y poderoso.

—Entiéndelo, Duncan. Nunca quise hacerte daño. Pero no pude evitarlo. Me enamoré. Surgió sin más—le explicó.

Duncan no le dijo lo que verdaderamente pensaba, porque, a pesar de todo, aun la seguía queriendo. Cuando has querido a alguien con toda tu alma, eso no se olvida en dos días.

—Te deseo lo mejor, Duncan. De verdad—dijo acariciándole la mano, como solía hacer siempre.

Ese gesto, que antes le encantaba, ahora le daba escalofríos. Se sentía estúpido e impotente. ¿Cómo había sido capaz de entregarse durante todos aquellos años a alguien así? ¿A alguien a quien su amor le importaba poco? Todos sus planes de futuro con ella se habían ido al traste. Duncan quería formar una familia, tener niños. Pero parece ser que él no entraba en los planes de Gwen. ¿Cómo había estado tan ciego?

A partir de ese día, Duncan cubrió su corazón con una sólida coraza y lo cerró con un fuerte candado. No volvería a enamorarse de nadie. El amor era un invento del cine y de la literatura. Algo irreal en un mundo lleno de egoístas. El trabajo, su familia y sus amigos se convirtieron en el centro de su mundo. Nada de amor, solo sexo cuando surgiera la ocasión.

Volvió al trabajo con toda la energía que pudo reunir, porque aún se sentía un poco abatido. Nadie de su entorno volvió a mencionar el nombre de Gwen, permitiendo así que el trance fuera más llevadero. El tiempo haría el resto.

# Capítulo 1

Edimburgo, un año después.

Eran las siete de la mañana y Duncan se preparaba para ir a trabajar. Estaba mirándose en el espejo, terminando de arreglarse, mientras pensaba en su cita de la noche anterior. Se llamaba Clare, era una mujer preciosa, alta, rubia, con los ojos grises y con unas medidas perfectas. Se habían conocido unos días atrás, a través de un amigo común, y al principio, le pareció una mujer agradable y simpática.

Sin embargo, lo que prometía ser una velada fantástica, acabó siendo un largo camino hacia el aburrimiento. Clare resultó ser una mujer superficial, que solo hablaba de sí misma. Además, tenía un carácter un tanto insoportable. Cuando llegaron al restaurante, que era de un conocido suyo, se comportó como una niña malcriada. Empleaba muy malas formas para dirigirse a los camareros, como si fueran sus esclavos, encontraba defectos en todo, y en cuanto a conversación, lo dicho, solo hablaba de lo que a ella le gustaba. Al final, a Duncan incluso le pareció fea. Perdió el interés por completo, y se alegró de no volver a verla.

Desde que rompió con Gwen, la dinámica siempre había sido la misma. Salía con muchas mujeres, pero nunca de forma seria. Duncan no estaba abierto al amor, solo a encuentros apasionados y casuales. En alguna ocasión, pensaba fugazmente en Gwen, pero cada vez menos. Al final, el tiempo había puesto las cosas en su sitio, y ya no estaba enamorado de ella, aunque su corazón seguía cerrado.

Finalmente, se dirigió al pub. Ya estaba Ron en la puerta, abriendo el negocio. Se tomaron un café y algo para desayunar, como siempre hacían antes de abrir, y enseguida se pusieron manos a la obra para atender a los primeros clientes.

El primero en llegar fue el señor Barron, un hombre mayor, ya jubilado, que solía desayunar allí todos los días. Era otro cliente habitual, divertido y dicharachero, que siempre tenía cosas que contarles. Sobre todo, le gustaba hablar de política y de deportes. Ojeaba el periódico, les contaba cómo estaba el mundo, y después, él daba su opinión, aportando su propia solución a algún conflicto internacional. Casi siempre proponía una buena juerga con

whisky y comida, para poner punto y final a una guerra. Así de sencillo.

Después, llegaban más clientes, que ya eran amigos. La señora Thorne, que trabajaba cerca y se tomaba un café a media mañana, John y Kelly, un matrimonio mayor encantador, o su padre, que siempre se dejaba caer por allí para tomar alguna cosa, y pasar parte del día con ellos. Digamos que, el patriarca de la familia aún no se había acostumbrado a tener tanto tiempo libre, y quería ver cómo se manejaban sus chicos.

Por la tarde, Phoebe vino al pub acompañada de Robin, la pitonisa. A esas horas estaban solo los habituales, y no había mucha más gente. Phoebe los saludó a todos, y se acercó a Ron para darle un beso, que él recibió encantado. A pesar del tiempo transcurrido, aquellos dos se querían como el primer día. Y más ahora, que acababan de saber que, dentro de seis meses, serían padres. Phoebe se sentó en una mesa junto a Robin. Minutos después, ya había alguien dispuesto a que la pitonisa aficionada le contara qué le depararía el futuro.

Frank era amigo de los hermanos Mackenzie de toda la vida. Antiguo jugador profesional de rugby, que, en la actualidad, trabajaba como entrenador en la universidad de St Andrews, era un tipo alto, robusto y muy atractivo. Llevaba tiempo sin pareja, y estaba desesperado por encontrar el amor. Esto provocaba que errara más de una vez, saliendo con mujeres que no le querían de verdad. Frank se mostraba expectante, mientras Robin examinaba las líneas que surcaban la palma de su mano.

—Veo aquí a una mujer—dijo Robin, pensativa.

Frank abrió los ojos de par en par.

—Continua, ¿qué ves? ¿cómo es? ¿está buena? —preguntaba, inquieto.

Robin alzó una ceja, mirándole con reprobación.

—Veo que será un amor importante. Un amor verdadero. Pero te costará conseguirlo. No va a ser fácil. Probablemente, tardes en conocerla mucho tiempo.

Frank parecía decepcionado y molesto.

—¡Siempre me dices lo mismo! Y cuando conozco a una, todo sale mal.

Robin volvió a mirarle, seria.

—No me has escuchado. No la has conocido todavía, y aún tardarás en hacerlo. Es lo que te digo siempre. No debes buscarla, ella aparecerá.

Duncan no pudo evitar reírse, y esto pareció no gustarle a Robin, que lo miró con cara de pocos amigos, al igual que Phoebe.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Robin.

Duncan dejó de reírse, y apoyándose en la barra contestó:

—Pues que siempre le dices lo mismo, y está demostrado que no es cierto. Nunca llegará a conocerla porque el amor verdadero no existe. Así de sencillo.

Phoebe y Frank le miraron frunciendo el ceño, pero Robin se mostró imperturbable. Entonces, sonrió de manera enigmática.

—Bueno, ¿por qué no dejas que te lea la mano? A lo mejor te llevas una sorpresa.

Duncan puso los ojos en blanco.

—Tonterías.

Ella lo miró, desafiante.

—¿Es que tienes miedo de que descubra algo que no te gustaría? Vamos, si no te lo crees, no hay nada de malo.

<<¿Miedo? ¿Yo?>>, pensó Duncan.

—Muy bien, veamos que encuentras.

A los pocos minutos, estaba sentado al lado de su amigo Frank, y justo enfrente, estaban Robin y Phoebe. La primera sostenía la mano de Duncan entre las suyas. Con una sujetaba el dorso, y con la otra dibujaba surcos en la palma, como buscando algo. Entrecerró los ojos, pensativa.

—Veo algo. Con mucha claridad, además. Esto... No sé cómo describirlo.

Duncan se revolvió incómodo. Se estaba poniendo un poco nervioso, y estaba empezando a impacientarse ante tanto misterio. Robin lo miró a los ojos justo en ese momento.

—Has sufrido un tremendo desengaño. Puedo notarlo. Y has cerrado tu corazón.

<<¿Cómo lo sabía? Bueno, quizás Phoebe se lo había contado>>, pensó Duncan.

—Eso no tiene nada que ver con el futuro—respondió, mirándola.

—Todo está conectado. El pasado y el presente son importantes. Influyen en lo que nos deparará el futuro—explicó.

Volvió a examinar la palma de la mano, y parecía que las ideas se le habían aclarado, porque abrió mucho los ojos, como si hubiera tenido una revelación.

—Veo a una mujer. Pero no es una mujer cualquiera. Es alguien especial. Única, diría yo. No tiene nada que ver con las mujeres que has conocido hasta ahora.

Duncan notaba como su pulso se aceleraba. Ahora sentía mucha curiosidad. Aunque no entendía por qué, si él no creía en estas cosas.

—Es alguien especial, como ya te he dicho. Una mujer con fuego en las venas, con un alma pura e inocente. Vendrá volando desde el sur. Sí, eso parece. De un lugar un poco lejano. Un día, entrará por esa puerta, y no volverá a irse de tu vida, a menos que tú quieras—le advirtió.

Duncan se quedó un tanto sorprendido. La verdad es que había sido bastante concreta en su predicción. Incluso podía decirse que parecía la profecía de una narración épica o de un cuento. Sin embargo, no se creía nada. No era capaz de creerlo. Finalmente, apartó su mano. Ya había tenido suficiente.

—Bueno, gracias por tu tiempo. Ahora tengo que volver al trabajo—dijo mientras se levantaba.

Se alejó de allí, y volvió detrás de la barra para atender a unos clientes que acababan de llegar. Olvidó rápidamente lo que Robin le había dicho. Simplemente, era imposible. No creía en esas tonterías. El amor verdadero, una mujer venida del sur. No podía ser cierto.

## CAPÍTULO 2

Madrid, en esos momentos.

Eran las once de la mañana, y Lucía ya estaba caminando en dirección a la plaza de Santa Ana. Atravesaba calles abarrotadas de gente, sobre todo turistas, que querían conocer el Barrio de las Letras, donde tantos escritores españoles del conocido como Siglo de Oro habían vivido. A Lucía le encantaba pasear por allí. Solía pensar que en aquellas calles aún se respiraba la esencia literaria que habían dejado los autores del pasado.

Lucía era escritora de novela romántica, tanto contemporánea como histórica. Empezó a escribir siendo aún una adolescente, y tras terminar sus estudios de Filología Inglesa, decidió probar suerte en el mundo literario. Enseguida consiguió que una editorial de prestigio decidiera publicar su primer manuscrito, que tuvo una acogida favorable. Con el paso del tiempo, y tras la publicación de su cuarta novela, por fin la fortuna le sonrió, y desde entonces, solo se ha dedicado a escribir. Sus libros, como *La novia rebelde*, *Un amor tormentoso* o *Romance furtivo*, eran super ventas que se traducían a varios idiomas, y esto hacía posible que pudiera vivir de lo que le gustaba.

En cuanto a su vida personal, bueno, eso ya era otro cantar. Todas sus relaciones amorosas habían sido una sucesión de fracasos. Sufrió un terrible desengaño con su última pareja, Pablo, con quien tenía planeado casarse. No obstante, él no pensaba lo mismo. De hecho, su mente estaba ocupada en otra cosa. Más bien, en otra persona. A pesar de todo, no se rendía y había seguido probando suerte, quedando con hombres a los que conocía a través de la red o por amigos comunes. Aunque por ahora no había conseguido que saltara la chispa. Parece ser que a Lucía se le daba muy bien crear historias de amor con finales felices para sus novelas, pero en el mundo real todo era demasiado complicado. Sin embargo, Lucía creía que algún día encontraría a su alma gemela. El problema es que andaba por ahí perdida, y no sabía por dónde empezar a buscar.

Lucía tenía treinta y dos años, era una mujer con curvas, cara redonda, ojos de color castaño, y una media melena negra y rizada. No destacaba por

su belleza, pero con su simpatía te robaba el corazón. Todos los tipos con los que se había citado buscaban a una mujer escultural, y claro, Lucía no era nada de eso. Sin embargo, ella no se desanimaba. Su alma gemela se enamoraría de su interior y no de su físico. Así que, debía seguir haciendo señales de humo para que la encontrara.

Había quedado en la Plaza de Santa Ana con Verónica, escritora de novela negra, y compañera de editorial. Ambas habían empezado a la vez, publicando su primera novela el mismo día. Al poco tiempo de conocerse, se convirtieron en buenas amigas. Verónica no estaba sola. Había ido acompañada de su hija pequeña, Valentina, que tenía cinco meses. Faltaban sus otros dos hijos, Martín de ocho años, y Bruno de cinco, que estaban en casa de sus abuelos en la Sierra, disfrutando de la compañía de sus primos, y aprovechando los últimos días de vacaciones antes de volver al colegio. Hoy las tres disfrutarían de aquel hermoso día soleado y caluroso de finales de agosto, perfecto para tomarse algo en una terraza.

Ya estaban madre e hija sentadas, esperando a Lucía, cuando esta llegó puntual a la cita. Las saludó con un movimiento de su brazo, mientras se acercaba hasta ellas. Verónica se levantó para darle dos besos, y a continuación, se acomodaron en sus sillas. La pequeña Valentina, permanecía dormida en su cochecito.

—Bueno ¿ya lo tienes todo preparado para el viaje? —preguntó Verónica.

Lucía asintió.

—Sí, ya está todo listo para coger el avión mañana por la mañana.

—¡Qué suerte! Ya me gustaría a mí viajar a Escocia para irme de expedición. Estoy segura de que encontraría un montón de escenarios ideales para mis novelas. Pero tendría que llevarme a los niños, y no me dejarían investigar en paz.

—Bueno, no te quejes, que tienes una familia maravillosa.

—Es verdad. Tengo suerte. Así que, bueno, no me quejaré. Por cierto, me dijiste que te quedarías en casa de una amiga ¿no?

—Sí. Me quedaré con mi amiga Allison.

—¿De qué la conoces?

—Nos conocimos en la Universidad de Birmingham, cuando hice el Erasmus. Ella es de Edimburgo, vive y trabaja allí como guía turística. La verdad es que tengo suerte, porque además de saber hablar español, francés y alemán, sabe mucho de historia, y podrá asesorarme bien.

—¿Vas a escribir una historia de *highlanders* o algo así? A mí esas historias me ponen mucho. Con esos guerreros macizos, con falda y sin nada debajo, como en *Braveheart*.

Lucía se rio.

—Ya veremos, veré lo que se me ocurre. Iré con mi libreta apuntando ideas. Y, por cierto, una corrección. No es una falda, es un *kilt*.

—Llámalo como quieras. Me gusta. A lo mejor le regalo uno a Germán para que se lo ponga—comentó con picardía—. Oye, se me ocurre que a lo mejor allí conoces a un tío bueno escocés de esos que quitan el hipo. ¡Ay, un romance de novela! Sería ideal.

Lucía volvió a reírse ante la ocurrencia.

—Sí, claro. Un irresistible escocés no tiene otra cosa que hacer que fijarse en un desastre andante como yo.

—¿Y tú qué sabes? Vamos, escribes romántica. Tú sabes que cualquier cosa es posible.

Lucía se encogió de hombros.

—Bueno, yo nunca descarto nada. Pero vamos, que yo voy a investigar y a encontrar inspiración. Que menos mal que ya le entregué a la editora el último manuscrito pendiente, que, si no, sería una tragedia. Tengo un bloqueo importante ahora mismo.

—Eso es el estrés. Es mejor relajarse, así las ideas saldrán solas. Y de paso, si te lo puedes pasar bien con alguno, pues eso que te llevas—dijo, guiñándole un ojo.

Por la noche, mientras terminaba de preparar la cena, Lucía mandó un mensaje a su amiga Allison, que esperaba con ilusión su reencuentro. Hacía muchos años que no se veían, y, sin embargo, no habían perdido el contacto. Allison había ido a visitarla una vez a Madrid, hace muchos años, y se lo pasaron en grande. Al igual que ella, su amiga estaba soltera y sin compromiso. Pero había una diferencia. Mientras que Lucía era lanzada, y se atrevía a hablar con los hombres, Allison era una mujer tímida y reservada. De hecho, llevaba mucho tiempo sin tener pareja, y eso que era una mujer atractiva. Pero se encerraba en su caparazón, cual tortuga, y ahí se quedaba, soñando.

Después de cenar, terminó de preparar el equipaje, y a continuación, se fue a dormir. Estaba nerviosa por el viaje. Siempre le ocurría lo mismo cuando tenía que viajar a algún sitio, pero a la vez estaba emocionada. Fue a Edimburgo cuando estudiaba en Reino Unido, y aquella visita de tres días le



dejó huella. Le parecía una ciudad increíble e inspiradora. Esperaba sacar buen provecho de aquella estancia.



Edimburgo, a la mañana siguiente.

Allison ya estaba casi preparada para ir al aeropuerto. Vestía pantalones vaqueros, camiseta de algodón ajustada de color rojo y zapatillas deportivas de color negro. Estaba muy ilusionada. Tenía ganas de ver a Lucía después de tantos años. Cuando le comentó hace unos meses que viajaría a Edimburgo, y le pidió recomendaciones para reservar hotel, no se lo pensó dos veces. No iba a dejar que una de sus mejores amigas se quedara en un hotel, cuando ella tenía un apartamento, donde había sitio de sobra para las dos. Su gata, Minny, la miraba desde la puerta del baño, mientras terminaba de arreglarse. Era una gata con rayas grises y negras, y ojos verdes. No era muy arisca para ser un felino. De hecho, solía llevarse bien con los desconocidos. Así que, Lucía y ella se llevarían bien.

Terminó de peinar su liso y suave pelo rubio, se ajustó sus pantalones vaqueros y cogió su bolso de color gris de tela vaquera. Salió por la puerta, dejando a Minny a cargo de la casa, y bajó por las escaleras hasta llegar al portal. Salió a la calle, y empezó a caminar. Allison vivía en la New Town, no muy lejos de los Princes Gardens. Minutos después, llegó hasta la avenida principal, Princes Street, donde está el monumento dedicado a Walter Scott, para poder coger un taxi que la llevara al aeropuerto.

Siguió andando mientras buscaba un taxi. Iba completamente distraída, sin mirar al frente, y por eso no se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder. De repente, chocó con algo. Perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse, pero el hombre con el que se había chocado fue más rápido, y la agarró por los hombros, evitando así la caída. Alzó la vista, algo aturdida, y se encontró con un gigante. O eso pensó ella. El hombre que la sujetaba era alto, fuerte, con una espalda ancha, y la mandíbula marcada. La miraba, sonriente. Allison tragó saliva, y notó como el pulso se le aceleraba. Se separó de él rápidamente, y le dio las gracias por su ayuda, muerta de vergüenza. Él la miró, embelesado, y respondió a su agradecimiento con una dulce sonrisa. De repente, Allison apartó la vista de él, y vio un taxi que

pasaba cerca de allí. Salió corriendo y se subió al vehículo, sin mirar atrás.

A pesar de que el taxi se alejó bastante rápido del lugar, Allison notó como su corazón latía velozmente. Podía sentir el calor de esas manos robustas y fuertes, agarrándola para que no se cayera. Aquel gigante con esos hermosos ojos verdes, la había impresionado gratamente. Lástima que no fuera a verlo más. Seguramente, serviría de inspiración para algún galán de las novelas de Lucía.

Ya en el aeropuerto, esta vio a Allison a lo lejos, y fue corriendo hasta ella con una sonrisa en el rostro. Se abrazaron nada más encontrarse, emocionadas.

—¡Qué alegría verte! ¡Cuánto tiempo! —exclamó Lucía.

—¡Estaba deseando verte! —respondió Allison, mientras se separaban y caminaban en dirección a la salida—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Muy bien. Todo ha ido de maravilla. Aunque los controles siempre son una pesadez. Pero bueno, por lo demás, bien. He aprovechado para leer un rato, y se me ha pasado el tiempo volando. Nunca mejor dicho.

—Bueno, ahora cuando llegemos a casa, descansas un poco, y después nos vamos a dar una vuelta. Esta noche, quiero llevarte a cenar a un sitio del que me han hablado muy bien.

—Me gusta el plan.

Cogieron un taxi, y media hora después, llegaron al apartamento de Allison. Minny les dio la bienvenida con un maullido, y recibió las caricias de Lucía con ronroneos. El apartamento de Allison no era demasiado grande. Solo había una habitación, un salón pequeño pero espacioso, un baño, y una diminuta cocina. Tampoco necesitaba mucho más. Lucía dormiría en el sofá cama que había en el salón.

Después de descansar y tras una buena ducha, Allison preparó pasta para comer. Se sentaron a la mesa, y reanudaron la conversación:

—Pues creo que aquí vas a encontrar inspiración de sobra. Si te cuento lo que me ha pasado—comentó Allison.

Lucía centró su interés en la cara de su amiga.

—Cuenta, cuenta.

Allison no pudo evitar sonreír con ternura al recordar al gigante.

—Cuando iba andando para buscar un taxi, me he chocado con un hombre. Bueno, más bien, con un gigante. Casi me caigo de bruces, pero él consiguió agarrarme. ¡Menuda fuerza tenía! La verdad es que me quedé un poco impresionada al principio. Y luego, cuando vi sus ojos verdes y su

sonrisa...—dijo, mordiéndose el labio inferior.

Lucía sonrió.

—Así que te ha gustado. Vaya, vaya. Bueno, ¿cuándo habéis quedado?

Allison puso una mueca seria.

—No hemos quedado.

Lucía la miró con gesto interrogante.

—¿No habéis quedado? ¿Por qué?

—Porque no le pedí su número. No sé ni cómo se llama—contestó.

Lucía puso los ojos en blanco.

—¿En serio? ¡Oh, Allison, no sé qué voy a hacer contigo! ¡Eres un desastre! Siempre lo mismo. Recuerdo que en la universidad siempre conseguía yo los teléfonos de los chicos que te gustaban. ¿Cómo lo has hecho sin mí todo este tiempo?

Allison se encogió de hombros.

—No lo he hecho, directamente—contestó con timidez.

Lucía negó con la cabeza.

—Bueno, no te preocupes, que yo te ayudaré.

—Pero si no voy a volver a verle. Ha sido algo casual. Es imposible que volvamos a encontrarnos.

—No digas eso. Estoy segura de que, si el destino os ha juntado una vez, volverá a hacerlo. Confía en mí—aseveró, guiñándole un ojo.

Terminaron de comer, y salieron a dar un largo paseo por las calles de Edimburgo. Lucía miraba fascinada los edificios. Estaba en la gloria. Además, el tiempo era fresco y agradable, muy diferente al sofocante calor de Madrid. Llevaba consigo su libreta, donde todo lo apuntaba. Ideas, conceptos, información relevante. Atravesaron uno de los puentes que llevaban a la Old Town, y comenzaron a andar por las empinadas calles. Era como viajar al pasado, pensó Lucía. Estuvieron el resto de la tarde dando vueltas hasta que anocheció, y entonces Allison propuso ir al pub del que tan buenas referencias tenía. Y allí que se dirigieron.

## CAPÍTULO 3

—¡Ay, qué guapa era! Pelo rubio, mirada inocente. La mujer de mis sueños, Phoebe—le explicaba Frank a Phoebe, que escuchaba emocionada su relato.

—¿Y qué le dijiste?

Frank puso una mueca de tristeza.

—Nada, no tuve tiempo. Salió corriendo.

Phoebe puso un gesto de decepción. Dan Mackenzie presenciaba la escena desde su rincón habitual, una mesa situada al fondo, en una esquina, justo enfrente de la barra, mientras saboreaba una pinta de cerveza. Entonces, decidió intervenir.

—Vamos, muchacho, no desesperes. Ya aparecerá otra.

—No, señor Mackenzie. Esta es única—aseguró Frank.

—Siempre dices lo mismo, Frank. Cada semana te enamoras de una—comentó Duncan desde la barra.

Frank lo miró, serio.

—Bueno, tengo ojos en la cara y miro a las mujeres, pero eso no quiere decir que me enamore. Repito, esta era distinta a todas las que he conocido.

—¿Y cómo sabes eso si ni siquiera has hablado con ella? —inquirió Duncan.

—¡Oh, vamos, Duncan, no seas así! Estás hecho un amargado. Además, si no recuerdo mal, tú te enamoraste de la innombrable a primera vista—apuntó Phoebe.

Duncan asintió.

—Es cierto, y mira lo mal que salió todo.

Eran las seis de la tarde, y el pub estaba empezando a llenarse de gente, a pesar de que era un día entre semana, que era cuando la cosa estaba más tranquila. Maggie estaba atareada en la cocina, ayudando a Kim a preparar los platos para la cena, mientras Duncan y Ron atendían la barra, y Tess y Murray servían las mesas. Llegó a esa hora otro de los clientes habituales del pub, Jeremy, compañero de trabajo de Phoebe. Alto, con una estilizada figura, siempre vestía impecable y con estilo. Solía ir a cenar allí casi todos

los días porque odiaba cocinar. Además, eso le estropeaba su manicura bien cuidada. Entró en el local con el rostro totalmente desencajado.

—Buenas noches a todos—dijo con un tono un tanto serio, impropio de él.

—Buenas noches, Jeremy—respondió Ron, mientras servía una cerveza a otro cliente.

Todos le miraban con curiosidad, mientras se sentaba en su sitio habitual, al lado de la mesa de Dan Mackenzie, que le tenía un enorme aprecio. De repente, apoyó los codos en la mesa, y empezó a llorar a moco tendido.

—¡Ay, dios mío! ¿Por qué me ha tocado a mí esta lacra? —se decía, desesperado.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —preguntó Dan, preocupado, mientras el resto observaba.

Jeremy se irguió y contestó:

—Que mi Mike es un sinvergüenza y un caradura, señor Mackenzie. ¡Eso pasa!

Todos suspiraron. Parece ser que la historia se repetía otra vez. Jeremy y Mike llevaban juntos tres años. Para Jeremy, era la primera relación estable, después de muchos desengaños. A lo largo de su vida sentimental se había cruzado con un montón de caraduras que le habían engañado, aprovechándose de su entrega incondicional, y esto le había creado muchas inseguridades. El problema es que todo eso afectaba a su relación con Mike. Todos sabían a ciencia cierta que este lo quería con locura, pero Jeremy siempre pensaba que le engañaba con otro.

—Vamos, no será para tanto, Jeremy—comentó Frank, dándole una palmadita en el hombro.

—Frank, lo he visto con mis propios ojos. Estaba flirteando con un tío. ¡Tenías que haberlos visto! Se miraban, con esas sonrisas estúpidas. ¡Y yo creyendo que por fin había acertado! —a continuación, apoyó su cabeza en el hombro de Frank, y empezó a hacer pucheros.

—Siempre estás igual. Estoy seguro de que solo estaba hablando con un amigo, y ya te estás haciendo ideas equivocadas—aseveró Duncan.

—¡Que no! ¡Que os lo digo yo, que tengo experiencia! ¡Es un sinvergüenza! Y esto se ha acabado, definitivamente—sentenció con dramatismo.

En ese instante, se abrió la puerta del pub. Mike, un tipo alto, atractivo,

rubio y con los ojos castaños, vio a su novio al fondo del local y se dirigió directamente a su mesa, pasando por alto al resto. La función estaba a punto de empezar.

—¿De qué va todo esto, Jeremy? ¿Por qué te has puesto así? —inquirió Mike, indignado.

Jeremy lo miró con desprecio.

—Porque no soporto que me engañen en mis propias narices.

Mike puso cara de incredulidad.

—¿Engañarte? ¡Ya estamos otra vez con el drama! ¡Haz el favor de bajarte del escenario y bajar el telón, Jeremy!

Este se llevó la mano al pecho y abrió la boca, molesto.

—¿Me estás llamando dramático? ¡Pero si te he visto tonteando con ese musculitos en plena calle!

Mike puso los ojos en blanco, mientras el resto miraba la escena con cierto aire de cansancio. No era la primera vez que sucedía esto.

—¡Estábamos hablando! Nada más. Ahora ser cortés y educado es engañarte. De verdad, Jeremy, esto ya es demasiado y me estoy cansando—le advirtió.

—¡No, guapo! ¡El que está cansado, soy yo! ¡Esto se ha terminado! —le gritó.

—¡Por mí, estupendo! —respondió Mike, alterado. En ese instante, se dio media vuelta, y se dirigió a la puerta dando grandes zancadas.

Sin embargo, antes de que Mike saliera del local, Jeremy se levantó. Recordó que Mike le había regalado en su primer aniversario el bolso de diseño que llevaba. Era de un tamaño considerable y bastante pesado, pero a él le encantaba. En esos momentos, odiaba tenerlo consigo, así que, en un impulso repentino, se dirigió a la puerta, y cuando Mike estaba abriéndola, dijo:

—Por cierto, puedes quedarte este bolso, ya no lo necesito—y dicho esto, se lo lanzó con la intención de estampárselo en su preciosa cara.

Mike se giró y lo vio venir, así que se apartó. Finalmente, el bolso aterrizó lejos de él. Pero no en el suelo, sino en la cara de una mujer que iba a entrar en el pub. Esta cayó sobre el pavimento, totalmente noqueada.

Minutos después, Lucía abrió los ojos, desconcertada. Estaba tumbada sobre un asiento acolchado, tenía la vista un poco nublada, y lo último que recordaba era estar andando por la Castle Street, a punto de entrar en el pub Mackenzie, cuando de repente algo duro y pesado le dio en la cara. Poco a

poco, su vista se fue aclarando, y vio delante de sus ojos a un hombre muy guapo observándola.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó el hombre, preocupado.

Lucía notó cómo su pulso se aceleraba. Aquel hombre tenía las características físicas de un galán de novela romántica. Facciones duras, mandíbula marcada, nariz recta, labios finos y sensuales, ojos azules, mirada seductora, y pelo rubio. No pudo fijarse en la silueta, pero deducía que estaba bien proporcionado. Se incorporó lentamente con la ayuda del caballero, sin apartar la vista de su rostro.

De repente, su mano se movió sola, mientras su mente daba órdenes apresuradas. Las ideas se le agolpaban y necesitaba anotarlas. Estiró su brazo como buscando algo, pero solo notaba la madera de la mesa que tenía a su lado. Allison la miraba, sorprendida, con el ceño fruncido, al igual que Duncan, que no entendía el comportamiento de aquella mujer que lo miraba tan intensamente.

—Libreta—dijo Lucía.

—¿Cómo dice? —preguntó Duncan, desconcertado.

—¡Mi libreta! ¡Rápido!

Allison entendió entonces a qué se refería, y buscó dentro del bolso de Lucía. Enseguida halló su libreta, llena de bocetos e ideas. Se la entregó, junto con un bolígrafo, y Lucía la abrió sobre la mesa, encontrando una página en blanco, donde empezó a escribir en un idioma que Duncan no entendía. Parecía estar fuera de sí. Duncan se apartó un poco. En ese instante, ella alzó la vista y pudo verle mejor. <<¡Dios mío! ¡Es perfecto para mi nueva historia!>> pensó, entusiasmada.

En ese momento, apareció Frank detrás de Allison. Esta se dio la vuelta, y sus miradas se encontraron por segunda vez. Cuando entró al pub acompañando a su amiga, se había dado cuenta de la presencia de aquel gigante que no se había podido quitar de la cabeza desde esa misma mañana. Una sonrisa tímida se dibujó en los rostros de ambos. Frank estaba dando saltos de alegría por dentro, al igual que ella. Parece ser que el destino se había empeñado en reunirlos.

Lucía terminó finalmente de escribir, y cerró la libreta, con gesto de satisfacción. Duncan entonces volvió a dirigirse a ella:

—¿Se encuentra mejor?

Lucía sonrió.

—Sí, desde luego. No se preocupe, estoy perfectamente. ¡Mejor que

nunca, de hecho!

Duncan se quedó asombrado ante tanto entusiasmo. Enseguida llegó hasta ellos un arrepentido Jeremy, con angustia en la mirada.

—Siento mucho lo que ha pasado, señorita. No era mi intención que mi bolso le cayera encima.

—¿Qué llevaba en el bolso, un ladrillo? —respondió Lucía, llevándose la mano a la frente, que aún tenía un poco enrojecida.

—Productos de belleza, principalmente. Uno debe estar preparado para cualquier imprevisto—afirmó—. Por favor, déjeme invitarla a tomar algo, a modo de disculpa.

Allison y ella se miraron.

—Una pinta me vendría bien—respondió Lucía, animada.

Jeremy sonrió, y al cabo de un rato, ya estaban los tres sentados, charlando, como si se conocieran de toda la vida. Frank, mientras tanto, observaba la escena desde su mesa. Bueno, más bien a Allison, que estaba muy bonita con su chaqueta de punto verde. Había conseguido hablar con ella brevemente y presentarse. Aunque no se había atrevido a pedirle su número. Ahora sabía que se llamaba Allison, y le parecía un nombre precioso. Ella le miraba de reojo, esperando que él se acercara en algún momento para volver a hablar. En esos momentos, Allison maldecía su estúpida timidez.

Lucía también estaba pendiente de su nuevo muso, y gracias a Jeremy, consiguió toda la información que necesitaba. Nombre, lugar de nacimiento, y profesión. Había averiguado que era uno de los dueños del pub, así que, por lo menos, si necesitaba más inspiración, sabría dónde encontrarlo. La verdad es que Allison tenía razón, el pub era un sitio agradable, y la comida estaba deliciosa. Cenaron una crema de champiñones y unos tradicionales mejillones al vapor. Era un buen sitio para degustar la cocina tradicional de la zona, y, además, el ambiente era muy agradable.

Mientras tanto, Duncan observaba a aquella mujer tan peculiar, cuya mirada se había quedado grabada en su cerebro. No era una mujer atractiva, no era su tipo, y, sin embargo, había algo en ella que le despertaba mucha curiosidad. Lo había mirado con tanta intensidad que se había sentido incluso intimidado. Lo bueno es que había reaccionado con humor ante aquel golpe tan fuerte que la había tirado al suelo. Al menos, tenía sentido del humor. Ya hablaría con Jeremy sobre el numerito que había montado, porque casi pierde a una clienta por su culpa. Giró la cabeza y fijó su vista en Frank, que miraba ensimismado a la acompañante de la extraña mujer accidentada. Le había



comentado que ella era la chica con la que se había cruzado aquella mañana. Solo esperaba que esta tuviera el mismo interés que su amigo, porque Frank parecía realmente ilusionado.

Phoebe observó el rostro de Lucía con sumo interés. Había algo en ella que le resultaba familiar. Físicamente le recordaba a alguien que había visto en algún sitio, pero no sabía dónde ni cuándo.

Una hora después llegó a casa, sin la compañía de Ron, que aún estaba trabajando. Se puso el pijama, y a continuación, se tumbó en la cama. Cogió de su mesilla el último libro de la escritora Lucía Suárez, que había empezado a leer el día anterior, pero este se le escurrió entre los dedos y cayó al suelo. Phoebe se maldijo y lo recogió rápidamente. Al cogerlo, el libro se abrió por una de las solapas donde aparecía la fotografía de la autora, y entonces reconoció aquella cara. El mundo era un pañuelo, pensó. Aunque estaba contenta por la feliz coincidencia, consideró que seguramente Lucía no volvería al pub después del incidente. <<Bueno, al menos la he visto en persona>>, se dijo mentalmente. Se acomodó bajo las sábanas y abrió el libro. Estaba totalmente enganchada a esa nueva historia, y estaba deseando sumergirse en ella. Así que comenzó a leer, olvidándose del mundo por completo.

Allison y Lucía regresaron a casa, animadas. La primera porque había vuelto a ver a su gigante de la manera más inesperada. Lo único que lamentaba era no haberle pedido su número de teléfono. Pero es que siempre le ocurría lo mismo, su timidez la dominaba.

—No te preocupes, que yo conseguiré su número—afirmó Lucía.

—¿Y cómo vas a hacerlo? A lo mejor solo estaba allí por casualidad.

—Tú déjame a mí, que yo me encargo. Además, sabes que tengo poderes...—respondió Lucía de forma enigmática.

Allison se rio.

—¿Y cuando vas a ponerlos en práctica contigo?

Lucía se encogió de hombros.

—Yo ya no tengo remedio. Mis poderes funcionan con los demás, pero no conmigo. No me preocupa. Estoy bien así. Aunque no te negaré que ese tal Duncan... Madre mía, ¡qué hombre! —dijo llevándose la mano al pecho.

—A lo mejor le has gustado. Te miraba de una forma un tanto extraña.

—Pues claro, porque soy rara. Pero estoy acostumbrada—afirmó riéndose—. De todas formas, solo iré al pub para encontrar inspiración y observar mejor a mi nuevo muso. Es simplemente ideal. Bueno, y también

para poner en práctica mis poderes para que el gigante y tú acabéis juntos.

Allison sacudió la cabeza.

—Estás loca de atar, Lucía. Pero eso es precisamente lo que te hace tan especial.

Lucía abrazó a su tímida amiga, y le dio un sonoro beso en la mejilla. Llegaron finalmente a casa de Allison, y enseguida se fueron a dormir. Lucía estaba muy ilusionada. Su estancia en Edimburgo prometía aportarle emociones fuertes, y estaba abierta a cualquier desafío. Esa misma noche, soñó con Duncan, ese atractivo escocés que quitaba la respiración. Ya le imaginaba con su *kilt*, seduciendo a alguna dama en tiempos remotos en plenas *Highlands*. Un héroe de novela perfecto.

## CAPÍTULO 4

Lucía estaba sumergida en la historia de Escocia. Como Allison hoy tenía trabajo y no podría acompañarla, decidió visitar el Museo de Historia de la ciudad para documentarse, y ver si la inspiración aparecía. Ya tenía el perfil del personaje masculino principal, que era ese tal Duncan Mackenzie, pero todavía no tenía una historia para él. Recorrió las salas del museo, pensativa y mirando todo con curiosidad. La historia de Escocia era sumamente interesante, y daba mucho juego. Recordaba la primera novela de temática escocesa que había leído tiempo atrás: La novia rebelde de Julie Garwood. Le impresionó tanto, que empezó a leer más novelas sobre esa temática, como la célebre saga de Diana Gabaldón, Forastera.

Tiempo después, fue más allá de la novela romántica y comenzó a leer las obras del escritor Walter Scott. Cuando conoció a Allison en Birmingham y le dijo que era escocesa, se emocionó, y empezó a hacerle un montón de preguntas sobre los tópicos relacionados con su tierra. Allison desmontó muchos falsos mitos con paciencia, y sin enfadarse, afortunadamente, al tiempo que Lucía hacía lo mismo con las ideas que se tenían de los españoles en otras partes del mundo.

Por ejemplo, Lucía pensaba que las escocesas eran aguerridas mujeres que decían todo sin tapujos. Sin embargo, Allison era todo lo contrario. Tímida y reservada, aunque eso sí, con un corazón inmenso. Allison, por su parte, llegó a preguntarle si sabía realmente bailar flamenco y si iba a ver corridas de toros a menudo. Pues ni lo uno ni lo otro, le contestó Lucía entonces. Ambas aprendieron que no debían generalizar ni dejarse llevar por ideas preconcebidas, porque cada individuo tiene sus diferencias y particularidades, sin importar de dónde venga.

Después de una entretenida y productiva visita al museo, decidió que, como ya era la hora de comer, haría una nueva visita al pub Mackenzie, a ver si con suerte veía a su muso. Allí se dirigió, paseando por las concurridas y empinadas calles de Edimburgo, que tanto le gustaban. Lucía sentía que viajaba en el tiempo constantemente. Unas veces para viajar al pasado y otras al presente. Se mezclaba la tradición con la modernidad. Hombres en *kilt*

luciendo los colores de su clan charlaban animadamente, mientras pasaba a su lado un chico joven con vaqueros rasgados y chupa de cuero. Muchos turistas, al igual que ella, posaban su vista lejos del suelo, maravillándose con la arquitectura, lo que provocaba algún percance con el empedrado pavimento.

A su paso por la Royal Mile se sucedían a ambos lados los *close*, esos callejones oscuros, que según creía ella, te conducían a mundos misteriosos. No era así, por supuesto, aunque a veces dudaba. A lo mejor si se metía en uno, acabaría como Harry Potter, apareciendo en el callejón Diagon. No le extrañaba que J.K. Rowling hubiera encontrado inspiración en Edimburgo para crear su célebre saga. Era un lugar envuelto en magia y misterio.

Llegó finalmente al pub Mackenzie con hambre y sed. Entró y saludó a los que estaban en la barra, un hombre alto y rubio, y una mujer. Pero ni rastro de Duncan Mackenzie. Se sentó en una mesa para dos, y empezó a ojear el menú.

Era la una de la tarde, y en el pub había bastantes comensales. Maggie y Tess salían y entraban de la cocina, mientras Ron se encargaba de la barra. Duncan había salido a hacer unos recados, y regresaría pronto. Su padre había estado allí por la mañana, y después se había ido, con la promesa de volver por la tarde. Estaban atareados, pero todo estaba bajo control. De repente, Ron vio entrar a la muchacha del bolsazo, como la habían apodado. Parece ser que, afortunadamente, no había dado importancia al asunto, y había decidido volver.

Tess acudió inmediatamente a su mesa para tomarle nota.

—Bienvenida, ¿qué desea tomar?

—Tomaré una hamburguesa Mackenzie con todo, y para beber agua mineral, por favor.

Tess tomó nota de todo. A continuación, apartó la vista de su libreta y observó mejor a la mujer. Entonces, se dio cuenta de que su cara le era familiar.

—Disculpe. ¿Usted no estuvo ayer aquí? —inquirió.

Lucía se rio.

—Sí, soy la que recibió el golpe en la cara.

Tess se sintió un poco apurada.

—Lo siento mucho.

—No hace falta que te disculpes, vosotros no tuvisteis la culpa. Además, el dueño del bolso ya me pidió perdón. No soy rencorosa—afirmó,

guiñándole un ojo.

—Bueno, nos alegra saber eso—contestó Tess con una sonrisa—. Enseguida le traigo su comida—dicho esto, se marchó y se dirigió a la cocina.

Lucía observó el pub, pensativa. Era un local luminoso y grande, con enormes ventanales que daban a la calle, y con espacio para muchos comensales. La barra, ubicada en un lateral muy cerca de la puerta, estaba hecha de madera de caoba. Las mesas estaban hechas del mismo material, y estaban repartidas por la sala. En otro lateral había asientos acolchados. En la decoración predominaban los colores beige y verde, y había algunos cuadros repartidos por las paredes con hermosos paisajes. Lo mejor de todo es que se respiraba un ambiente familiar y cálido. Lucía tenía ganas de probar la hamburguesa Mackenzie que tantas cosas llevaba. Sabía que sería una barbaridad, pero estaba tan hambrienta y cansada debido al paseo, que necesitaba recuperar energías.

Enseguida, Tess le sirvió el agua, y menos de diez minutos después, llegó la ansiada hamburguesa. Lucía se deleitó con el olor, e inmediatamente, pasó a la acción. Devoró el plato con sumo placer, y tras terminar, Tess le ofreció la carta de postres. Escogió un trozo de tarta de manzana, que tenía muy buena pinta.

Cuando Tess le estaba sirviendo el postre, entró por la puerta una visita inesperada. Su muso, Duncan Mackenzie. Este iba vestido con unos vaqueros oscuros, y una camisa negra. A Lucía se le cayó del tenedor el trozo de pastel que estaba a punto de devorar. Duncan pasó a su lado sin percatarse de quien era, y fue directo a la barra. Lucía pudo percibir su aroma. Su colonia era embriagadora. Le siguió con la mirada, y observó discretamente su ancha espalda y sus firmes posaderas. Tragó saliva, nerviosa. Decidió dejar de ser una descarada, y centrarse en comer su tarta. De repente, cuando estaba masticando y saboreando su postre, notó una presencia a su lado. Era su muso en persona.

—Me alegra verla de nuevo. ¿Estaba todo a su gusto?

Lucía lo miró con los ojos desorbitados, y maldijo a sus dientes por ser tan lentos. Tenía la boca llena, y no era capaz de contestar de forma adecuada. Así que decidió hacerlo con gestos. Asintió enérgicamente, y él le sonrió, satisfecho. En ese momento, aunque hubiera querido hablar, no habría podido. No encontraba las palabras. Aquella sonrisa la había dejado deslumbrada. Y entonces, una idea apareció en su cabeza. Un *highlander*

rubio con los ojos azules, que debe salvar a una joven que ha sido raptada por los enemigos de su padre. Enseguida apartó la vista de Duncan, sacó su libreta y empezó a escribir. De nuevo, él se quedó desconcertado. Al final, la curiosidad le pudo, y decidió preguntar:

—¿Qué escribe en esa libreta?

Ella se detuvo, alzó la vista y contestó:

—Ideas para una novela.

Duncan la miró, asombrado.

—¿Es usted escritora?

Lucía sonrió, algo que dejó a Duncan un tanto descolocado. De repente, notó un fuerte latido en su pecho. Y no entendía por qué.

—Así es. Soy Lucía Suárez, escritora de novela romántica.

Duncan no conseguía salir de su asombro, pero enseguida se acordó de Phoebe. Su cuñada adoraba las novelas románticas, tenía una colección bastante grande de ese tipo de libros, repartida por las estanterías de su casa.

—Pues a mi cuñada le encantan. Estoy seguro de que ha leído algún libro suyo—comentó—. Por cierto, no me he presentado. Soy Duncan Mackenzie, uno de los dueños de este establecimiento—dijo, extendiendo su mano, para estrechársela.

Lucía dio saltos de alegría por dentro, y estrechó la mano de Duncan. Al tocarle se dio cuenta de que su mano era fuerte y cálida. <<¡Dios mío! Simplemente perfecto>>, pensó. Se separaron y en ese instante entró Phoebe. Fue a saludar a Duncan, y entonces se dio cuenta de con quién estaba hablando. De repente, su cuñado dejó de existir, y como si fuera una fan histérica adolescente, se puso delante de Lucía, y dijo, emocionada:

—¡Oh, dios mío! Pensé que no volvería a verla. Anoche estaba leyendo su última novela, y vi su foto en la contraportada. Ahí es cuando me di cuenta de que era usted. ¡Lucía Suárez en persona!

Ron se acercó a su mujer, para darle un beso, y saber qué estaba ocurriendo, al tiempo que Duncan miraba a su cuñada, divertido. Phoebe ignoró a ambos. Estaba muy ocupada tratando de entablar una conversación con su escritora favorita. Lucía sonrió, emocionada.

—Así es, soy yo. Y he vuelto porque me gusta mucho este sitio. Y se come muy bien—afirmó mirando también a los hermanos Mackenzie.

Phoebe, sin pedir permiso, se sentó con ella, y continuó ignorando a su marido, que ya estaba con los brazos en jarras, mientras Duncan se marchaba, para atender la barra.

—He leído todas sus novelas, y me encantan. No sabe el buen rato que paso con ellas. Es usted brillante.

—Gracias. Aunque preferiría que me tutearas, me sentiría más cómoda.

Phoebe abrió mucho los ojos.

—¡Oh, por supuesto, Lucía! Sí, ya hay confianza. Bueno, no me he presentado. Soy Phoebe Mackenzie, soy la mujer del otro dueño del local, Ron Mackenzie.

De repente, este hizo un sonoro carraspeo, y Phoebe miró a su marido, sorprendida.

—¡Ron! Vaya, no te había visto, cariño. Te presento a Lucía Suárez.

Su marido puso los ojos en blanco.

—Pues como para no verme, mido casi dos metros—respondió mirando a Phoebe. A continuación, dirigió su atención a Lucía—. Encantado, soy Ron.

—Mucho gusto—respondió Lucía con una sonrisa.

Lucía se fijó en que Duncan se parecía bastante a su hermano, aunque había claras diferencias. Ambos eran altos, tenían el pelo y los ojos del mismo color, pero las facciones de Ron eran más duras, y este era mucho más robusto que Duncan.

—Bueno, le diré a Tess que te traiga la comida. Yo vuelvo al trabajo—dicho esto, dio un beso a su esposa, y volvió a sus quehaceres.

Phoebe se acomodó en la silla, mientras Lucía se mostraba encantada. No le incomodaba en absoluto, al contrario, le gustaba la compañía.

—¿Y has venido a Edimburgo a hacer turismo? Puedo hacerte recomendaciones.

—Bueno, en parte sí, aunque más bien he venido a documentarme.

—Vaya, qué interesante. Pues te aseguro que no te faltará inspiración. Así que, hay un proyecto entre manos...

—Así es, pero es mejor no desvelar el misterio.

Phoebe negó con la cabeza.

—Por supuesto. Oye, si no te importa, ¿podrías firmarme alguno de tus libros? Bueno, aquí no tengo ninguno, pero puedo ir a buscarlo.

—No te preocupes, no hay prisa. Me voy a quedar un par de semanas, así que vais a verme mucho por aquí. Además, he encontrado... Inspiración—comentó desviando la mirada hacia la barra, donde Duncan estaba atendiendo a unos clientes.

Phoebe entrecerró los ojos, y enseguida comprendió lo que sucedía.

—Ya veo. Pero debo advertirte que no tiene interés en comprometerse.

Lucía se sintió un poco apurada, y empezó a explicar la situación con cierto nerviosismo.

—Bueno, yo no voy buscando nada. Es solo un tema literario. Verás, es que es perfecto como modelo para un personaje de mi novela. Por eso me he fijado en él. Aunque sí que me gustaría conocerlo. Pero vamos, que no busco nada más que una buena amistad—de repente, miró a Phoebe con interés—. ¿Y por qué no tiene interés en comprometerse?

Phoebe se acercó un poco, y respondió en voz baja:

—Un desengaño amoroso. Su ex le engañó con otro, y desde entonces...

Lucía lo comprendió al instante.

—Lo entiendo perfectamente. Yo pasé por algo parecido, y no me extraña. El mercado sentimental está muy mal.

—Es curioso. Tú escribes historias de amor, pensé que serías una experta en el tema.

—¡Ni hablar! Mi vida sentimental es un desastre. Por eso le entiendo tan bien. Es más fácil crear historias de amor, que vivirlas—aseveró. De repente, se acordó de Allison y de su gigante. Tenía ese asunto pendiente—. Quería hacerte otra pregunta. ¿Conoces a Frank, ese hombre tan fuerte que estaba aquí anoche?

—¿Frank? Sí, es amigo de mi marido y de mi cuñado. Es un encanto, pero el pobre tiene mala suerte en el amor.

—Bueno, pues creo que eso va a cambiar. Resulta que, a mi amiga, la que estaba anoche conmigo, le gusta. Pero no se atreve a decirle nada.

Phoebe la miró, emocionada.

—¿En serio? ¡Sí! Ahora recuerdo. El pobre vino ayer muy deprimido. Nos contó que se había chocado con una chica y que se había enamorado de ella a primera vista. Pero antes de que pudiera decirle nada, ella salió corriendo. ¿Era tu amiga?

Lucía sonrió.

—¡Sí! Dios mío, esto es cosa del destino. Bien, tengo que hacer lo que sea por juntarlos.

—Dime lo que necesitas, y yo te ayudaré—se ofreció Phoebe.

—¡Genial! Pues se me ocurre...



## CAPÍTULO 5

Eran las ocho de la tarde, y Allison esperaba a Lucía a la salida del *St Mary's Close*<sup>[1]</sup>, una de las atracciones turísticas más visitadas de la ciudad. Allison no había podido acompañarla porque había estado todo el día recorriendo las calles de la ciudad con un grupo de jubilados. Su turno había terminado, y esa noche cenaría plácidamente en casa. Estaba agotada. Sin embargo, la jornada había ido estupendamente. El grupo dejó muy buenas opiniones sobre la visita guiada, y se mostraron encantados con su labor. Todo habían sido elogios y felicitaciones.

Lucía salió finalmente del *St Mary's Close* visiblemente contenta. Le había entusiasmado la visita.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Allison.

Lucía asintió mientras se ponía a su lado, y empezaban a caminar en dirección a casa.

—Ha sido fantástico. Ha habido de todo. Misterio, historia, curiosidades. Lástima que no escriba novela de misterio o paranormal, porque esto daría para una saga.

—¿No te has topado con Annie<sup>[2]</sup>?

Lucía sintió un escalofrío.

—No, no hemos tenido la oportunidad de conocernos. Pero si se diera el caso, la pobre se asustaría más que yo, por el grito tan fuerte que daría al verla.

—Recuerdo aquella vez que vimos *El Sexto Sentido*. Siempre te tapabas con la almohada. Sufrías tú más que el personaje de Bruce Willis.

Lucía se encogió de hombros.

—Bueno, ahora ya no soy así...

—¿Quieres verla esta noche? —inquirió Allison, entusiasmada.

Lucía torció el gesto.

—Mejor no. Aún tengo un poco de trauma.

Allison se rio. Ella, al contrario que Lucía, era una apasionada del cine de terror. Sin embargo, entendía que su amiga sufriera, y no iba a hacerla pasar por eso.

—Bueno, no te preocupes, tengo otras películas con temas más alegres. Así que, mientras preparo la cena...

De repente, Allison se dio cuenta de que no había hecho compra. No tenía nada en casa, excepto comida para el desayuno.

—¡Mierda! No tengo nada para la cena.

—Tranquila, esta mañana, antes de irme por ahí de excursión, compré algunas cosas al percatarme de que la nevera estaba desierta. Yo me encargo de la cena. Esta noche, cocina la chef Lucía.

Allison sonrió, aliviada. Menos mal que Lucía estaba en todo, pensó. Llegaron a casa, y Lucía se puso manos a la obra. Preparó una sencilla ensalada con queso fresco, tomates cherry, y lechuga, con un aliño de vinagre de Módena, aceite y sal. De segundo, preparó unas sencillas pechugas de pollo a la plancha, con cebolla caramelizada y champiñones. Allison al verlo quedó maravillada. Sabía que a Lucía le gustaba cocinar, aunque no recordaba que se le diera tan bien. Cuando estaban en la universidad, todo había sido muy experimental.

—Está todo delicioso. No recordaba que cocinaras así.

—He ido mejorando y aprendiendo recetas nuevas. Hubo una temporada que me dio por la repostería. Mis galletas de mantequilla con chocolate son estupendas—aseveró.

—Pues cuando quieras, ya sabes.

Lucía había estado dando vueltas al plan que había tramado con Phoebe para que Frank y su amiga se encontraran de nuevo. Habían convencido a Duncan para que las ayudara. Aunque al principio el plan le pareció disparatado, finalmente decidió colaborar. Ahora Lucía debía lanzar el anzuelo.

—Oye, he pensado que, como mañana tienes la tarde libre, podríamos ir al cine. He visto que ponen Mad Max. Podríamos ir a verla. Necesito despejar la mente de tantos monumentos y museos. Y de paso, alegrarme la vista con Tom Hardy. ¿Qué te parece? —propuso.

Allison asintió.

—Muy buena idea. Mañana termino a las tres. ¿A qué hora empieza la película?

—He mirado en los cines Vue, esos que están cerca de aquí. La primera sesión empieza a las cinco. Podríamos vernos directamente allí a las cinco menos cuarto. ¿Te parece bien?

—Genial. Entonces, nos veremos allí—respondió Allison.

Lucía sonrió por dentro. El plan oficialmente se ponía en marcha.

Justo en esos momentos, Duncan hablaba con su amigo Frank por teléfono.

—Mañana tengo por fin la tarde libre, y tú no tienes entrenamiento. Así que ¿qué te parece si vamos al cine? Podemos ir a ver Mad Max—propuso Duncan, siguiendo el plan.

Frank parecía decaído al otro lado de la línea.

—No sé, tío. No tengo muchas ganas de nada.

—Vamos, ¿no será por esa tal Anne?

—¡Allison! ¡Se llama Allison! Además, no sé cómo se te puede olvidar. Es un nombre precioso—respondió Frank, molesto.

Duncan no pudo reprimir la risa. Claro que sabía el nombre, pero le gustaba picarle.

—Bueno, Allison. No te pongas así. A veces las cosas no salen como uno quiere.

—Pero es culpa mía, Duncan. Tenía que haberle pedido su número el otro día. Fui un idiota, me quedé atontado—se lamentó.

—Tú lo que necesitas es salir y animarte. Venga, te vendrá bien ver una de acción, con coches enormes, y batallas en el desierto australiano. Como cuando veíamos a Mel Gibson en las anteriores. Encerrándote y lamentándote, no solucionarás nada.

Frank suspiró. Duncan tenía razón. Lamentarse no servía de nada.

—Muy bien. ¿Cuándo y dónde?

Duncan sonrió, satisfecho.

—A las cinco menos cuarto en la entrada de los cines Vue.



Allison llegó cinco minutos antes de la hora acordada, perfectamente arreglada. Llevaba unos cómodos vaqueros grises, una camiseta de color azul oscuro, botines marrones y una chaqueta vaquera. Se quedó de pie, esperando a Lucía, justo delante de la entrada de los cines, junto a las taquillas. Había un pequeño grupo de gente haciendo cola para comprar sus entradas, aunque no era numeroso. Lucía estaba escondida detrás de una furgoneta aparcada al otro lado de la acera. Allison no se había percatado de su presencia. Lucía había acordado con Duncan que este le enviaría un mensaje a Frank justo a

las cinco menos cinco, cuando solo quedaran escasos minutos para que empezara la película, anulando la cita. Ella haría lo mismo.

Cinco minutos después llegó Frank a la puerta de los cines. Llevaba unos vaqueros de color azul, chaqueta a juego, y camisa de cuadros de color verde con líneas azules. Allison se percató de su presencia enseguida, y se ruborizó. Frank se acercó hasta donde ella estaba, y fue entonces cuando él también la vio. Su corazón empezó a latir de forma escandalosa, al igual que el de Lucía, que observaba la escena, expectante.

—Hola—dijo Frank, aprovechando al máximo esa oportunidad que el destino le había brindado.

Allison sonrió, mientras notaba su pulso acelerado.

—Hola. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Vas al cine también? —una pregunta estúpida, pensó Frank, pero lo importante era romper el hielo.

—Sí, he quedado con mi amiga Lucía. Es la mujer con la que fui al pub. Vamos a ver Mad Max. ¿Y tú? —se animó a preguntar. Ella tampoco quería perder la oportunidad. Aunque sospechaba que aquello no era cosa del destino.

—¡Yo también! Quiero decir que, he quedado también con un amigo. Duncan, el dueño del pub. Y vamos a ver Mad Max.

Allison le miró, sorprendida.

—Me encanta Mad Max. Es una de mis sagas favoritas—comentó sin darse cuenta.

Frank sintió que una fuerza lo levantaba del suelo y lo hacía volar. Además de ser un ángel de cabellos rubios, tenían los mismo gustos. Aquella era la mujer de su vida, sin duda.

—¿En serio? La mía también. Son simplemente geniales. Aunque mi favorita es la segunda. La tercera... Bueno, no está mal.

Allison sonrió.

—La segunda es la mejor de todas—sentenció.

Se miraron totalmente embobados, para regocijo de Lucía, que miró el reloj, y comprobó que había llegado la hora de la verdad. Era el momento perfecto. Sacó su teléfono y se dispuso a mandar un mensaje. Frank estaba totalmente absorto observando el bonito rostro de Allison, cuando su teléfono empezó a sonar, con la música de *Eye of the tiger* de Journey.

—Perdona, tu teléfono...—dijo Allison.

Frank sacudió la cabeza, despertando de su ensoñación.

—¿Sí? ¿Qué? —en ese momento, se percató de que su teléfono estaba sonando. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y lo sacó—. Disculpa—dijo, mirando a Allison, apurado.

Miró el mensaje y lo leyó:

<<Lo siento, pero ha surgido una emergencia en el pub, y no voy a poder ir al cine. Te lo compensaré. Duncan.>>

Justo en ese momento, sonó el teléfono de Allison. Lo sacó y comprobó que acababa de llegarle un mensaje.

<<He perdido el autobús, y no voy a llegar a tiempo. Lo siento.>>

Allison dejó de mirar su teléfono y observó la cara de Frank. Parece que a él también le habían dejado plantado. Se miraron a los ojos, y entonces se ruborizaron.<<Sois un par de tímidos adorables>>, pensó Lucía.

—Oye, mi amiga no va a venir...

—Duncan tampoco.

Allison se mordió el labio inferior y preguntó:

—¿Qué te parece si...?

—Vamos, no perdamos tiempo—contestó Frank, agarrándola del brazo y conduciéndola hasta la taquilla del cine.

No hubo nada más que decir. Lucía vio cómo se metían en el cine juntos y sonrientes. El plan había sido un éxito. Solo esperaba que, después de la película, tuvieran ocasión de hablar. Suspiró, satisfecha, y se dirigió al pub Mackenzie, donde Duncan estaría esperando sus noticias. Aunque se había quedado sin ir al cine, al menos vería un monumento de carne y hueso. Ese plan, sin duda, era mucho mejor.

Llegó al pub unos minutos más tarde, y allí estaban casi todos esperándola. Phoebe estaba sentada en una mesa junto a Jeremy y Mike, que parecían haberse reconciliado. En la barra, como siempre, Duncan y Ron atendían a los clientes que empezaban a llenar el local. Lucía se sentó con Phoebe, y empezó a contar los detalles de todo lo sucedido, al tiempo que Duncan se acercaba para escuchar también.

—En resumen, el plan ha sido un éxito. El resto depende ellos—sentenció.

Phoebe y Jeremy suspiraron.

—Me alegro tanto por Frank. Era un alma en pena. Espero que todo les vaya bien—dijo Phoebe.

—No te preocupes, todo irá bien. Están hechos el uno para el otro—afirmó Lucía, convencida.

Duncan lanzó una suave carcajada.

—Siempre se dice eso al principio, pero luego...

Phoebe, Jeremy y Mike pusieron los ojos en blanco, y suspiraron, hastiados. Sin embargo, Lucía sintió curiosidad.

—¿Luego? —inquirió.

Él la miró.

—Luego vienen los problemas. La convivencia, las facturas, el alquiler. Los problemas del mundo real, y entonces, se acaba el sueño y la magia.

Lucía no podía quitarle la razón, pero tampoco dársela por completo.

—Eso es cierto. Sin embargo, creo que la magia puede conservarse. Todo está en los pequeños detalles.

—Hay gente a la que no le bastan los pequeños detalles—respondió Duncan, con cierto pesar.

Lucía ahora sentía más curiosidad que antes. ¿Tanto había sufrido cómo para hablar así, o era puro escepticismo? Duncan se alejó de allí, y volvió a la barra.

—No le hagas caso. El pobre no cree en eso del romanticismo. Bueno, que digo romanticismo. Ni siquiera cree en el amor. Lo pasó tan mal que no quiere saber nada. Una pena, porque es un hombre que merece la pena—se lamentó Phoebe.

—¿Tan grave fue? —inquirió Lucía.

—Si yo llego a casa y me encuentro a mi novia de toda la vida, a la que estoy a punto de pedirle que se case conmigo, tirándose a otro en mi cama, te aseguro que dejaría de creer hasta en la existencia de la gravedad—comentó Jeremy.

—Eso destroza a cualquiera. Duncan se cerró en banda, y desde entonces, no se ha vuelto a enamorar. Y ya ha pasado un año —explicó Mike.

Lucía miró a Duncan, que estaba atendiendo a un cliente, mostrando su mejor sonrisa. Ella entendía su sufrimiento. Pablo le había hecho lo mismo. Aunque lo pasó mal al principio, pronto se dio cuenta de que no le quería tanto como pensaba. Por eso, no decidió cerrar su corazón con un candado y tirar la llave. Su carácter optimista se lo impedía. Decidió que, si tenía la oportunidad de hablar con Duncan, intentaría a ayudarlo. No merecía la pena sufrir por quien no nos quiere de verdad.

Estuvo allí hasta las once de la noche, esperando noticias de Allison, mientras charlaba distendidamente con Jeremy, Mike y Phoebe. De repente, le llegó un mensaje:

<<No me esperes despierta, esta noche no dormiré en casa.>>

Lucía sonrió, incrédula. Si que iba la cosa rápida, estos dos no perdían el tiempo. Se alegraba por su amiga. Lo malo era que a esas horas no le hacía mucha gracia ir sola a casa. El apartamento de Allison estaba en Jamaica Street, atravesando el Queen Street Garden. No estaba lejos del pub, pero aún así, no quería irse sola, con la cantidad de borrachos que habría por allí. Sin embargo, no le quedaría otra.

—Bueno, Allison no dormirá en casa. Así que, confirmado. Todo ha salido bien—explicó.

Los tres sonrieron, felices.

—Lo mejor es que me marche ya a casa.

Los tres la miraron, ceñudos.

—¿Te vas a ir sola? ¿A esta hora? —inquirió Phoebe.

—No os preocupéis, el apartamento de Allison no está lejos—respondió, aunque por dentro, la preocupación la dominaba.

Phoebe negó con la cabeza.

—Duncan te acompañará. Además, le pilla de camino. ¿Te importa esperar una hora más?

—No, pero... ¿A él no le importará? —preguntó con cierto apuro.

—En absoluto—aseveró Phoebe. Justo en ese momento, Duncan pasó por allí, y Phoebe le detuvo—. Duncan, cuando cerréis ¿podrías acompañar a Lucía al apartamento de su amiga? No está lejos de aquí.

Duncan miró a Lucía.

—¿Dónde vive? —preguntó.

—En Jamaica Street.

Duncan pensó un momento. Estaba muy cerca de donde él vivía.

—Sin problema—contestó, y volvió a sus quehaceres.

Lucía sintió un cosquilleo de emoción en el estómago. Parece que el día estaba siendo perfecto.

Una hora más tarde, cerraron el local, y Duncan y Lucía empezaron a caminar en dirección al apartamento de Allison. Lucía le contó el contenido del mensaje de su amiga, y Duncan sonrió, alegrándose por Frank.

—Si te soy sincero, no tenía mucha fe, pero al final, admito que me he equivocado.

—No te culpo, era un plan alocado. Podría haber salido mal.

—Con una escritora de novela romántica de éxito elaborando el plan, esto tenía que salir bien. Sería una escena perfecta para una de esas novelas

de amor—afirmó, convencido.

Lucía lo miró con curiosidad.

—¿Lees novelas románticas?

Duncan la miró, incrédulo.

—¡No! ¡Qué va! No me gustan. No es mi género.

—¿Has leído alguna?

Duncan la miró de nuevo, sorprendido.

—No, nunca.

—Entonces, ¿cómo sabes que no te gustan? A lo mejor te llevas una sorpresa.

Él se rio.

—No, en serio. No es mi estilo.

Lucía se encogió de hombros.

—Una lástima. Pensaba que eras un hombre aventurero y atrevido.

Él frunció el ceño y se irguió.

—Soy aventurero y atrevido.

Ella sonrió discretamente con cierta satisfacción.

—¿De verdad? Bueno, pues, anímate y lee alguna de mis novelas. Así podrás juzgar con conocimiento de causa—le retó.

Picado por la curiosidad, Duncan decidió aceptar el desafío.

—Vale, pero ¿aceptarás mi crítica, aunque sea negativa? —inquirió con interés.

—Aceptaré tu crítica, aunque sea negativa.

—Trato hecho entonces. Lo bueno es que no tendré que buscar, porque Phoebe podrá proporcionarme el material.

Ambos rieron. Parece que el ambiente era bueno entre ellos. Como si fueran dos viejos amigos.

—Oye, cambiando de tema. ¿De dónde eres?

—Soy española. De Madrid, concretamente.

Duncan la miró, sorprendido.

—Estuve en España hace muchos años. En un viaje de fin de curso con el instituto. Fuimos a Barcelona, Madrid y Sevilla. Fue una experiencia fantástica, me lo pasé genial.

—¿En serio? Oye, pues sí que hiciste turismo. Entonces ya sabes, si vuelves por allí, te haré fiesta de bienvenida.

Duncan se rio.

—¿Y es la primera vez que visitas Edimburgo?



—No, es la segunda. Aunque esta es una visita especial. Vengo a documentarme para una novela.

—Interesante. ¿Y cómo va el asunto?

—Bien, de hecho, ya tengo algunas ideas. Así que creo que pronto empezaré a escribir. Llevaba un tiempo bloqueada.

—El famoso bloqueo del escritor.

—Sí. A veces, uno necesita despejar la mente. Sobre todo, cuando no es capaz de ampliar su ángulo de visión. Uno no debe encerrarse en sí mismo.

Duncan pensó en ese comentario, y sintió que en parte iba dirigido a él. Dedujo que Phoebe le habría comentado algo sobre su ruptura con Gwen. No obstante, prefirió no decir nada. Justo en ese momento, llegaron a la puerta del edificio donde vivía Allison. Se despidieron y a los pocos minutos, Duncan llegó a su casa.

Se desvistió, se puso cómodo, y se metió en la cama. Estaba sumamente cansado, y enseguida cerró los ojos. Empezó a pensar en Lucía y en la agradable conversación que habían tenido. Le parecía alguien muy distinta a él. Honesta, risueña y optimista. Alguien que creía en el amor, y que, además, escribía sobre ello. A su lado se había sentido relajado y muy cómodo. Lucía era esa amiga especial que cualquiera desearía tener. Una persona que se preocupa por los demás, que desea hacerlos felices. Lo había demostrado al montar aquel disparatado plan para ayudar a Frank y Allison. Y lo curioso es que, a pesar de que parecía una locura, al final había salido bien.

<< Una mujer con fuego en las venas, con un alma pura e inocente. Vendrá volando desde el sur... De un lugar un poco lejano. Un día, entrará por esa puerta, y no volverá a irse de tu vida, a menos que tú quieras.>>

Duncan abrió los ojos, alarmado, al escuchar en su mente la voz de Robin prediciendo su futuro.

—¡Tonterías! —dijo, cerrando los ojos de nuevo para acabar quedándose dormido.

## CAPÍTULO 6

Eran las cuatro de la tarde, y Duncan estaba preparándose para marcharse a casa. Su hermano Ron acababa de llegar para hacer el cambio de turno, y por fin podría descansar por hoy. Estaba sacando su mochila del armario que tenían en el almacén, donde los empleados guardaban sus pertenencias, cuando Ron entró y dijo:

—He estado hablando con Maggie, y según me ha dicho, nuestras cuentas están lo suficientemente saneadas para hacer la reforma de la que hablamos.

—Genial. Así no tendremos que pedir nada prestado. Aunque aún debemos mirar presupuestos.

—Ya había pensado en ello. Creo que Miles y John podrían hacer el encargo. Ya sabes que los conozco desde el colegio.

—Sí, bueno, pero quiero barajar otras opciones.

Ron se encogió de hombros.

—Como quieras. ¿Cuándo podrías empezar a mirarlo?

—A partir de la semana que viene. Quiero que nos lo tomemos con calma, y tampoco quiero que papá se entere de momento.

—Vamos, Duncan. No pasa nada porque papá se entere. Ya está jubilado, y no tiene porqué meterse en este asunto.

—Pero lo hará. Le conozco. Y si se entera, nos volverá locos a todos con su negativa o sus sugerencias. Ya sabes que él adora el pub, y no creo que le guste que hagamos cambios.

—Son cambios necesarios. Los baños son muy antiguos, al igual que la cocina. Lo demás no se va a tocar, ya lo hablamos. Y mira, si no le gusta, que no mire.

Duncan se rio.

—Tú sí que sabes simplificarlo todo.

—Por eso me quieres tanto, hermanito—respondió Ron, con orgullo.

Mientras tanto, en una de las mesas, Phoebe, Jeremy y Lucía charlaban animadamente.

—Recuerdo la primera vez que vi a Ron. Alto, grande, parecía un

gigante gruñón. Me recordaba a los amigos de mi hermano, que eran todos unos gamberros. En cambio, cuando le conocí a fondo, descubrí que era dulce y tierno. Yo acababa de salir de una relación desastrosa, y no tenía ganas de enamorarme. Por eso me hice mucho de rogar. Ron puso todo de su parte para conquistarme. Flores, cartas de amor. Y un buen día, decidí darle una oportunidad. Fuimos al cine, y si os soy sincera, no recuerdo qué película vimos. Solo recuerdo que hubo un momento en el que nuestras miradas se cruzaron en la oscuridad, y ya no dejamos de mirarnos en toda la proyección. Entonces, agarró mi mano, y simplemente sucedió—explicó Phoebe con aire soñador.

Jeremy la miró, extrañado.

—¿Qué sucedió?

Phoebe suspiró, mientras Lucía permanecía expectante.

—La magia del amor.

Jeremy y Lucía sonrieron.

—Las miradas son muy importantes en esos momentos. Una mirada lo dice todo. Puede llegar a expresar los sentimientos más profundos e inconfesables—aseveró Lucía.

—¡Qué cosa más bonita! Se nota que eres escritora, yo no lo habría expresado mejor—comentó Phoebe.

Lucía entonces miró a Jeremy.

—¿Cómo os conocisteis Mike y tú?

Jeremy alzó la vista, y vio a Duncan acercándose a ellos.

—Ahí tienes al culpable de mi historia.

Lucía observó a Duncan, que cogió una silla y se sentó con ellos. Lucía no podía evitar sentir mariposas en el estómago cuando Duncan estaba cerca.

—¿De qué habláis? —inquirió.

—Iba a contarle a Lucía cómo conocí a Mike.

Duncan asintió.

—Una buena y alocada historia.

Lucía miró a ambos con curiosidad, mientras Jeremy se disponía a contar la historia.

—Un buen día, iba andando por la Royal Mile tan tranquilo, mirando escaparates, cuando me choqué con alguien. Caí de bruces al suelo, y me mojé el culo al aterrizar sobre un charco. Oh, detalle importante, había llovido mucho ese día. En fin, yo me enfadé, porque me había manchado mi precioso abrigo azul de cachemir, que me compré en Londres y que me costó

un dineral. Así que, en cuanto me puse en pie, le dije de todo al tipo con el que me había chocado. Él se defendió como pudo, pidiéndome disculpas. Y ya está, ahí quedó el asunto. Él por su lado y yo por el mío. Además, días antes me había encontrado con el cerdo de mi ex, que ya me había encontrado sustituto, así que estaba de los nervios. Y cosas del destino. Esa misma tarde, vine al pub, y volví a verlo. Resulta que Mike era amigo de Duncan, así que, fue él quien nos presentó, sin saber lo que había sucedido. Y ahora confiesa lo que me dijiste después—instó a Duncan.

Este sonrió con picardía, lo que hizo que el pulso de Lucía se acelerara.

—A Mike ya le gustaba desde hacía tiempo. Le había visto en el pub alguna vez, y quería que se lo presentara. Me lo dijo un par de días antes, pero nunca coincidían. Así que, cuando por fin estuvieron los dos en el mismo sitio, no perdí la ocasión.

—Así que eres un Celestino experto—afirmó Lucía.

Duncan se encogió de hombros.

—No hice nada del otro mundo.

—Vamos, no seas modesto. Aún recuerdo los detalles tan bonitos que tenías con Gwen. Eran dignos de una película romántica. ¿Verdad, Jeremy? —comentó Phoebe.

—Cierto. Recuerdo aquella vez que llamaste a la radio pidiendo que pusieran su canción favorita, para darle una sorpresa por su cumpleaños. Y cuando le hiciste la fiesta sorpresa, con karaoke incluido, y le cantaste *I can't help falling in love with you* de Elvis Presley.

Duncan empezaba a sentirse incómodo, y se revolvió en su silla.

—Por favor, no recordemos el pasado y vivamos el presente.

Lucía torció el gesto y decidió tomar la palabra.

—Es algo genial tener recuerdos así. Aunque si te soy sincera, es mejor crear recuerdos nuevos. No deberías cerrarte a la idea de volver a enamorarte, solo porque te hayan engañado una vez. A todos nos pasan cosas así, y se acaban superando—afirmó Lucía, convencida.

Duncan la miró, serio.

—Oye, agradezco tus palabras, pero, sinceramente, te aconsejaría que hablaras de lo que realmente sabes.

Todos se quedaron callados ante el severo y cortante comentario. Lucía suspiró con pesar. Sabía que se había metido donde no la llamaban. Sin embargo, tenía algo que decir al respecto.

—¿Sabes? Durante mucho tiempo, sentí una pesada carga en mi cabeza

y en mi corazón. Todo el tiempo oía murmullos y rumores, veía señales que no entendía, y todo eso me estaba volviendo loca. Un buen día, cuando descubrí que mi novio, con quien tenía planeado casarme, me estaba engañando con otra, lo único que pensaba era que el mundo era una mierda, que el amor era un invento de los grandes almacenes, y que mi vida se iba a acabar para siempre. Sin embargo, el tiempo me ayudó, y poco a poco, fui quitándome ese peso que me oprimía, y que apenas me dejaba respirar. ¿Y sabes qué? Que, gracias a eso, me di cuenta de que ese capullo no merecía ninguna de mis lágrimas. Ahora me siento más ligera y un poco más feliz—dicho esto, se levantó, ante la mirada atónita y arrepentida de Duncan—. Bueno, ahora me marcho. Debo seguir buscando la inspiración. Hasta luego—se despidió de ellos, sonriente y sin acritud.

Phoebe y Jeremy fulminaron a Duncan con la mirada.

—Te has lucido—aseveró Phoebe.

Duncan los miró, y se levantó rápidamente para alcanzar a Lucía, que ya había salido a la calle. Se acercó a ella y la llamó. Lucía se giró y lo miró, sorprendida.

—Oye, perdona por lo de antes, es que, estas cosas me ponen de mal humor, y puedo llegar a ser un auténtico bocazas.

Lucía negó con la cabeza.

—No te preocupes, te comprendo. Yo también estuve un tiempo así. Debo disculparme por haber hablado de más. Cada uno es cómo es y lleva las cosas cómo quiere. No soy quien para dar consejos.

Los dos se miraron tímidamente.

—Bueno, pues nos perdonamos mutuamente y arreglado—dijo Duncan.

—Aunque si me invitas a una cerveza, no te diré que no.

—Cuenta con ello—respondió Duncan, sonriente.

Lucía suspiró, aliviada.

—Bueno, me marcho ya. A ver si vienen a mí las musas.

—*Deagh fhortan!*

Lucía lo miró, desconcertada, entonces Duncan dijo:

—Significa “Buena suerte” en gaélico escocés.

Lucía sonrió, impresionada.

—¡*Gracias!*<sup>[3]</sup>

Se dio finalmente la vuelta y se marchó, mientras Duncan la observaba, divertido. Ahora se sentía mejor, después de haber arreglado las cosas. De repente, recordó algo. Regresó al pub, y se dirigió a la mesa donde estaban

Phoebe y Jeremy sentados. Ambos lo miraron con curiosidad.  
—Phoebe, necesito que me hagas un favor.

## CAPÍTULO 7

La bruma rodeaba aquel desolado paraje de las Tierras Altas. Esa noche, *lady* Isabella se encontraba cautiva en una de las mazmorras del castillo de un malvado conde inglés, que pedía a su padre un elevado rescate por su liberación. La hermosa joven de cabellos oscuros estaba desesperada. A pesar de ser una guerrera, se había quedado sin armas, y yacía encadenada sobre el suelo de su celda. Miraba a través de las rejas la luna llena, intentando apartar el pesar y la desesperación de sus pensamientos.

De repente, escuchó un estruendo al fondo de la galería donde se encontraba. Pudo oír gritos y lucha de espadas. A los pocos minutos, se hizo el silencio y apareció ante la puerta de su celda un apuesto caballero. Alto, robusto, con una melena rubia que le llegaba por los hombros, unos hermosos ojos azules que desprendían fuerza y determinación, y unas manos grandes y fuertes. En una de ellas llevaba una espada con restos de sangre. Vestía un *kilt* de color negro y rojo, y una camisa blanca abierta hasta el pecho. *Lady* Isabella sintió cómo su corazón latía desbocado, y cómo una enorme sensación de calor se adueñaba de todo su cuerpo. Ese hombre la había hechizado.

El caballero abrió la puerta y se acercó a ella, tendiéndole la mano. *Lady* Isabella pudo verlo mejor debido a su cercanía, y sintió que las piernas le fallaban. Aquel hombre era impresionante.

—*Lady* Isabella, me envía vuestro padre, vengo a llevaros con él— explicó el caballero sin dejar de mirarla.

La joven agarró su mano y sintió la fuerza que desprendía su héroe. Una vez en pie, no le soltó la mano, ya que él se le impidió. De hecho, tiró de ella, y la atrajo hacia él.

—¿Cómo os llamáis, gentil caballero? —preguntó ella, totalmente absorta.

Él dibujó una seductora sonrisa, que hizo que el calor aumentara.

—Soy *laird* Angus MacDonald, *milady*—contestó él. Entonces, se acercó más a ella—. Por cierto, no me había dicho *laird* Douglas que erais tan hermosa.

*Lady* Isabella se ruborizó. A Angus MacDonald parecía no importarle que tuviera un aspecto horrible en ese momento. Sus vestimentas estaban rasgadas y su cabello revuelto. Aunque *lady* Isabella se sentía halagada, decidió mantenerse fría, y poner en su sitio a ese caballero tan seductor y atrevido.

—*Laird* MacDonald, no debería hablarme de ese modo. No es correcto ni adecuado que me haga halagos. Somos unos completos desconocidos.

Él se rio de forma seductora.

—Lo siento, *milady*. No deseaba ofenderla, solo estaba siendo honesto. Y me temo que no puedo cambiar eso, porque usted me gusta mucho.

Ella lo miró, escandalizada, pero al mismo tiempo, se sentía dichosa.

—De hecho, esto solo acaba de empezar. Porque usted ya se ha ganado mi corazón, y no pienso dejarla marchar—dicho esto, Angus MacDonald chasqueó los dedos, y ocurrió algo muy inquietante.

Empezó a salir humo de no se sabe dónde, y comenzó a sonar música en la estancia. Una canción que a *lady* Isabella le resultaba muy familiar. Una melodía muy sensual. *Sexual Healing* de Marvin Gaye. La dama estaba desconcertada ante lo que estaba sucediendo. Mientras, Angus MacDonald la rodeó con sus brazos, y empezaron a moverse al ritmo de la canción. Aunque estaba contenta, no podía evitar hacerse preguntas. ¿De dónde salía ese humo? ¿Y quién había puesto esa música? Se supone que estaban en el siglo XVIII, y Marvin Gaye todavía no había nacido.

—¿Qué está ocurriendo aquí, Angus? —preguntó.

Él la miró de forma sensual.

—Es la magia del amor, querida. Déjate llevar.

Entonces, él descendió sobre sus labios y comenzó a besarla con deseo. *Lady* Isabella le hizo caso y se dejó llevar, disfrutando del apasionado momento. ¿Qué importaba que todo fuera tan extraño? El hombre de sus sueños estaba ante ella, y todo lo demás no importaba. Separaron sus labios, y entonces Angus dijo:

—Despierta, dormilona.

Lucía se despertó, molesta. Estaba teniendo un sueño sensual y maravilloso. Un poco raro, eso sí. Pero, al fin y al cabo, se estaba divirtiendo. Con ese sueño tenía la esperanza de crear una nueva historia. Sin embargo, el despertador de su teléfono se lo había estropeado todo. Cuando empezó a sonar la maravillosa canción de Marvin Gaye, el sueño se había convertido en algo surrealista, donde nada encajaba. Así que, tuvo que desechar la idea.



Recordaba que, durante su paseo, había estado escuchando la canción en su Ipod. Entonces dedujo que su cerebro la había almacenado en alguna parte y la había sacado en el momento más inoportuno.

—¡Maldita sea, Marvin! ¡Con lo que me gustan tus canciones! ¿Por qué tenías que aparecer justo en ese momento? —dijo en voz alta, mientras Minny la miraba con altivez desde el marco de la ventana. Seguro que estaba pensando que aquella humana que hablaba sola estaba completamente loca.

Se levantó y se dispuso a preparar el desayuno. Allison no había pasado la noche allí, había vuelto a dormir en casa de Frank. Se preparó unas tostadas con mantequilla y mermelada, un café y un zumo de naranja. Ese día no había hecho planes, tenía la intención de ponerse a escribir algo, pero no había ninguna historia a la vista. Mientras devoraba su desayuno, decidió que lo mejor era salir a dar un paseo, y volver a hacer una visita a su muso, a ver si se inspiraba. De repente, sonrió al recordar el sueño. La verdad es que Duncan Mackenzie con el pelo largo también estaría muy guapo. Bueno, en realidad, estaría guapo con cualquier cosa. Tenía un porte magnífico, digno de un guerrero *highlander*.

Una vez terminó su desayuno, se duchó y se puso ropa cómoda. Unos pantalones vaqueros, una camisa de manga corta azul claro, y una chaqueta vaquera. Hoy hacía un día espléndido para pasear, y perderse en la ciudad. Salió del piso después de despedirse de Minny, que recibió los mimos con un ronroneo, y se dirigió a los Princes Gardens.

Eran las seis de la mañana, y Duncan estaba sentado en el sofá, tomando café, como solía hacer todos los días antes de marcharse a trabajar. No obstante, había algo diferente hoy. Un elemento nuevo que sostenía entre sus manos, y de cuyas páginas no era capaz de apartar su vista. El día anterior, Phoebe, con asombro y extrañeza, le prestó una de las novelas de Lucía. Se trataba de *Tempestad*, la primera parte de una bilogía ambientada en la Inglaterra victoriana. Había aceptado el desafío de sumergirse en sus páginas, para después poder opinar sobre su obra con conocimiento de causa. Empezó la lectura la tarde anterior, y no paró de leer hasta altas horas de la noche. De hecho, le había fastidiado enormemente tener que irse a dormir porque debía madrugar, y en cuanto sonó el despertador, reanudó la lectura.

En esos momentos, estaba a punto de terminarlo. Le había enganchado por completo. No sabía cómo ni por qué, pero la historia de amor protagonizada por el capitán Garrett y la señorita Brighton le había conmovido. Miró el reloj, y comprobó que ya era hora de marcharse. Se

levantó, guardó el libro en su mochila, para terminar de leerlo en alguno de sus descansos, y dejó la taza de café vacía sobre la encimera de la cocina. Una vez estuvo preparado, se dirigió al pub, donde ya estaba su hermano levantando el cierre. Enseguida, pusieron todo a punto, con la ayuda de Kim, que ya estaba preparando los desayunos. Comenzaron a entrar los primeros clientes, y a partir de ese momento, la actividad no cesaría.

Después de un largo paseo por los Princes Gardens, Lucía decidió ir a hacerle una visita a los Mackenzie. Así podría descansar y comer algo, aprovechando que ya era mediodía. Llevaba toda la mañana dándole vueltas al mismo asunto. Su maldita falta de ideas. Bueno, más bien de historias. Ahora le asaltaban las dudas. ¿Sería este su fin como escritora? ¿Había perdido la magia, la chispa?

Entró en el pub y se sentó en una de las mesas que había cerca de la barra. Con aire decaído se acomodó en su asiento, y alzó la vista. De repente, vio al hombre de sus sueños, nunca mejor dicho, con los codos apoyados sobre la barra, muy concentrado. Tenía entre sus manos un libro, y no apartaba la vista de él. Movida por la curiosidad, decidió levantarse y acercarse a Duncan, que no se había percatado de su presencia. Al llegar hasta donde él estaba, sonrió. Comprobó que estaba leyendo una de sus primeras novelas.

—¿Cómo va la cosa? ¿Ya has llegado al final? —preguntó, disimulando su entusiasmo.

En ese instante, Duncan se puso nervioso, e intentó esconder el libro detrás de su espalda.

—¿De qué hablas? No es lo que piensas... ¡Puedo explicarlo! —soltó a borbotones.

Lucía empezó a reírse, mientras él suspiraba y se rascaba la nuca con nerviosismo.

—No hace falta que disimules, no voy a decírselo a nadie.

Él sonrió, rendido, y entonces le mostró el libro.

—Sí, he caído en tus redes. Lo admito. Llevo desde anoche sin parar de leer. Me tiene enganchado.

Lucía se sintió un poco animada ante aquel comentario.

—Gracias—dijo con cierto alivio.

Duncan observó que Lucía parecía un poco decaída.

—¿Te encuentras bien?

Lucía se encogió de hombros.

—Sí—mintió.

Duncan la miró con suspicacia.

—Y yo me lo creo. ¿Qué quieres tomar?

—Un refresco, por favor.

—Siéntate y ahora te lo sirvo. Y de paso, me cuentas por qué tienes esa cara de pena.

Lucía se sentó, y enseguida Duncan le trajo la bebida. Aprovechó su tiempo de descanso para sentarse con ella y averiguar qué le ocurría.

—Bueno, verás, llevo muchos meses de bloqueo. No tengo ideas, y las que surgen o son horribles o son imposibles de escribir. Normalmente, mis ideas surgen en sueños. Después, cuando me despierto, empiezo a escribir y todo fluye sin dificultad, porque la historia se queda grabada en mi cabeza. O al menos, una parte de ella. Anoche soñé con una historia que tenía muy buena pinta. Todo empezó muy bien, pero a la mitad se estropeó. Así que me quedé igual que estaba—explicó con pesar.

Duncan se encogió de hombros.

—Bueno, a lo mejor no era una idea tan buena y por eso no ha funcionado.

Lucía suspiró con resignación.

—Sí, eso seguro. Pero estoy empezando a desesperarme. Me temo que he perdido la chispa, y no sé si volveré a recuperarla—se lamentó.

Duncan frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Lucía le miró con tristeza.

—Pues que, seguramente, no volveré a escribir en mucho tiempo. Quizás nunca más, visto el panorama.

Duncan la miró, incrédulo.

—¿Estás hablando en serio? ¡Vamos! ¡No digas eso! No hay que añadir más drama a la vida, bastantes problemas tenemos ya en este mundo. Mira, yo no he leído una novela romántica en mi vida. Pero gracias a ti, he conseguido engancharme. ¡No he podido parar de leer! ¿Sabes lo difícil que es hacer eso? Pues tú eres capaz de conseguirlo—aseveró Duncan. Lucía sonrió. Se sentía enormemente halagada—. Sí, seguramente estás pasando una mala racha. Bueno, como las tenemos todos. Pero no por eso nos rendimos y tiramos la toalla. Honestamente, creo que estás tan obsesionada con el tema, que al final lo único que estás haciendo es dar vueltas en círculo, y así no vas a llegar a ninguna parte. ¿Quieres un consejo? —Lucía asintió—.

No pienses más en ello. Al final, las cosas vendrán solas sin que las busques.

Lucía lo miró, fascinada. Su determinación y su fuerza a la hora de expresarse la habían dejado sin palabras. Y tenía razón. Estaba obsesionándose y no estaba llegando a ninguna parte. Sí, a partir de ahora, dejaría de pensar en ello.

—Gracias, Duncan. Te haré caso, lo prometo—respondió con una sonrisa.

Duncan sonrió también, satisfecho. Y volvió a notar un fuerte latido en su corazón. Frunció el ceño, extrañado, pero enseguida le quitó importancia.

—Oye, una pregunta—dijo, mirándola con interés. Lucía puso toda su atención en él—. ¿Hay segunda parte de Tempestad? Lo digo porque ya que voy a opinar, necesito tener todos los argumentos posibles disponibles...

Lucía sonrió y asintió. Finalmente, Duncan regresó al trabajo y ya no volvieron a hablar más. Ahora Lucía se sentía animada y optimista. Puede que por el momento no hubiera una trama en el horizonte, pero sabía que lo bueno se hace esperar. Si había sido capaz de despertar el interés de un completo desconocido que nunca había leído una novela de amor, entonces, podía hacer cualquier cosa. Se dio una bofetada mentalmente por haber dudado de sí misma. <<Sí, los escritores a veces somos demasiado dramáticos.>>, pensó.

## CAPÍTULO 8

Allison estaba con un grupo de turistas españoles reunidos a su alrededor, que escuchaban atentamente todo lo que les tenía que contar sobre el Grassmarket. Ya habían pasado dos días desde que había empezado a salir con Frank, y apenas había parado por su casa. De hecho, ni siquiera había tenido tiempo de contarle a Lucía todo lo que había sucedido en aquellos dos maravillosos días. Hoy no quedaría con Frank, así que esa noche podría cenar tranquilamente con su amiga, y contarle todo con calma.

Lucía esperaba a Allison sentada en las escalinatas que conducían al castillo. Llevaba todo el día caminando por Edimburgo, y estaba bastante cansada. Hoy no había visto a su querido muso, y aunque tenía ganas, prefirió no ir al pub Mackenzie, porque al final el hombre iba a pensar que era una acosadora. Observaba a Allison a lo lejos mientras esta contaba curiosidades sobre el lugar en el que se encontraban. El Grassmarket, una plaza situada al pie del castillo, en plena Old Town, es uno de los puntos de encuentro más importantes de la ciudad.

Es un entorno lleno de vida donde la gente se reúne para tomar algo en los restaurantes y bares que allí se encuentran. Aunque hoy en día es un sitio alegre, en el pasado, además de ser un mercado, fue el escenario de espectáculos un tanto sangrientos y desagradables, ya que era aquí donde se llevaban a cabo las ejecuciones públicas.

Allison finalmente se reunió con Lucía. Esta, al ver que se acercaba, se levantó.

—Por fin he terminado, ya podemos irnos—comentó Allison a modo de saludo.

—Veo que has captado su interés—dijo Lucía mientras subían las escaleras en dirección al castillo.

—Bueno, hay que saber contar las cosas de tal modo que consigas captar la atención de quien te está escuchando. He incluido alguna historia de fantasmas. Eso nunca falla.

—Sí, a la gente le gusta el misterio. Bueno, me alegra verte por fin, temí no reconocerte después de no haberte visto en dos días. ¿Tan ocupada has

estado? —preguntó Lucía con una sonrisa pícaro.

Allison se ruborizó.

—Siento haberte tenido abandonada. Pero es que no he podido evitarlo. Hemos estado muy ocupados, sí.

—Así que la cosa va en serio.

—Desde el primer minuto siempre fue en serio. Ya sabes que no me gustan los líos de una noche, y a Frank tampoco.

Llegaron al final de la escalera, y giraron para bajar por la Royal Mile. Eran las ocho de la tarde, y la calle estaba bastante concurrida, así que caminaron muy juntas para poder seguir conversando. Allison le contó todo lo que necesitaba saber sobre Frank. Profesión, procedencia, aficiones. Y parece ser que tenían muchas cosas en común.

—Es encantador y muy romántico. La primera vez que lo vi me impresionó mucho su físico, no voy a mentirte. Sin embargo, después, cuando hablamos, vi más allá y descubrí a un hombre maravilloso. Es inteligente, cariñoso, simpático y tierno.

—Es un grandullón adorable. ¡Qué mono! —comentó Lucía con una sonrisa.

—Así es. Esa tarde vimos la película y después nos fuimos a cenar. Fue entonces cuando hablamos hasta que casi nos cierran el restaurante. Y llegado ese momento, supimos que no queríamos separarnos nunca más. Por eso, fuimos a su casa, y entonces... Bueno, ya sabes.

Lucía suspiró con anhelo.

—Entiendo. Es muy bonito, de verdad. Me alegro muchísimo por ti. Ya era hora.

—Gracias—respondió Allison, sonriente—. ¿Y a ti cómo te va con Duncan?

Lucía la miró, desconcertada.

—¿Qué cómo me va con Duncan? No sé a qué te refieres.

Allison la miró, sorprendida.

—Vamos, no te hagas la tonta. Está muy claro que te gusta.

—¡No digas tonterías! Es cierto que es un hombre guapísimo, y que parece un guerrero escocés sacado de una de las novelas de Julie Garwood. Pero es solo mi muso. Vamos, que es un tema profesional.

—Ya, y me creo yo eso del muso. Menuda excusa. ¿No estarás evitando enamorarte?

Lucía puso los ojos en blanco.

—No estoy evitando nada. Y lo del muso no es una excusa. Es verdad. De hecho, ya tengo algunas ideas gracias a él.

—¿Así que ya ha vuelto la inspiración?

Lucía torció el gesto y negó con la cabeza.

—No, la verdad es que no. Aunque no sabría decirte. Me surgen ideas que al principio parecen geniales, pero que al final se estropean de alguna manera. Y entonces, me quedo como estaba.

—Bueno, ya sabes que esto no es tan sencillo.

Lucía suspiró.

—Lo sé. Intento dejarme llevar y no pensar demasiado en ello, pero es muy difícil.

—Lo que necesitas es cambiar de ambiente. Necesitas despejar la mente.

Lucía miró a su amiga, esperanzada.

—¿Tú crees?

—Sin duda. Pero antes, necesito tomar una pinta, así que, vamos al pub Mackenzie.

Lucía se detuvo en seco, algo que extrañó a Allison.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Ya estuve ayer, va a pensar que le estoy acosando—contestó Lucía, seria.

Allison puso los ojos en blanco.

—No digas tonterías. Vamos, necesito relajarme, y no me apetece cocinar—replicó, intentando convencerla.

Lucía torció el gesto.

—Bueno, está bien. Pero lo hago porque tú me lo pides, no porque me guste ver a ese portento de hombre.

Allison se rio, y agarró a Lucía de la mano, arrastrándola por todo Edimburgo.

En ese momento, Duncan servía las mesas, mientras miraba de reojo la entrada del local. En los últimos dos días había visto a Lucía aparecer por el pub, y hoy le resultaba raro que no se hubiera pasado por allí. Su padre, que estaba sentado en su mesa de siempre, lo miraba con curiosidad.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

Duncan lo miró, un poco sobresaltado.

—No, a nadie. ¿Por qué?

—Porque cada dos por tres miras hacia la puerta. Está claro que estás esperando a alguien. ¿Es un nuevo ligue?

Duncan puso los ojos en blanco.

—No, papá. No hay ligue nuevo ni espero a nadie. Son imaginaciones tuyas.

—Ya, será la edad.

—¡Exacto! —respondió Duncan.

A continuación, se dirigió a la barra, donde Ron también había observado ese nuevo comportamiento. Ron intercambió una mirada con su padre, que le instó con una inclinación de cabeza a acercarse a su mesa. Llegó hasta él y se sentó a su lado.

—Oye, ¿sabes por qué tu hermano se comporta de esa manera? Está distinto hoy.

Ron observó a Duncan, que estaba sirviendo unas bebidas a unos clientes.

—Ni idea. Yo también me lo he preguntado. Lleva todo el día como distraído.

—¿Crees que se trata de alguna chica?

Ron negó con la cabeza.

—No lo creo. Ya sabes que él siempre me tiene al tanto de esas cosas.

Maggie en esos momentos pasaba por allí, y al ver el gesto pensativo de Dan y Ron se acercó a ellos para averiguar qué estaban pensando.

—Qué caras tenéis. ¿Ocurre algo? —inquirió, poniéndose al lado de Dan.

—Estábamos comentando que vemos a Duncan un poco raro hoy— contestó Ron.

Maggie observó a su hijastro y no pareció ver nada raro. Sin embargo, algo cambió en ese instante. La puerta del local se abrió y apareció por la puerta Lucía, esa escritora de la que había oído hablar, y que había estado acudiendo al pub todos esos días. Entonces, vio cómo el rostro de Duncan se iluminaba. Hacía mucho tiempo que no lo veía así. Maggie sonrió, y se dio cuenta de que tanto Ron como Dan no se habían dado cuenta del detalle. Sin embargo, no dijo nada y siguió observando en silencio.

Lucía y Allison se acercaron a la barra donde estaba Duncan. Este dibujó una amplia sonrisa en su rostro al verlas. Lucía se sentía un poco apurada, sobre todo después de los comentarios que había hecho Allison respecto a su interés por Duncan. Este llevaba una camisa negra ajustada, que marcaba sus musculosos brazos. Lucía notó como la garganta se le secaba al mirar su sonrisa.



—Ya me extrañaba a mí que no vinieras hoy. ¿Qué os sirvo? —comentó él, animado.

Lucía se sintió mal ante ese comentario, y miró a su amiga, nerviosa, mientras esta pedía unas pintas de cerveza para ambas. Se sentaron en una mesa, al lado de Dan Mackenzie, y Lucía se acercó a su amiga, que estaba sentada frente a ella.

—¿Lo ves? Ahora se va a pensar que soy una acosadora—dijo en voz baja.

Dan Mackenzie, que en ese momento ya estaba solo, no pudo evitar escuchar el comentario, y decidió poner atención a la conversación.

—Deja de decir tonterías. El hombre solo estaba bromeando—respondió Allison.

—Y para colmo, ahora estoy de los nervios por lo que me has dicho antes.

Allison frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Cuando has dicho eso de que Duncan me gusta. Ahora le estoy dando vueltas al tema por tu culpa.

Allison se rio.

—Pues si es así, es que algo de razón llevo—sentenció.

Lucía le lanzó una mirada furiosa a su amiga, mientras Dan Mackenzie sonreía discretamente. <<Esto se pone interesante.>>, pensó. En ese momento, Duncan llegó con las pintas de cerveza, y se las sirvió.

—Por cierto, he empezado a leer la segunda parte de Tempestad. Para que veas que hago los deberes—comentó él—. Ya te contaré—y dicho esto le guiñó un ojo.

Lucía sonrió con timidez. Estaba muy contenta. Parece ser que había conseguido un nuevo lector. Dan Mackenzie, viendo el nivel de confianza, carraspeó. Duncan se giró y lo miró, desconcertado.

—¿No nos presentas? —le preguntó a su hijo.

Duncan sonrió.

—Lucía, Allison, os presento a mi padre, Dan Mackenzie.

Ambas le estrecharon la mano, y el hombre decidió acomodarse más cerca de ellas.

—Tú debes ser la escritora ¿verdad? —inquirió Dan, señalando a Lucía. Esta asintió.

—Así es.

Dan Mackenzie comenzó el interrogatorio, preguntándoles a qué se dedicaban, de dónde eran, entre otras muchas cosas. Y Lucía y Allison respondían a todas sus preguntas con todo detalle. Duncan, que estaba lejos de allí, miraba de vez en cuando en dirección a la mesa donde estaban los tres sentados. Llegó un momento en que las preguntas cesaron, y Dan empezó a contar anécdotas sobre su vida y la de sus hijos. Duncan comprobó que entre Lucía y su padre parecía haber buena sintonía. No recordaba haber visto a Gwen hablar con su padre así nunca. Notó que la ternura le invadía por completo, y hubo un momento en que Ron tuvo que darle un codazo para que volviera a la realidad, porque estaba totalmente absorto.

Después se unió a la conversación Phoebe, que habló con entusiasmo sobre los libros que había leído de Lucía. Cenaron todos juntos, y durante los postres, Maggie se presentó ante ellos, teniendo la oportunidad de conocer a Lucía y Allison, y charlar con ellas.

Finalmente, llegó la hora del cierre, y Allison y Lucía no se dieron cuenta de lo tarde que era. Habían planeado regresar pronto a casa y charlar allí a solas, pero al final, habían disfrutado de un rato muy agradable con la familia Mackenzie.

—Por cierto, estaba pensando que como conoces poco Escocia, podrías acompañarnos a los juegos este fin de semana—propuso Dan Mackenzie—. Por supuesto, Allison, estás invitada, aunque imagino que querrás ir con Frank.

Lucía frunció el ceño, desconcertada.

—¿Los juegos?

—¡Sí! Los juegos de las *Highlands*. Son este fin de semana. Ron, Duncan y Frank participan todos los años, y nosotros vamos a verlos. Mi hermana tiene una casa en Blairgowrie & Rattray, donde se celebran algunas de las competiciones. Hay sitio de sobra para vosotras—explicó Maggie con entusiasmo.

Allison y Lucía se miraron. No tuvieron que pensárselo. Además, casualmente, Allison tenía ese fin de semana libre. Había querido pasarlo a solas con Lucía y viajar a algún lado, pero al final, el plan que les proponían era mucho mejor.

—Iremos encantadas—contestó Allison.



## CAPÍTULO 9

Todo estaba preparado para emprender el viaje. Allison había quedado con Frank en que Duncan y él irían a buscarlas a su apartamento, para salir los cuatro en dirección a Blairgowrie, que estaba a una hora y media de Edimburgo. Ambos viajaban en el coche de Duncan, que sería el conductor en este viaje. Llegaron a la hora acordada, y Frank salió a llamar al telefonillo para que ambas bajaran. A los pocos minutos, ya estaban las dos abajo. Allison dibujó una alegre sonrisa en su rostro, y saludó a Frank con un dulce beso en los labios. Sin embargo, Lucía se mostró seria. De hecho, parecía enfadada.

A Duncan le extrañó verla así y se preguntó qué le habría sucedido. Frank abrió el maletero y metió el equipaje de las dos mujeres. A continuación, se sentó detrás, al lado de su novia, mientras Lucía se acomodaba en el asiento delantero, al lado de Duncan. La pareja se mostraba ensimismada y parecían estar ausentes. Lucía, mientras tanto, miraba la pantalla de su teléfono con el ceño fruncido. Duncan decidió emprender la marcha, sin dejar de prestar atención a Lucía, que murmuraba algo en su idioma.

*—Pero ¿qué se ha creído? ¿Qué dice que no hay pasión y que mi protagonista es aburrida? ¡Lo que hay que oír! ¡Me cago en la leche! ¡Que se ponga ella a escribir! ¡No te jode!*<sup>[4]</sup>

Duncan la miró de reojo, un poco preocupado. Parecía estar seriamente enfadada. Entonces, Allison suspiró, y dijo:

—Ya te he dicho que no te lo tomes tan en serio, Lucía.

—Ya lo sé, pero no puedo evitarlo. En estos momentos, estoy ardiendo por dentro. Tengo unas ganas enormes de contestarla—respondió Lucía, molesta.

—¿Qué ha pasado? —se animó a preguntar Duncan.

—Acaba de leer una mala crítica de uno de sus libros—explicó Allison.

Lucía se giró un poco.

—No es una mala crítica. Es un ataque a mi estilo y mi obra. Además, ya lo he hecho más veces—aclaró Lucía.

—A ver, lee lo que pone—la instó Duncan.

Lucía suspiró y con una mueca de disgusto, empezó a leer, intentando hacer una traducción exacta, ya que la crítica estaba escrita en castellano.

—De nuevo esta autora me decepciona. Su estilo es pesado, y su protagonista aburrida. Una historia que no engancha y que carece de pasión. Parece que lo ha escrito una adolescente.

Duncan y Frank se quedaron sorprendidos.

—¿Qué clase de crítica es esa? A mí eso no me ofendería. De hecho, me entrarían ganas de reírme. Creo que es una chorrada que no deberías tomarte en serio—comentó Duncan.

Lucía lo miró, indignada.

—¡Claro! ¡Como a ti no te critican!

Duncan alzó una ceja.

—A ver, dime, ¿qué te aporta? ¿Has aprendido algo de esa crítica?

Lucía la leyó de nuevo mentalmente, y enseguida encontró la respuesta.

—Pues la verdad es que no veo nada en ella que me haga aprender algo.

—Entonces no sirve para nada. Mira, si fuera una crítica constructiva donde alguien te dice donde ve los fallos, entonces de acuerdo, debes tenerla en cuenta. Pero si el ataque es gratuito, en ese caso se trata de simple y pura envidia. Mira, cuando empezamos a trabajar en el pub, cada dos por tres nos llevábamos una crítica de mi padre. Que si haz esto así, que si eso no se hace de esa forma. Al principio, me molestaba, pero un día comprendí que debía escuchar y aprender. Mi padre me estaba explicando cómo hacer las cosas, y cómo mejorar. No lo hacía para atacarnos. Por eso te digo que no lo tomes en serio.

—¡Eso mismo le digo yo! Además, tienes un montón de críticas positivas—aseveró Allison.

Duncan frunció el ceño.

—Entonces, si las críticas positivas son más que las negativas ¿por qué te enfadas?

—Porque las negativas siempre destacan por encima de las positivas—contestó ella.

—No estoy de acuerdo—respondió Duncan, contundente.

Lucía suspiró, y dijo:

—Muy bien. Voy a poner un ejemplo. Cuando compras algo y buscas opiniones sobre un producto. ¿Qué opinión es la que buscas primero?

Duncan pensó un momento y contestó:

—No sé, supongo que...

—Buscas la negativa. Buscas ver el punto débil del producto, los fallos, los problemas—aseveró Lucía, convencida.

Duncan se dio cuenta de que tenía razón, y se revolvió incómodo.

—Vale, es cierto. Pero aun así, si tiene muchas opiniones positivas, me dejo llevar por ellas. De todas formas, pienso que, en el tema de los libros y las películas. Bueno, en el tema artístico en general, la opinión es subjetiva. A mí me puede gustar lo que otro odia. Y no por eso es necesariamente malo ¿no? A mí me gusta el pastel de queso, pero no ha todo el mundo le gusta. Pues con tus libros pasa lo mismo.

Lucía se rio.

—Me ha gustado que compares mis libros con el pastel de queso, porque a mí me encanta.

Ambos se miraron y sonrieron, algo que no pasó desapercibido para Frank y Allison, que los observaron con curiosidad.

—Pues eso. No te preocupes tanto. Además, lo que importa es que ha comprado tu libro, al menos, te llevas ese beneficio—aseveró Duncan.

Lucía se sintió mucho más animada y se olvidó por completo de esa mala crítica que tanto le había disgustado.

—Bueno, ahora debo pensar en los tipos guapos con *kilt* que voy a ver estos días. ¿Cuándo competís? —inquirió Lucía.

Duncan se rio ante la ocurrencia, y le alegró comprobar que volvía a ser ella misma.

—Mañana. Hoy nos reunimos con el resto del equipo—contestó Duncan.

—¿Quiénes son?

—Ron, Frank, y faltan los sobrinos de Maggie, bueno, que son mis primos políticos. John, Greg y Maxwell.

—¿Son también fornidos y atractivos escoceses?

Duncan se rio.

—Sí. Todos son altos y guapos. John tiene el pelo rubio claro, Greg es moreno y Maxwell pelirrojo. Todos solteros y sin compromiso, aunque no sé cuál de ellos será tu tipo.

—Yo no tengo preferencia, me gustan todos—afirmó Lucía, divertida.

—Pues vas a estar muy entretenida.

Llegaron finalmente a Blairgowrie & Rattray, y Lucía quedó maravillada con el lugar. Casas hechas de ladrillo y piedra, reflejo de un pasado lejano, convivían con viviendas de diseño más moderno. La ciudad se encuentra en

la orilla sur del río Eircht, al pie de las montañas Grampian, y al norte está unida con Rattray. Según le contó Duncan, Blairgowrie y Rattray son dos distritos que se unieron debido a su cercanía, y por eso la localidad lleva ambos nombres. Aunque sus habitantes la llaman Blair, para abreviar.

La casa de la hermana de Maggie estaba muy cerca de la orilla del río. Era una vivienda construida con ladrillo rojo, con los tejados acabados en punta, una amplia entrada, y altas ventanas. Por fuera, parecía pequeña, y Lucía se preguntaba si habría sitio de verdad para tanta gente. Duncan hizo sonar el claxon, y enseguida se abrió la puerta de entrada. Una mujer salió a su encuentro. Era alta, rubia, con los ojos azules, delgada, y con el rostro surcado de arrugas. Sonrió ampliamente al ver a Duncan. Este salió del coche y la mujer le dio un fuerte abrazo.

—¡Duncan! ¿Cómo estás? ¡Qué alegría verte, tesoro!

—Bien, tía. Me alegró mucho de verte—respondió Duncan con una sonrisa.

Se separaron, y entonces la mujer centró la atención en el resto del grupo.

—¡Hola, Frank! Te veo bien—dijo la mujer acercándose y abrazándole.

—Gracias, Isobel. Tú cada año estás más guapa.

—Y más arrugada, Frank. Pero gracias por el cumplido—respondió Isobel. Entonces, miró a Allison y a Lucía, que se mantenían expectantes—. Y vosotras debéis ser sus novias ¿no?

Duncan negó con la cabeza, mientras Frank se disponía a aclarar el asunto.

—Esta es Allison, mi novia, y ella es Lucía, una amiga nuestra. No es novia de Duncan.

Lucía pudo ver la cara de decepción de la mujer.

—Una pena. Bueno, aunque nunca se sabe. Guardaré la esperanza—comentó para asombro de todos.

Duncan y Lucía se miraron, desconcertados. Ambos sacudieron la cabeza y todos siguieron a la mujer al interior de la casa. Al entrar, Lucía comprobó que se había equivocado. La casa era bastante grande por dentro. El vestíbulo era amplio, con un perchero y un pequeño mueble. Unas escaleras ubicadas en la parte derecha llevaban al piso de arriba, y había puertas a ambos lados del vestíbulo que conducían a otras estancias.

—Seguidme, os llevaré a vuestra habitación—dijo Isobel.

Todos la siguieron escaleras arriba, y la mujer fue asignando

habitaciones. Frank y Allison dormirían juntos en un cuarto justo al lado de la habitación que siempre ocupaba Duncan, y Lucía dormiría en otra estancia situada al fondo del pasillo.

—Vosotros poneos cómodos. En cuanto lleguen todos, nos reuniremos abajo para comer—les dijo Isobel.

Lucía dejó la maleta al pie de la cama y observó la habitación. Era una estancia amplia y acogedora, con paredes decoradas con papel pintado de color rosa claro, cortinas de color malva y una cama con el cabecero de madera de color marrón oscuro. Había un armario empotrado en una de las paredes de la habitación, mesillas a ambos lados de la cama, un baúl, y una cómoda. Abrió la única ventana que había en la habitación y observó el amplio jardín que se abría detrás de la casa. Era un enorme terreno verde, con plantas y flores a los lados, y un pequeño huerto en una esquina. Al fondo se podían ver el río y las majestuosas montañas. Una suave brisa le acarició el rostro y cerró los ojos, disfrutando de ese momento de paz.

Sin embargo, el silencio se rompió cuando sonó su teléfono. Se acercó hasta su bolso y lo sacó. Era su madre. Descolgó y comenzaron a conversar, mientras iba sacando cosas de la maleta.

—Hola, cariño. ¿Cómo va todo?

—Bien, mamá.

—¿Qué tal tiempo hace en Edimburgo? Aquí todavía hace un calor espantoso.

—Pues el caso es que no estoy en Edimburgo. Estoy en una ciudad al norte que se llama Blairgowrie, hemos venido a ver los juegos de las Tierras Altas.

—¡Ah! Son esos que salen por la tele ¿no? Esos donde tiran troncos.

Lucía se rio.

—Sí, esos.

—Bueno, pues ya me contarás entonces. Y a ver si conoces a algún chico guapo.

—Ya veremos, aunque ya sabes que he venido a documentarme.

—Hija, pero una cosa no quita la otra. Te ligas a un chico guapo y él que te ayude a documentarte.

Lucía se rio a carcajadas. Su madre era única.

—Haré el sacrificio por ti.

Lucía pudo oír como su madre suspiraba.

—¡Ay! Es que el otro día vi a Jacinta con su nieta y me dio una envidia...



A ver cuando me haces abuela, que se me va a pasar el arroz.

Lucía sonrió con ternura.

—Mamá, no empecemos.

—Bueno, ten paciencia con tu madre, que yo la tuve contigo. Diez horas estuve ahí pariendo y no me quejo. Así que, aguántame.

Lucía alzó una ceja, incrédula.

—Menos mal que no te ibas a quejar.

—Bueno, tesoro, te dejo ya. Solo decirte que te lo pases muy bien y ya me contarás. Un beso.

—Gracias, mamá. Un beso para ti y dale otro a papá de mi parte.

Finalmente colgó y una vez deshizo la maleta, bajó al vestíbulo, donde ya se oían risas y charlas. Duncan le presentó al resto de los miembros de la familia. No le mintió, sus primos eran realmente atractivos. Protagonistas perfectos de alguna novela romántica ambientada en las Tierras Altas. Todos se mostraron amables y simpáticos con ella, y en cuanto Isobel supo que era escritora, empezó a hacerle muchas preguntas sobre sus novelas. De hecho, acabó apuntando algunos títulos, con la promesa de leerlos pronto.

Dos horas más tarde, se sentaron a comer en el jardín, donde Isobel había dispuesto una mesa alargada para toda la familia, y fue entonces cuando las conversaciones se sucedieron.

—Recuerdo el primer año que participaron en los juegos. Fuisteis los mejores de la competición—comentó Maggie.

—Duncan era muy bueno en atletismo y en lanzamiento de peso—explicó Isobel.

—Ya, pero desde la lesión, he perdido un poco de fuerza—afirmó.

—¿Qué te pasó? —preguntó Lucía.

—Rotura de ligamento cruzado de la rodilla izquierda. Me pasó durante un partido. Tuvieron que operarme, y aunque la rehabilitación fue bien, al final no pude recuperar el ritmo, y fue entonces cuando decidí retirarme del rugby profesional.

Lucía lo miró con cierta pena.

—Debió ser una decisión difícil.

Duncan suspiró con resignación.

—Sí, fue duro al principio. Pero se abrió otro camino, y no me ha ido mal. Así que no siento pena. Además, sigo jugando de vez en cuando.

Lucía sonrió, mirándolo con admiración.

—Pues algún día tienes que enseñarme cómo juegas. Quiero comprobar

si eres bueno.

Duncan la miró, divertido.

—¿Me estás retando?

Lucía se rio.

—Puede.

Los dos se rieron a carcajadas, ante la atenta mirada del resto de la familia. Phoebe y Maggie, que estaban sentadas juntas, se miraron, sorprendidas. Parece ser que entre Duncan y Lucía había buena sintonía. Maggie se fijó bien en su hijastro. Ahora su mirada parecía más luminosa que antes. ¿Habría por fin dejado atrás esa idea tonta de no tener pareja nunca más? Ojalá fuera así, pensó. Aunque quizás sería buena idea animar el asunto un poco.

Después de un día de reuniones y reencuentros, llegó por fin la hora de ir a dormir. Al día siguiente, tendrían que madrugar para asistir a los juegos, y por eso, Ron, Duncan y Frank se fueron rápidamente a la cama. Lucía decidió salir al jardín y aprovechar la agradable temperatura que hacía fuera. Una suave y fresca brisa inundaba el ambiente, y en el cielo totalmente despejado se podían ver las estrellas. Lucía se sentó en el porche que daba al jardín, en una silla de mimbre. Estaba completamente sola, creyendo que el resto de los invitados ya estaban durmiendo. Se acurrucó un poco y se frotó los brazos con las manos, ya que empezaba a tener un poco de frío. Miraba las estrellas, totalmente absorta, y no se dio cuenta de que alguien le estaba haciendo compañía. Maggie se sentó a su lado, en otra silla de mimbre. Llevaba colocada sobre sus hombros una manta, y en ambas manos, sendas tazas de leche caliente con miel.

—Hermosa noche—dijo Maggie mirando al cielo.

Lucía se giró y la vio sentada a su lado.

—Sí, muy hermosa.

Maggie le ofreció una de las tazas que llevaba en la mano.

—Es leche caliente con un poquito de miel. Te hará entrar en calor.

Lucía la agarró entre sus manos, y la acercó a su rostro, sintiendo el vapor en su cara.

—Muchas gracias.

Maggie se acomodó, y acercó su silla a la de Lucía. A continuación, extendió la manta sobre las piernas de ambas, gesto al que Lucía respondió con otro <<Gracias.>> Durante unos segundos se hizo el silencio entre ambas, pero enseguida Maggie lo rompió.

—¿Qué te parece Escocia? ¿Te gusta?

—Mucho. Ya estuve hace años en Edimburgo y me encantó. Pero ahora que he visto más cosas, creo que me he enamorado perdidamente de Escocia.

Maggie se rio.

—Me alegra oírlo.

—¿Usted de que parte de Escocia es?

—Crecí aquí, en Blair. Cuando cumplí dieciocho años me fui a Londres a buscar trabajo. Regresé a Escocia cinco años después, y me fui a vivir a Edimburgo.

—¿Fue entonces cuando conoció a Dan? Perdona, si pregunto demasiado.

—No te preocupes. Además, a lo mejor con mi historia encuentras inspiración para una de tus novelas—comentó, riéndose—. Conocí a Dan cuando entré a trabajar en el pub. Su mujer, Janis, había fallecido dos años antes. El panorama que me encontré era desolador. Dan se concentró totalmente en el cuidado de sus hijos y en el trabajo, y no tenía ningún interés en enamorarse. Yo, como estaba loca por él, fui muy paciente, y poco a poco, fui conquistando a los Mackenzie. Primero a Ron y Duncan, a los que adoré desde el primer día. Con ellos he ejercido el papel de madre y lo sigo haciendo, aunque siempre han tenido presente a Janis. El corazón de mi Dan tardé más en ganármelo, pero al final, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia. Un buen día, estábamos solos en el pub, cerrando, y me pidió que me sentara con él un momento. De repente, me agarró la mano, me miró a los ojos, y cómo pudo, ya que es bastante reservado, me explicó que se había dado cuenta de que quería que me quedara en su vida para siempre, y que, gracias a mí, había curado su corazón. Yo lloré de la emoción, claro está. Y desde entonces, no nos hemos separado.

Lucía suspiró, emocionada.

—Es una historia preciosa. Es difícil rehacer tu vida cuando pierdes a alguien tan querido. Pero al final, el amor todo lo puede.

—Sí. Ya te digo que Dan tiene un carácter más reservado. En cambio, Duncan y Ron son más expresivos. Pero me preocupa Duncan. Desde que le pasó lo de Gwen, no ha vuelto a ser el mismo. ¿Conoces la historia?

—Sí, algo me contaron. Y entiendo a Duncan, a mí me pasó algo parecido.

Maggie la miró, esperanzada.

—Entonces estoy segura de que puedes hacerle entrar en razón, y

quitarle esa tonta idea de quedarse soltero para siempre.

Lucía se sintió un poco apurada.

—Bueno, no creo que pueda hacer eso. No soy quien para meterme en esas cosas.

Maggie agitó la mano, quitándole importancia.

—Tonterías, además, es por el bien de ambos. No quiero que Duncan deje pasar el tren que ahora está parado justo delante de su puerta.

Lucía frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso?

Maggie suspiró y se levantó.

—Bueno, será mejor que me vaya a dormir, ya es muy tarde—dijo Maggie ignorando la pregunta de Lucía—. Estoy segura de que todo va a salir muy bien entre vosotros. Contáis con mi aprobación.

Dicho esto, se fue de allí, dejando a Lucía un poco desconcertada. ¿A qué se refería? ¿De qué tren estaba hablando? <<Será mejor que me vaya a dormir y deje de pensar en tonterías>>, se dijo mentalmente. Debía descansar para poder disfrutar al día siguiente de una jornada intensa y emocionante.

## CAPÍTULO 10

Duncan se levantó temprano y comenzó a prepararse para el emocionante día que le esperaba. Se puso su *kilt* con los colores de los Murray, su equipo, una camiseta blanca ajustada, y unas botas de campo. Frank y Ron hacían lo mismo en sus respectivos cuartos, ante la atenta mirada de sus parejas, que los miraban embelesadas. Lucía se puso unos vaqueros, una camiseta roja y unas zapatillas deportivas negras. Bajó a desayunar y se encontró con la tía Isobel, Maggie y Dan. La primera le sirvió unas tostadas y un café, que Lucía devoró con gusto. Enseguida entró por la puerta Duncan, y Lucía se quedó con la boca abierta, mirándolo con ojos desorbitados. Pudo escuchar en su cerebro la canción de Robert Palmer, *Simply irresistible*. En su imaginación, Duncan la miraba de forma seductora, con los brazos en jarras, mientras los pliegues de su *kilt* se movían gracias a una brisa inexistente. Estaba realmente guapo. Notó entonces cómo su corazón latía sin control y cómo el pulso se le aceleraba sin remedio.

—Buenos días—dijo, mientras se sentaba frente a ella.

Lucía sacudió la cabeza y volvió a la realidad, centrándose en su desayuno.

—Buenos días—respondió con la cara sonrojada.

Duncan la miró, divertido, aunque no comentó nada. Se había dado cuenta de la reacción de Lucía al verlo. Estaba muy graciosa mirándole con los ojos abiertos de par en par y la boca entreabierta. Se sorprendió al pensar que le había gustado esa reacción, y deseaba verla de nuevo así, mirándole con fascinación. En ese momento, entraron Ron y Frank, aunque Lucía no los miró con el mismo interés. Con Duncan se había quedado sin palabras.

Cuando todos estuvieron preparados, se dirigieron a Bogles Field, el lugar donde se celebrarían los juegos. Era una enorme explanada de hierba, situada a las afueras de la ciudad. Se habían colocado carpas donde vendían comida, bebida, y diferentes obsequios relacionados con los juegos. Aunque era pronto, ya estaba lleno de gente y los equipos que iban a participar empezaban a calentar antes de las competiciones. Por suerte, en el cielo brillaba el sol, así que podrían disfrutar de un fantástico día.

Frank, Duncan y Ron se reunieron con sus compañeros de equipo, que vestían igual que ellos, con los colores del clan Murray. Lo decidieron así porque los Mackenzie eran minoría en este caso. Lucía observaba todo con sumo interés y curiosidad. Sentía que había viajado a un pasado lejano. Como en la Antigua Grecia, los participantes medían sus fuerzas en competiciones donde mostraban su potencia y destreza, representando a sus respectivos clanes.

Finalmente, la música de las gaitas empezó a sonar y dieron comienzo los juegos. Había equipos venidos de todas partes de Escocia, e incluso del otro lado del Atlántico. Empezó la competición de lanzamiento de peso, en la que Frank era muy bueno. Consiguió una excelente puntuación, quedando entre los tres primeros. Allison miraba emocionada a su novio, y a Lucía le pareció ver cómo lo devoraba con los ojos. Greg compitió en lanzamiento de martillo, y lo hizo bien, pero no podía competir contra un gigante de anchas espaldas llamado Logan MacArthur. Lucía pensó nada más verlo que Greg no tenía nada que hacer contra ese tipo con brazos de acero que eran más anchos que sus muslos.

—Esos son los rivales de nuestro equipo. Los MacArthur. Llevan años ganando—le explicó tía Isobel.

A Lucía no le extrañaba, tenían mucha fuerza y eran muy competitivos. Le llegó el turno a Ron en el lanzamiento de tronco, una de las categorías más famosas. De hecho, Lucía lo había visto muchas veces en la televisión. Ron debía agarrar el tronco por uno de los extremos y lanzarlo. Fuerza no le faltaba, así que tenían esperanza. Este concentró todas sus energías, apretando la mandíbula y tensando todos los músculos de su cuerpo. Sostuvo el tronco durante unos segundos, mientras Phoebe agarraba la mano de Lucía con fuerza. Tal fue así, que Lucía notó cómo se le cortaba la circulación. Al fin, emitiendo una especie de rugido, lanzó el tronco lo más lejos que pudo. El público aplaudió, aunque se podían escuchar los vítores de Phoebe a kilómetros. Ron consiguió clasificarse en primer lugar. Sin embargo, la alegría duró poco. Uno de los miembros de los MacArthur obtuvo mejor puntuación, y se regodeó de su triunfo mirando a Ron con sorna.

<<¡Menudo idiota!>>, pensó Lucía. Finalmente, le llegó el turno a Duncan, que iba a competir en la carrera de la colina. El equipo confiaba en él, porque era uno de los mejores en esa categoría. Duncan se preparó, calentando sus músculos y haciendo estiramientos, mientras John MacArthur se colocaba a su lado, mirándole con altivez.

—No te esfuerces mucho, Mackenzie. Ya sabes quién va a ganar.  
Duncan apretó la mandíbula.

—Por eso mismo me esfuerzo, porque sé quién va a ganar y no pienso permitirlo—le contestó.

John MacArthur le lanzó una mirada feroz, pero a Duncan no le importó. De repente, alzó la vista y vio a Lucía sonriéndole. Esta aplaudió, y gritó:

—¡Vamos, Duncan! ¡Tú puedes!

Duncan sonrió, y consiguió sacudirse cualquier atisbo de inseguridad que tuviera en su cuerpo. Todos se pusieron en sus marcas, y el juez dio la salida. John MacArthur le adelantó a toda velocidad, pero Duncan no se dejó vencer. Sabía que aún quedaba tiempo de carrera, y si corría demasiado deprisa, se cansaría enseguida. Debía aprovechar el momento oportuno para adelantar. Lucía pronto le perdió de vista. Solo le quedaba mirar hacia las colinas, en dirección al camino de regreso, con la esperanza de ver a Duncan en el primer puesto. Pudo escuchar el arrogante comentario de John MacArthur, y le dieron ganas de decirle unas cuantas cosas a ese creído.

Mientras tanto, la carrera iba transcurriendo y la distancia hasta la meta se iba acortando. Duncan ya estaba entre los diez primeros, y pudo ver a John MacArthur más cerca. Este cada vez corría peor, debido al cansancio. Duncan, en cambio, se encontraba bien, aunque cansado. Finalmente, llegó al segundo puesto. En ese momento, a tan solo diez metros de la meta, Duncan aceleró, adelantando sin problemas a John MacArthur, que intentó en vano alcanzarlo. La paciencia y el saber esperar, hicieron a Duncan el ganador indiscutible de la carrera. Alzó los brazos en señal de triunfo, y llegó hasta donde estaba su familia. Abrazó a Lucía, que estaba justo delante de él, emocionado y feliz. Lucía se quedó quieta, sin saber qué hacer. Cuando quiso responder a su abrazo, él ya se había apartado, y estaba celebrando el triunfo con su equipo.

Los MacArthur y los Murray estaban empatados, solo una última competición decidiría el resultado. Y que mejor que un juego donde todo el equipo participara. Se trataba del tira y afloja. Los equipos rivales, colocados en ambos extremos de una cuerda, debían derribar al otro tirando con toda su fuerza. Se colocaron en sus puestos, y entonces uno de los MacArthur dijo:

—Vais a morder el polvo.

Todos los MacArthur se rieron ante el comentario.

—Ya lo veremos—contestó Ron, enfadado.

A Lucía le estaban cayendo muy mal esos MacArthur. A pesar de que

eran el prototipo de guerreros escoceses, guapos y atractivos, los odiaba a muerte por su arrogancia. En cambio, muchas mujeres entre el público parecían hipnotizadas. El juez pitó y empezó la lucha. Los Murray tiraban con todas sus fuerzas, aunque los MacArthur estaban consiguiendo moverlos hacia adelante. Hubo un momento en el que los primeros consiguieron poner en apuros a los segundos. Duncan, que estaba en primera línea dijo:

—Joder, lo de estos tipos no es normal. ¿Qué toman? ¿Anabolizantes?

—Yo creo que son hijos de Hulk—comentó Ron, apretando los dientes.

—Vamos, chicos, no desesperemos, podemos ganarles—los animó Frank.

Podían oírse los ánimos del público, que empezaba a mostrar mayor simpatía por los Murray. No tenían la fuerza bruta de gigantes, pero habían demostrado ser buenos participantes. Finalmente, y a pesar del increíble esfuerzo, los Murray cayeron al suelo, llenándose de barro. Los MacArthur, en vez de guardar las formas, se burlaron y se rieron de ellos.

—Mira que os lo hemos dicho. No sé para qué seguís perdiendo el tiempo—dijo uno de los MacArthur.

Los Murray estaban derrotados y agotados, y no contestaron al hiriente comentario. En cambio, había alguien que no estaba dispuesto a pasarlo por alto.

—No hay nada peor que un mal ganador—soltó Lucía, que estaba situada justo detrás de John MacArthur. Había dejado el sitio donde estaba, harta de presenciar aquel comportamiento tan despectivo.

Los MacArthur se dieron la vuelta, y la miraron con el ceño fruncido.

—¿Y tú quién eres, guapa?

Duncan la miró, asombrado. Lucía ni se inmutó.

—Nadie en particular. Solo ejerzo mi libertad de expresión. Y os digo que me estáis tocando las narices con vuestras tonterías.

Todos la miraron, desconcertados, y a Duncan le entró la risa.

—¿De qué vas? —inquirió Logan MacArthur, molesto.

—Decidme una cosa. ¿Por qué insistís tanto en quitaros competencia? ¿De qué tenéis miedo?

Los MacArthur se rieron.

—No tenemos miedo, guapa. Es solo una advertencia. De hecho, les estamos haciendo un favor. Es para que no hagan más el ridículo.

—¿El ridículo? Vamos, en el fondo sabéis que son mejores que vosotros. Por eso les tenéis tanta envidia.



—¿Envidia? —preguntó uno de ellos con gesto incrédulo.

—Sí, envidia. Porque son más guapos y más agradables que vosotros.

John MacArthur se acercó a ella, mirándola fijamente.

—No dirías eso si pasaras un ratito conmigo, preciosa.

Lucía se rio a carcajadas, ante el gesto interrogante de John. De repente, se puso seria y dijo:

—No te lo creas tanto, anda. Y a todos vosotros os doy un consejo. Dedicad tiempo a alimentar la única neurona que os queda. Así si habláis, seréis un poquito menos desagradables.

Dicho esto, se dio media vuelta, sonriente y satisfecha, mientras todos alrededor se reían y aplaudían. Ahora Lucía estaba contenta. Había puesto en su sitio a esos tipos. Mientras, Duncan la observaba con curiosidad. Lucía Suárez era única. Con solo unas palabras, había conseguido callar a los MacArthur. Y, además, sabía que lo había hecho por ellos. <<Maravillosa>>, pensó, mientras su corazón latía desbocado. Al instante, sacudió la cabeza, intentando no pensar en esa mirada castaña tan guerrera, y en esa sonrisa resplandeciente que tanto le había gustado.

Esa noche regresaron a casa agotados, y cenaron, brindando por ese segundo puesto en la clasificación general, y por el triunfo de Duncan en la carrera. A pesar de no haber ganado los juegos, se sentían satisfechos con el trabajo realizado.

Como la noche anterior, Lucía salió al porche y se sentó en una silla de mimbre a mirar las estrellas. No sabía de dónde había sacado esa fuerza para defender a su equipo, pero cada palabra le había salido de dentro. No soportaba a la gente así. Duncan salió al porche y la vio allí, sentada plácidamente, con gesto pensativo. Lucía se giró al oír el ruido de la puerta que se abría.

—¿Te importa que te haga compañía?

—Claro que no—contestó ella.

Duncan se sentó en una silla de mimbre, a su lado, y durante un rato, miró las estrellas.

—¿Te lo has pasado bien hoy? —inquirió él.

Lucía asintió.

—Sí, ha sido un día intenso.

—Desde luego que sí. Estoy agotado.

—No me extraña. Menuda carrera has hecho.

Duncan se incorporó un poco y la miró.

—Quería darte las gracias por lo que has hecho hoy. Has puesto a los MacArthur en su sitio.

—No hay de qué, además, sentía la imperiosa necesidad de hacerlo. Tipos como esos me hicieron la vida imposible en el instituto, así que no pude evitarlo. No me podía quedar mirando.

Duncan frunció el ceño.

—¿Lo pasaste mal en el instituto?

—Bueno, solían meterse conmigo porque estaba gorda. Yo prefería no decir nada y aguantar. Pero cuando crecí, decidí no callarme. ¿Tú cómo eras en el instituto?

—Era de los deportistas, y, además, jugaba al rugby, así que, si alguien se metía conmigo, le daba un balonazo en la cara.

Lucía se rio. Se hizo el silencio de nuevo, mientras miraban al cielo.

—Creo que podría escribir alguna historia de novela negra—Duncan la miró con gesto interrogante—. Podría matar a alguno de los MacArthur en el libro. Serían buenas víctimas. ¿Qué opinas? —preguntó mirando a Duncan.

Este se rio.

—Bueno, no te detendré si lo haces.

—¿Siempre quisiste dedicarte a la hostelería o fue algo circunstancial? —inquirió Lucía con interés.

Duncan suspiró, pensativo.

—De niño me encantaba pasar tiempo en el pub. Veía a mi padre trabajar e interactuar con la gente, y pensaba que era genial. Pero después, empecé a jugar al rugby y comencé a tomármelo en serio. Entonces me lesioné, y anduve perdido durante un tiempo. Tuve la cabeza hecha un lío, porque todos mis planes se habían ido al traste. Hasta que empecé a trabajar de nuevo en el pub, y comprobé que se me daba bien relacionarme con la gente. Me gustaba estar allí, y ver la sonrisa de los clientes cuando se lo pasan bien. Bueno, no siempre ocurren cosas agradables, pero trabajo en un ambiente fantástico, así que no tengo queja. En definitiva, trabajo en algo que me gusta.

—Eso es genial. Trabajar en algo que te gusta es muy complicado.

Duncan asintió.

—Oye, y tu familia ¿cómo lleva el hecho de que seas una escritora famosa?

—Bueno, para todos fue inesperado. No hay precedentes. Mis padres son administrativos, funcionarios, con un buen sueldo y un puesto de trabajo fijo.

Así que para ellos fue toda una sorpresa. Al principio no tenían mucha fe en que esto saliera bien. Les preocupaba. Pero al final, me apoyan en todo.

—¿Tienes hermanos?

—No, soy hija única.

—Mejor, así menos problemas.

—No te quejes. Que tu hermano parece un buen tipo.

—Y lo es. Aunque tenemos nuestras peleas de vez en cuando.

—Así no te aburres.

Ambos se rieron.

—¿Y siempre estás imaginando historias? ¿No es un poco agotador?

Lucía suspiró.

—No es que me exprima el cerebro a propósito, es que no puedo evitarlo. Para mí, escribir se ha convertido en una necesidad.

—¿Una necesidad?

—Sí. Verás, para mí escribir es una forma de vida. Necesito expresar y contar esas historias, esos diálogos y esos personajes que viven dentro de mi cerebro. No es que oiga voces, no te asustes. Es que, a veces siento que los personajes me hablan, y me piden que cuente su historia.

—Vaya, me gusta esa manera de explicarlo. ¿Por qué empezaste a escribir? —preguntó, lleno de curiosidad.

—En la adolescencia escribí algunos cuentos y relatos, pero nunca llegaron a nada. Fue después de terminar la universidad cuando empecé a escribir en serio. Estaba en una etapa de mi vida un tanto confusa. Había terminado mis estudios, y buscaba empleo, pero parecía no encajar en ninguna parte. Iba dando tumbos. Así que un buen día, decidí arriesgarme y envié uno de mis manuscritos a varias editoriales. Solo dos de ellas me contestaron de forma favorable. Elegí y el resto es historia.

—Eres intrépida. ¿También lo eres en otras facetas de la vida?

—Bueno, creo que en esta vida tienes que hacer que las cosas ocurran, y arriesgar, a pesar de haber tenido malas experiencias.

Duncan suspiró con pesar.

—Ojalá pensara como tú.

Lucía lo miró de reojo.

—Me contaron lo que te pasó. Aunque eso ya lo habrás deducido.

Duncan asintió.

—Sí, lo sé. De hecho, creo que sería una buena historia de engaño y resentimiento para alguna de tus novelas.

—Así que todavía te dura el resentimiento...

Duncan suspiró con resignación.

—Sí, eso me temo. Tanto que, desde entonces, no he vuelto a fiarme de nadie.

—Vaya, pues sí que eres radical. ¿Me estás diciendo que no has estado con ninguna mujer desde entonces?

—He salido con mujeres, pero nada serio.

—Entiendo. Pues deberías dejar el luto a un lado, y darle una oportunidad al amor.

—¡No estoy de luto! Además, el amor es un producto del cine y de los grandes almacenes. No existe de verdad.

Lucía se rio.

—¡Menuda tontería acabas de decir! Entonces, ¿qué me dices del amor entre tu padre y Maggie? ¿O entre Ron y Phoebe?

Duncan se revolvió, incómodo.

—Bueno, quizás he sido demasiado radical con esa afirmación. Sin embargo, no creo en el amor. No soy capaz de volver a confiar en otra persona.

—Tienes miedo ¿cierto?

—Sí, lo tengo. Tengo miedo de entregarme y de que me traicionen. Gwen era mi novia de toda la vida. Empezamos a salir en el instituto. Era la mejor chica del mundo para mí. Habíamos hecho planes juntos. Casarnos, tener una familia. Y al final, ella se lió con otro a mis espaldas.

Lucía lo miró, pensativa.

—¿Estás seguro de que ella pensaba de la misma forma que tú?

Duncan la miró, entrecerrando los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—A lo mejor no supiste leer las señales. Ocurre muchas veces. Pensamos que conocemos a alguien, que tenemos todo bajo control, y de repente, en un segundo, nos damos cuenta de que estábamos completamente equivocados, y que esa persona que lleva años a nuestro lado, en realidad, es un completo desconocido.

Duncan consideró un momento el asunto, y viajó atrás en el tiempo, a sus recuerdos. Quizás Lucía tenía razón y Gwen no era cómo él pensaba. A lo mejor se precipitó en muchas de sus decisiones.

—Pues, no sé qué pensar. Creo que tienes razón. Quizás me precipité. Sin embargo, eso no justifica que me engañara.

—Por supuesto que eso no es justificable. Pero tampoco merece la pena torturarse por ello. Cuando hay una ruptura, ambas partes tienen algo de culpa. Quizás por ceder demasiado, o por no hacerlo ni un milímetro.

—Bueno, en eso estoy de acuerdo.

—Yo creo que no merece la pena desaprovechar la oportunidad de encontrar un nuevo amor, solo porque una relación anterior haya fracasado. Estas cosas son experiencias de las que uno aprende.

—Lo sé, pero no es tan fácil.

—Claro que no. Nada en esta vida es sencillo. Sin embargo, hay que mirar hacia adelante. Y deja de encerrarte en ese caparazón que tienes ahí dentro. Tu media naranja te estará buscando, y así no va a encontrarte—le advirtió.

Duncan la miró con curiosidad.

—¿Y tú de dónde sacas tanta confianza?

Lucía se encogió de hombros.

—El tiempo cura las inseguridades. Llegó un momento en mi vida en el que decidí dejar de lamentarme porque las cosas no me sucedían, y empecé a hacer que pasaran. Y para eso, se necesita tener confianza. Me costó mucho ganarla, pero poco a poco, creyendo en mí misma, lo conseguí.

Duncan la miró con admiración. A continuación, Lucía suspiró, agotada, y se levantó.

—Bueno, me voy a dormir ya, estoy muy cansada. Ha sido un día muy emocionante.

—Desde luego que sí.

—Buenas noches, Duncan.

Dicho esto, se dirigió a la puerta, dejando a Duncan con ganas de más conversación. Aun así, él no la retuvo más.

—Buenas noches y gracias—dijo, mirándola.

Lucía le miró, y notó su mirada azul clavada en sus pupilas. Asintió y se marchó en dirección a su habitación. Tenía el pulso acelerado, y notaba calor en sus mejillas. Se tumbó en la cama, y no pudo dormirse. Su mente estaba llena de Duncan Mackenzie, su muso. Le había fastidiado saber que él había decidido no enamorarse. Era una pena que pensara así, porque si de ella dependiera, le quitaría esa coraza que llevaba puesta, y le demostraría que el amor verdadero existe. De repente, se revolvió, incómoda. ¿Qué tenía que ver ella en todo eso? Ella solo estaba de paso, no iba a enamorarse de su muso, aunque le gustara mucho. Intentó pensar en otra cosa, pero fue inútil. Duncan

Mackenzie volvió a ser el protagonista de todos sus sueños aquella noche.

Duncan se quitó la ropa y se metió en la cama solo con los calzoncillos puestos. Cruzó las manos debajo de su nuca y se quedó mirando al techo, pensativo. Había considerado las sabias palabras de Lucía. Ella había pasado por lo mismo que él, y su actitud ante la vida era muy distinta. Lucía se mostraba, a pesar de todo lo pasado, optimista en cuanto al amor. Bueno, era importante tener en cuenta que ella escribía sobre esos temas, así que tampoco era tan descabellado. Se había quedado impresionado con su temperamento y la confianza en sí misma que tenía.

Sonrió al recordar la sonrisa que le dedicó antes de la carrera, y como ese gesto le dio fuerzas para pelear. Pudo oír su voz animándolos en todas las competiciones. A Gwen esos eventos no le gustaban. Solía aburrirse soberanamente. Estaba claro que no había sabido leer las señales, y se sintió un poco estúpido de repente. A veces uno se entrega tanto a una causa, que no se da cuenta de que se está equivocando. A pesar de que sabía que Lucía tenía razón, aún se sentía inseguro. ¿Conseguiría el tiempo hacerle recuperar la confianza que tuvo tiempo atrás?

## CAPÍTULO 11

En un castillo rodeado por una espesa niebla, en un lugar indeterminado, el príncipe Duncan yacía semidesnudo y encadenado en el suelo de una mazmorra. Su cuerpo estaba lleno de heridas, debido a los malos tratos y las torturas que estaba sufriendo a manos de su captor, el gigantesco y malvado *laird* Logan MacArthur. Este le golpeaba una y otra vez en su pecho desnudo, y en su hermoso rostro. A pesar de todo, Duncan lo miraba, desafiante.

—Rendíos de una vez, príncipe Duncan. No tenéis forma de escapar y nadie va a venir a rescataros—dijo *laird* MacArthur, riéndose con malicia.

El príncipe Duncan apretó la mandíbula, y contestó, furioso:

—¡Jamás me rendiré! No permitiré que os quedéis con mi reino y que esclavicéis a mis súbditos.

Logan MacArthur lo miró con severidad y hastío, mientras blandía su espada.

—Muy bien, vos lo habéis querido. Ha llegado la hora de vuestra muerte.

—¡Antes tendréis que vencerme a mí, mi señor! —exclamó una voz femenina desde la entrada de la mazmorra.

Apareció ante ellos la valiente y aguerrida *lady* Lucy. Iba ataviada con unos pantalones anchos, una camisa y una capa. Había conseguido llegar hasta allí gracias a sus habilidades como luchadora, derrotando a todos los guardias que encontraba a su paso. *Laird* MacArthur la miró, divertido, mientras el príncipe Duncan la observaba, asombrado.

—Por favor, *milady*, no perdáis el tiempo—dijo el villano.

Lucy no retrocedió, y blandió su espada, apuntando a su rival.

—¿Tenéis miedo? No os preocupéis, será rápido—le contestó *lady* Lucy, desafiante.

*Laird* MacArthur intentó atacarla con su espada, pero fue en vano. Durante el corto intercambio, Lucy demostró ser mejor que él, y consiguió derribar a su rival, que cayó fulminado después de recibir una rápida estocada en el corazón. Finalmente, Lucy respiró tranquila, y pudo liberar al príncipe, que aún permanecía encadenado. Rápidamente le liberó, y le ayudó a salir del

castillo.

Horas después llegaron al hogar del príncipe, donde este pudo curar sus heridas. Cuando Lucy estaba a punto de marcharse, ya que había cumplido su misión, el príncipe se lo impidió. Puso su mano sobre la puerta, y rodeó la cintura de Lucy con su otro brazo. Ella se giró, y se miraron a los ojos.

—¿Os marcháis? —inquirió él.

Lucy notó cómo se le secaba la garganta ante aquella penetrante mirada.

—Ya he terminado mi misión, mi señor.

—Entonces, tengo otra misión que debéis cumplir. Veréis, mis heridas aún no han sanado, y os necesito a mi lado—explicó él, acariciando una de sus mejillas con sus dedos.

Lucy tragó saliva, mientras notaba una cálida sensación en su vientre.

—Entonces, me quedo, claro. No puedo dejaros así. ¿Qué necesitáis que haga?

El príncipe Duncan sonrió con picardía.

—Me duele un poco el pecho, y necesito un suave y delicado masaje—agarró la mano de Lucy, y la puso sobre su terso y suave pecho. Lucy notó cómo el pulso se le aceleraba, mientras acariciaba al príncipe.

—También me duelen los labios. Bueno, en realidad, todo el cuerpo—comentó el príncipe, acercándose más a ella.

Lucy pudo ver claramente en sus ojos el deseo que sentía por ella. Así que decidió dejar la timidez a un lado y entregarse.

—No se preocupe, yo me encargo de todo—dicho esto, le rodeo la nuca con sus brazos, atrayéndolo hacia ella, y besando sus labios con ansia y deseo.

Se alejaron de la puerta sin dejar de besarse ni acariciarse, y llegaron hasta el lecho, donde ambos se tumbaron. Acabaron desnudos, jadeando, mientras se besaban. Finalmente, el príncipe Duncan se puso encima de Lucy y se dispuso a entrar dentro de ella. Era el momento culminante, y todo era excitación y ardor.

Sin embargo, todo desapareció de repente porque Lucía se despertó. Otro sueño interrumpido, esta vez por culpa de Minny, que estaba encima del sofá-cama, golpeando su brazo con una de sus patas. Lucía miró a la gata con cierto malestar.

—Te parecerá bonito. Has interrumpido un sueño fantástico. Espero que estés satisfecha, señorita—la recriminó.

Minny la miró con indiferencia. A continuación, bajó del sofá-cama de



un salto y le dedicó un arrogante maullido. Lucía suspiró con resignación. Después, se levantó, se vistió y ayudó a Allison a preparar el desayuno.

Hoy irían a Arthur's Seat, el pico más alto del conjunto de colinas que hay al sur de la ciudad. Desde allí, se puede disfrutar de unas preciosas vistas de Edimburgo. Con el cielo despejado, y una temperatura agradable, era el día perfecto para dar un largo paseo.

No había vuelto a ver a Duncan desde que regresaron de Blairgowrie & Rattray dos días antes. Como quedaba poco tiempo para su regreso a Madrid, estaba dedicándose a hacer turismo fuera de Edimburgo y a documentarse. Por eso había tenido ese sueño tan ardiente, porque echaba de menos a su muso, pensó.

—Si quieres, después de la caminata, podemos ir a comer al pub. Vamos a necesitar recuperar energía—comentó Allison, mientras tomaba un sorbo de su té.

Lucía se encogió de hombros.

—Sí, me gusta el plan.

—Estoy segura de que Arthur's Seat te dará inspiración para una buena historia con *highlanders*.

Lucía sonrió.

—Eso espero.

Allison observó a su amiga, y comprobó que tenía el rostro iluminado y las mejillas sonrosadas.

—Veo que hoy tienes muy buen aspecto. ¿Tuviste algún sueño emocionante?

Lucía se llevó las manos a las mejillas, alarmada.

—¿Se me nota mucho?

Allison se rio.

—Vale, más tarde me lo tienes que contar. Por tu cara, parece que ha sido muy ardiente.

Lucía respiró hondo, y se concentró en terminar su desayuno. Finalmente, salieron de casa, y emprendieron la marcha. Después de atravesar la Old Town, giraron a la altura de la Queen's Gallery del palacio de Holyroodhouse, pasaron por delante del Parlamento escocés, y tomaron el camino que conducía a Arthur's Seat. Mientras andaban, Lucía le contó a Allison el sueño que había tenido esa noche.

—Bueno, es un sueño muy romántico. Y me gusta eso de que seas tú quien le rescate a él.

—Sí, aventura y placer. Tiene buenos ingredientes para ser una novela, pero no me he puesto a ello.

—Tengo la impresión de que se está cumpliendo lo que te dije. Está claro que Duncan te gusta, ya tienes la evidencia. Además, os noté muy cercanos en los juegos. Yo creo que él siente algo por ti.

—Tienes razón en lo primero. Ya tengo claro que me gusta, sin embargo, no creo que él sienta lo mismo. Aún sigue enamorado de su ex.

—Yo no diría que sigue enamorado de su ex, más bien creo que el rencor le impide abrirse a tener una relación. Ya sabes que hay gente que no lleva bien las rupturas.

—Lo sé. A él le ocurrió lo mismo que a mí, aunque yo tomé una actitud diferente.

—Y has hecho bien. De hecho, tú eres la única que podría hacerle cambiar de idea.

Lucía negó con la cabeza.

—No, me niego. No es asunto mío. Además, me iré dentro de dos días y no quiero encariñarme con alguien que no quiere enamorarse. Solo sufriría.

Allison suspiró con resignación.

—Como quieras. Tú eres la que debes decidir si merece la pena el esfuerzo o no. Pero ya sabes que nada se consigue sin luchar.

Finalmente, llegaron a la cima, agotadas pero contentas. Desde allí las vistas eran preciosas. Había merecido la pena el esfuerzo. Al pensar esto, Lucía recordó lo que Allison acababa de decir. Nada se consigue sin luchar. Sin embargo, ¿cómo iba a luchar por una causa que parecía destinada al fracaso? Aunque si ni lo intentaba, nunca sabría si había alguna posibilidad de éxito. ¿Y si al resignarse se estaba equivocando? En esos momentos, no sabía muy bien qué hacer.

Una hora más tarde Lucía y Allison entraron en el pub Mackenzie, donde la actividad era frenética. Dan Mackenzie estaba en su mesa habitual, esperando a que le tomaran nota, y al verlas, las instó a sentarse con él, ya que el lugar estaba abarrotado y no quedaban sitios libres. Duncan entraba y salía de la cocina, con bandejas llenas de bebida y comida, y no se dio cuenta de que Lucía había llegado. Llevaba dos días pensando en ella, preguntándose cuándo volverían a verse. Le gustaba conversar con ella y conocerla cada vez más. Aquella conversación tan íntima que habían mantenido la última vez le había dejado huella y con ganas de más. Por eso, cuando al fin la vio, sonrió.

—¿Cómo va todo, señor Mackenzie? —preguntó Allison, acomodándose en una silla, al tiempo que Lucía hacía lo mismo.

—Bien, aquí esperando. Por cierto, hace muchos días que no os veo por aquí. ¿Dónde os habéis metido?

—Yo he estado haciendo turismo, y Allison trabajando—contestó Lucía.

—Hoy hay mucha gente—comentó Allison mirando alrededor.

—Es que han venido a comer dos grupos de turistas, y han llenado el local—explicó Dan.

En ese momento, Duncan llegó hasta su mesa con una amplia sonrisa. Lucía, al verle, sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Llevaba un delantal, camisa y pantalón negro, y el pelo peinado hacia atrás. Estaba irresistible en ese instante, sonriéndola y mirándola con sus preciosos ojos azules.

—Me alegra veros. ¿Qué vais a tomar? —preguntó Duncan.

—A ti—dijo Lucía con voz susurrante.

De repente, las miradas de los tres se centraron en ella. En ese instante, se dio cuenta de que eso que estaba pensando, lo había dicho en voz alta. Se tapó la boca en un acto reflejo, y deseó que la tierra se abriera y se la tragara allí mismo.

Duncan la miró con el ceño fruncido.

—Perdona, no te he oído bien.

Lucía dio gracias al cielo, y rectificó enseguida.

—Una pinta de cerveza, y un quiche de jamón y queso, por favor.

Duncan apuntó el resto de la comanda, y los dejó solos de nuevo. Dan y Allison no comentaron nada de lo sucedido, y siguieron hablando de otras cosas. Lucía suspiró con resignación. No había podido evitar que su cerebro se lanzara y dijera lo que pensaba. Ahora ya lo tenía claro, Duncan le gustaba mucho. Los síntomas eran claros. Pensaba en él a todas horas, echándolo terriblemente de menos cuando no lo veía, y cuando se encontraban, sentía mariposas revoloteando en su estómago y el pulso se le aceleraba sin remedio. Aun así, no se decidía a dar el paso y decirle lo que sentía por él.

Phoebe y Frank entraron en ese momento en el local, y se dirigieron a la mesa donde estaban. Se sentaron con ellos, y Ron les tomó nota. Frank estaba sentado justo enfrente de Allison, a la que miraba con ternura.

—He pensado que esta noche podríamos salir a cenar—le propuso Frank a su novia.

—Esta noche quiero estar con Lucía. Se marcha pasado mañana, y

quiero cenar con ella hoy, a modo de despedida, ya que mañana trabajo y no podremos vernos.

—Por mí no te preocupes. Puedo quedarme en casa, no hace falta una despedida—respondió Lucía.

Phoebe se sintió un poco triste al darse cuenta de que la marcha de Lucía era inminente. Sabía que entre Duncan y ella había una conexión especial, y pensaba que hacían una pareja muy bonita. Deseaba con todas sus fuerzas que aquellos dos acabaran juntos. Pero las cosas no estaban yendo como ella esperaba. Si hubiera alguna posibilidad de que pasaran un poco más de tiempo juntos, quizás habría un atisbo de esperanza. En ese instante, tuvo una idea.

—Oye, ¿y por qué no hacéis una cita doble? —propuso.

—¿Una cita doble? —inquirió Frank.

—Sí, creo que sería una excelente idea. Además, si no recuerdo mal, Duncan está libre esta noche. ¡Duncan! —gritó Phoebe cuando este pasó por su lado.

Duncan se detuvo, y miró a Phoebe, expectante.

—Esta noche libras ¿cierto?

—Sí, ¿por qué?

—Esta noche vamos a salir a cenar Allison, Lucía y yo ¿Te apuntas? —propuso Frank.

Duncan se encogió de hombros.

—Claro—contestó. Lo cierto es que, la idea de pasar más tiempo con Lucía le gustaba, así que no iba a decir que no a semejante plan.

Dicho esto, Duncan volvió a sus quehaceres, y Phoebe sonrió, satisfecha.

En ese momento, Lucía sintió cómo su corazón saltaba de alegría. A pesar de que pronto se marcharía, le entusiasmaba la idea de pasar más tiempo con Duncan. Aprovecharía el momento al máximo.

## CAPÍTULO 12

Lucía se estaba arreglando delante del espejo del cuarto de baño. Llevaba una camiseta negra ajustada, sin mangas y sin escote, una falda plisada de color violeta, medias negras y unos zapatos de tacón bajo del mismo color. Además, llevaría una chaqueta vaquera de color azul para resguardarse de la brisa fresca que asolaba las noches de Edimburgo. En el rostro, se había puesto sombra de ojos violeta, *eyeliner* negro, colorete rosa claro en las mejillas, y *gloss* en los labios.

Estaba terminando de arreglarse, cuando Allison, que llevaba puesto un vestido largo de color negro, sin escote, con unas sandalias a juego, llamó a la puerta del cuarto de baño, instándola a apresurarse. Respiró hondo, echándose un último vistazo, y finalmente salió. Se puso delante de Allison, que estaba en la puerta esperándola.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Lucía, expectante.

Allison la observó y sonrió.

—Estás genial. Hacía mucho tiempo que no te veía tan arreglada. Aunque bueno, yo no soy Duncan Mackenzie—comentó Allison, burlona.

Lucía puso los ojos en blanco.

—Anda, déjate de tonterías y vámonos.

Salieron del portal, y justo en ese momento aparecieron Duncan y Frank. El primero llevaba puesta una camisa de color azul claro, y pantalón de vestir negro, al igual que Frank, que llevaba una camisa blanca. Allison se mordió el labio inferior al ver a su novio, que para ella era el hombre más irresistible del mundo en esos momentos. Por su parte, Lucía miró tímidamente a Duncan, y sintió un cosquilleo en el estómago. Su muso estaba elegante y muy guapo, como siempre.

—Buenas noches, estáis muy guapas—dijo Frank, sonriente, mirando a su novia fijamente.

—Gracias—respondió Allison, mirándolo, embelesada.

Duncan y Lucía se miraron y sonrieron.

—¿Nos vamos? —preguntó Duncan.

Empezaron a caminar, y diez minutos después llegaron al restaurante Aurelio. El establecimiento era propiedad de una familia italiana que llevaba muchos años viviendo en Escocia. Eran amigos de los Mackenzie, así que el sitio era de confianza. Además, tenían una carta exquisita a un precio módico. Entraron y les condujeron a una mesa situada junto a uno de los ventanales del local. Duncan y Lucía se sentaron uno al lado del otro. Gracias a ello, Lucía pudo percibir el olor de su colonia. Otra vez ese cosquilleo en el estómago. Su muso la iba a volver loca. Les entregaron la carta, y comenzaron a ojearla.

—¿Qué me recomendáis? —inquirió Lucía.

—Los *linguini* con gambas, el risotto de setas o los espagueti boloñesa. Son mis platos favoritos—respondió Duncan.

Lucía asintió.

—Vale, entonces los *linguini*. ¿Conoces a los dueños desde hace mucho?

—Desde niño. Los Bellini llegaron a Edimburgo antes de que mi padre se hiciera cargo del negocio. Sus hijos, que ahora son los que se encargan de esto, ya nacieron aquí. Solíamos jugar todos juntos cuando éramos críos—explicó Duncan.

El camarero vino a tomarles nota, y después de apuntarlo todo, volvió a dejarles solos.

—Hablando de jugar, tengo a un estudiante en mi equipo que es un auténtico genio. Es un jugador fantástico. Tendrías que verlo, Duncan. Me recuerda mucho a ti—afirmó Frank.

—Entonces será bueno—respondió Duncan.

—¿Vosotros cómo os conocisteis? —preguntó Lucía con interés.

—Nos conocimos cuando éramos niños, jugando al rugby. Pero no jugábamos en el mismo equipo al principio—contestó Duncan.

—Yo jugaba en el equipo de otro colegio, y teníamos verdaderas batallas en el campo de juego. Éramos enemigos acérrimos. Sin embargo, cuando me mudé y me cambiaron de colegio, entré en el mismo equipo, y desde entonces, fuimos compañeros y amigos—explicó Frank—. De hecho, Duncan era el mejor, por eso le ofrecieron hacer las pruebas para entrar en un equipo grande. Yo me quedé atrás, y aunque al principio me fastidió, al final, todo tiene un motivo. Y ahora yo soy el que entrena a otros.

—Debe ser duro—comentó Allison, colocando su mano sobre el antebrazo de Frank.

—Al contrario, disfruto mucho con mi trabajo, ayudando a los chicos.

Estoy muy orgulloso de ellos, siempre lo dan todo—respondió él con una sonrisa de satisfacción.

—¿Y a ti te gusta tu trabajo, Duncan? —inquirió Allison.

Duncan tomó un sorbo de su copa de vino, y suspiró.

—Es agotador y muchas veces difícil. Tienes que aguantar a borrachos, gente que busca problemas. Sin embargo, también conoces a gente maravillosa. Gente que busca amistad, amor, un amigo, y lo encuentra allí. Clientes fijos que ya consideran aquello su casa. Al principio, cuando me lesioné y vi que no podría jugar en la liga nacional, me sentí frustrado. Y no trabajaba con gusto en el pub Mackenzie. Pero poco a poco, y gracias a la ayuda de todos, encontré una vocación que creí que no tenía.

—¿Y cuál es? —inquirió Allison con interés.

—Hacer a la gente sonreír y ayudarles a pasar un buen rato. Ya sea sirviéndoles una bebida, o escuchando sus problemas mientras sirvo en la barra.

Lucía sonrió con orgullo. La verdad es que, en el poco tiempo que había estado allí, había notado que en el pub Mackenzie había una atmósfera especial. Parecía que todos eran una gran familia, y así era. Allí podías encontrar un oído que te escuchara, y buena compañía.

—¿Y vosotras cómo os conocisteis? —inquirió Duncan.

—En la universidad, cuando ambas estudiábamos en Birmingham. Allí tuvimos un primer encuentro un tanto accidentado ¿cierto? —comentó Allison.

Lucía asintió.

—Sí, así es.

—Veréis, era el primer día de clase. Bueno, en realidad nos habían convocado a una charla, y el problema era que yo andaba totalmente perdida.

—Al igual que yo. Soy terrible para orientarme—apuntó Lucía.

—En fin, nos cruzamos en un pasillo y nos miramos de reojo. Yo pensé que quizás ella podría ayudarme, pero por aquel entonces, era más tímida que ahora, y me daba mucho reparo iniciar una conversación con una desconocida.

—Así que yo tomé la iniciativa, y le pregunté si sabía dónde estaba el salón D-202. Y me quedé igual que estaba porque Allison no tenía ni idea.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Frank con curiosidad.

—Nos pusimos a buscar juntas, y después de media hora, nos dimos cuenta de que ya no llegaríamos a tiempo. Así que, le propuse que nos

perdiéramos en la cafetería y nos tomáramos un café—contestó Lucía.

—Gracias a eso, descubrí que era una estudiante Erasmus de España, y que estábamos alojadas en la misma residencia—explicó Allison.

—Y nos pasamos el resto del curso juntas, hasta que regresé a casa.

—Luego yo hice un viaje a España para verla, y después, hemos mantenido el contacto a través de Internet. Llevábamos muchos años sin vernos.

—Y a pesar de eso, cuando nos vimos, fue como si el tiempo no hubiera pasado. Para mí, eso es la verdadera amistad—sentenció Lucía.

Allison empezó a reírse sin motivo aparente, y ante la mirada desconcertada de todos, decidió explicar el motivo de su risa.

—Estaba recordando aquella vez que fuimos a Chester y perdimos el tren. Aquello fue genial.

Duncan frunció el ceño.

—¿Qué pasó?

—Bueno, fuimos de viaje a Chester a pasar el día, y reservamos billetes para regresar en el último tren de la noche. Por la tarde empezó a llover y nos metimos en un pub a tomar algo. Y en una de las mesas había sentados dos chicos guapísimos. ¿Cómo se llamaban?

—Larry y Samuel—contestó Lucía.

—Sí, es cierto, Larry y Samuel. Recuerdo que Samuel era rubio con los ojos verdes y Larry rubio con los ojos castaños. Eran muy guapos. Y no dejaban de mirarnos.

—No dejaban de mirarte—aclaró Lucía.

Allison puso los ojos en blanco.

—Nos miraban. Y claro, yo no me atrevía a decir nada. Sin embargo, Lucía no pensaba lo mismo. Así que, harta de miradas y sonrisas, se levantó y fue a hablar con ellos, mientras yo me moría de vergüenza. A los dos minutos, ya me los había presentado. Se sentaron con nosotras y estuvimos charlando toda la tarde hasta la noche. Como estábamos tan contentas, no nos dimos cuenta de que ya era tarde, y al final, perdimos el tren.

—¿Y qué hicieron Larry y Samuel? —inquirió Duncan.

—Nos abandonaron, porque tenían que volver a casa para madrugar al día siguiente—respondió Lucía.

—Así que, nos quedamos dando vueltas por Chester toda la noche, hasta que nos hartamos, y nos fuimos a la estación de tren.

—Aquella noche no dormimos. Nos quedamos sentadas en uno de los



bancos que había en el andén, mirando las estrellas—comentó Lucía, soñadora.

—Dicen que los estudiantes Erasmus ligáis mucho y bebéis como cosacos. ¿Fue así en tu caso? —preguntó Duncan.

—Ni ligué ni bebí. Pero me divertí un montón. Conocí a un montón de gente y viajé mucho. Lo repetiría una y mil veces—respondió Lucía.

—No digas que no ligabas porque sí que lo hacías—comentó Allison. Lucía la miró, incrédula.

—¿Me dice usted con quién ligaba yo? Si os buscaba ligue a todas, incluida a ti.

—Roy, de Derecho, Bernie, de Química o John, de Traducción. Lucía suspiró.

—Roy y Bernie se liaron entre ellos gracias a mí, hace poco se han casado. Y John tenía novia, así que, imposible.

Allison frunció el ceño, sorprendida.

—Vaya, no sabía nada.

—Frank, dato importante sobre Allison: suele tener la cabeza en las nubes—dijo Lucía, mirando a Frank, que se rio.

—Me parece que no voy a echarte de menos cuando te vayas pasado mañana—comentó Allison.

Duncan la miró, alarmado.

—¿Te marchas tan pronto?

Lucía se encogió de hombros.

—Bueno, llevo aquí dos semanas. Tengo que regresar a casa y seguir trabajando en mis novelas.

Duncan se quedó sin saber qué decir. La noticia le había sorprendido. Frank miró a su amigo con curiosidad, y de repente, apareció John, el dueño del establecimiento, que saludó a Duncan con efusividad, haciendo que volviera a la realidad.

—¿Cómo ha ido la cena? ¿Estaba todo a vuestro gusto?

—Todo delicioso, John. Por cierto, te presento a Lucía y Allison.

John las saludo con un gesto de la mano, y observó a Lucía con interés.

—Así que por fin has sentado la cabeza. Me alegra mucho, Duncan.

Duncan y Lucía se miraron, apurados.

—No, no es lo que piensas, solo somos conocidos. Bueno, amigos—se apresuró a explicar Lucía.

John puso cara de decepción.

—Vaya, lo siento, viéndoos tan cerca pensaba otra cosa. Bueno, ha sido un placer veros. Da saludos a la familia de mi parte—dicho esto, John se marchó.

Lucía sintió como su pulso se aceleraba, mientras Duncan aún se sentía un poco extraño debido a la inminente marcha de Lucía. Minutos después, salieron del restaurante, mientras Frank iba hablando de otro tema.

—Duncan las volvía locas a todas en el instituto. Los demás no teníamos ninguna posibilidad.

Duncan se rio.

—¡Vamos, no exageres!

—En serio, era un imán para las chicas. Pero él solo tenía ojos para una, así que ninguna tenía posibilidades.

Duncan no dijo nada, porque sabía a quien hacía referencia Frank.

—Así que tú eres de los míos, de los que se enamoran de una sola persona—comentó Lucía.

Duncan la miró, pensativo.

—Sí—contestó.

—No es nada fácil encontrar el amor, aunque haya muchas aplicaciones para poder encontrarlo—afirmó Lucía.

—¿Has usado alguna aplicación para encontrar pareja? —inquirió Duncan.

—¡Por supuesto! Pero los resultados han sido un tanto decepcionantes. No por la persona en sí, sino porque no era lo que esperaba.

—¿Qué quieres decir?

—Que se suponía que tenía que encontrarme con un tal Jaime, de metro ochenta, treinta años, rubio y ojos verdes, y me encontré con Ana, bajita, cuarentona, aunque los ojos y el pelo coincidían con la descripción. Vamos, que la aplicación se hizo un lío. Aunque fue agradable charlar con ella.

Duncan se rio a carcajadas imaginando la situación.

—Es importante ser educado y mantener las formas.

—Al menos conseguí una lectora. Muy fiel, por cierto. Eso sí que es difícil de encontrar.

Duncan volvió a reírse. Frank y Allison caminaban detrás de ellos, charlando y haciéndose carantoñas.

—Y aparte del rugby y la novela romántica ¿qué otras cosas te gustan? —preguntó Lucía.

Duncan pensó unos segundos y contestó:

—Me gusta mucho el cine y la música. Queen, Dire Straits.

Lucía abrió mucho los ojos.

—¡Me encanta Queen! Radio Ga Ga es una de mis canciones favoritas de todos los tiempos.

Duncan sonrió, sorprendido.

—¡Vaya! En eso coincidimos. ¿Y te gusta el cine?

—Sí. Me gusta la comedia romántica, odio el cine de terror, y adoro los clásicos.

—Yo solía ver muchos westerns cuando era pequeño. Soy fan de John Wayne y Clint Eastwood.

Lucía sonrió.

—A mi abuelo le encantaban. Por su culpa me gustan todas las películas de Clint Eastwood. Tanto el western como las de otros géneros. De los westerns, mi preferida es esa que hizo con Shiley MacClaine, Dos mulas y una mujer. Y Gran Torino es simplemente sublime.

—Me encanta esa película.

Los dos se miraron, asombrados. De repente, Lucía sintió calor en sus mejillas. Apartó la mirada, mientras seguían caminando.

—Ya sabes que cuando quieras, estás invitado a venir a Madrid a verme. Así podré hacerte de guía y podríamos hacer un maratón de películas de Clint Eastwood.

Duncan sonrió.

—Intentaré que sea pronto, lo prometo.

Ambos se detuvieron y se miraron de nuevo. Allison y Frank llegaron hasta ellos.

—Bueno, es hora de irnos, que mañana madrugo—comentó Frank, mirando a su amigo.

Duncan miró a Lucía con resignación, y estrechó su mano.

—Te deseo un buen viaje.

—¿Mañana estarás en el pub? —inquirió Lucía de repente.

—Sí.

Lucía sintió cierto alivio y un poco de esperanza ante la idea de volver a verlo antes de irse.

—Entonces, iré a despedirme.

Duncan sonrió ampliamente.

—Genial.

—Vámonos ya, que se hace tarde—le instó Frank, agarrando a su amigo

por el brazo y arrastrándolo por la calle.

Los perdieron de vista, y Allison y Lucía entraron en casa. Al día siguiente, Lucía debía preparar su equipaje y aprovecharía parte de la jornada para pasear por última vez por las calles de Edimburgo. Sería una despedida triste.

## CAPÍTULO 13

Lucía se levantó temprano, y se encontró con un cielo gris. A pesar de esto, no se desanimó. Se pondría un chubasquero, y pasearía bajo la lluvia. No iba a perder la ocasión de recorrer las calles de Edimburgo por última vez antes de volver a Madrid. Desayunó, se arregló y se dispuso a hacer su equipaje. Metió su ropa y los regalos que iba a llevar a sus padres en la maleta. Todo en menos de una hora. Lucía para eso era muy organizada. Minny la miraba con curiosidad mientras realizaba su tarea, hasta que, en un momento dado, cuando estaba a punto de cerrar la maleta, la gata decidió sentarse encima de la misma.

—Lo sé, yo también voy a echarte de menos—dijo Lucía acariciando el lomo de Minny, que recibió la caricia con un suave ronroneo.

Más tarde, se puso el chubasquero y salió a la calle. A continuación, empezó a caminar en dirección a la Old Town. Mientras andaba, observaba los viejos edificios con cierta tristeza y amargura. Durante su estancia, había recogido mucha información valiosa. Sin embargo, no sabía si llegaría a utilizarla en algún momento, porque no había una historia que contar. Parecía que aquel viaje solo le había servido para disfrutar de las maravillas turísticas de Escocia, y para conocer a un tipo estupendo que le gustaba mucho, pero que era inalcanzable.

Ya era casi la una y media de la tarde, cuando por fin entró en el pub, que estaba abarrotado. Afortunadamente, Dan Mackenzie estaba en su sitio de siempre, y consiguió sentarse con él. No había ni rastro de Duncan en ese momento.

—Duncan ha quedado con un proveedor, y estará fuera toda la tarde—le explicó Dan.

Lucía no pudo evitar mostrarse un poco decepcionada y triste.

—Bueno, intentaré verle más tarde, entonces.

—Te vas mañana ¿cierto?

—Así es.

Dan Mackenzie suspiró con pesar.

—Una lástima, pensé que las cosas habían cambiado.

Lucía entendió a qué se refería y lo miró con ternura.

—Dan, no se preocupe, su hijo encontrará a una mujer estupenda.

—Yo pensaba que eras tú.

Lucía se rio y negó con la cabeza.

—No, entre su hijo y yo no hay nada.

—Si tú lo dices. Duncan me recuerda mucho a mí después de perder a Janis. Conocerás la historia, supongo.

—Algo me han contado.

—Janis murió muy joven. Era la mujer de mi vida. Me enamoré de ella a primera vista, con quince años. Era buena, cariñosa, y siempre me apoyaba en todo. Estuvo en las buenas y en las malas. Y cuando enfermó, mi mundo se derrumbó. Su muerte fue un golpe muy duro. Me vi solo, con dos niños a mi cargo, y un negocio que atender. Hubo momentos en los que pensé que no saldría de aquello. Y entonces, llegó Maggie. Con su sonrisa y su alegría, empezó a hacer que mi vida fuera un poco más fácil y llevadera. Conquistó a mis hijos, y poco a poco, me di cuenta de que me había conquistado a mí.

Lucía sonrió, emocionada, y dejó que continuara.

—Sé que ha estado a punto de tirar la toalla muchas veces. No tengo un carácter fácil, precisamente. Sin embargo, no se rindió. A pesar de que me negué a quererla, al final, consiguió que cediera. Y ahora sé que ya no podría vivir sin ella. Es el amor de mi vida.

—Eso es precioso, Dan.

—Lo malo es que no se lo digo nunca. Y creo que debería empezar a cambiar eso.

—Va siendo hora, entonces. Aunque sé que Maggie le quiere igual.

—Pero a mí sí me importa. Así que bueno...

Lucía entendió enseguida lo que quería decir, y le dio una palmadita en la mano.

—Entonces, mándeme la invitación a Madrid. Estaré encantada de acompañaros ese día—aseveró, guiñándole un ojo.

Dan Mackenzie sonrió, y Lucía pudo comprobar que Duncan se parecía mucho a él. En ese momento, llegó Maggie y se sentó con ellos.

—Es una pena que te marches tan pronto. La próxima vez tienes que quedarte más días. Así podrás ver más sitios de Escocia—comentó Maggie.

Lucía sonrió, y justo en ese instante, entró Phoebe en el local, uniéndose a ellos.

—Espero que de este viaje saques una nueva saga. Necesito nuevas lecturas.

—No sé lo que saldrá de aquí. Todavía no tengo una historia.

—No debes forzar las cosas. Estoy segura de que pronto saldrá algo.

—Bueno, inspiración tengo, después de todas las historias de amor que me habéis contado, creo que alguna me servirá.

—Si lo haces de la mía, tienes que dedicarme el libro.

Ambas se rieron.

—Aunque ojalá pudieras hacerlo de la tuya—comentó Phoebe.

Lucía la miró, desconcertada. ¿De su propia historia? Si no tenía ninguna.

—No sé qué quieres decir.

Phoebe negó con la cabeza.

—Olvídalo. Cosas mías.

De repente, entraron Jeremy y Mike. El primero la abrazó con fuerza.

—¡Qué pena que te vayas! Me he quedado con ganas de más.

—Os despedís como si me fuera para siempre—comentó Lucía, divertida.

—Bueno, la mayoría de las veces cuando alguien dice que volverá a un sitio, no lo hace—respondió Mike.

—Pues si yo digo que volveré, es que así será. Tarde o temprano—aseveró Lucía.

Duncan había estado toda la tarde de un lado para otro ultimando los detalles de la futura reforma del local, que tendría lugar dentro de dos meses. Esto le impidió coincidir con Lucía. Según le había dicho su hermano por mensaje, había estado en el pub casi toda la tarde, pero al final se había cansado de esperarle, así que se había ido alrededor de las seis, despidiéndose de todos.

Eran las once de la noche y Duncan estaba solo. Hoy era un día de diario, y solían cerrar más pronto. Ron se había marchado antes, y había dejado que su hermano cerrara la recaudación y el local. Estaba colocando las sillas y barriendo, cuando escuchó unos golpes en la puerta, que todavía no tenía echado el cierre. Se dirigió hasta allí y vio una figura que le era familiar. Era Lucía. Sonrió al verla y se apresuró a abrir la puerta. Ella entró y le sonrió.

—Pensé que ya no estarías.

—Hoy me tocaba cerrar a mí. Pasa y siéntate. ¿Quieres beber algo?

—Un refresco, por favor—dicho esto, se sentó en un taburete, junto a la barra.

Duncan le sirvió un refresco, y él se sirvió otro. A continuación, se sentó en otro taburete a su lado. Ambos estaban muy cerca, y Lucía sintió mucho calor de repente. Se quitó el chubasquero que llevaba puesto, y se acomodó.

—Estuve aquí por la tarde, pero no estabas.

—Tenía que atender unos asuntos. He estado toda la tarde de un lado para otro.

—¿Es algo que se puede contar o es secreto?

Duncan la miró con suspicacia.

—Si prometes no decir nada...

—Lo prometo.

—Vamos a reformar el local.

Lucía frunció el ceño.

—A mí me gusta como está.

—No vamos a cambiar la decoración. Se trata de mejorar la trastienda. Vamos a reformar la cocina y los baños.

—Eso está bien. ¿Por qué ocultarlo entonces?

—Por mi padre. No le gustan demasiado los cambios, y queremos darle una sorpresa. Así cuando proteste, ya será tarde.

Lucía se rio.

—Veo que vuestro padre os impone. Ni que fuera un tirano. A mí me parece un hombre encantador.

—No es ningún tirano. El problema es que, para él, el pub es como una especie de hijo, y quiere que lo cuidemos como tal. No quiere que cambiemos nada, y eso no puede ser.

—Es decir, que sigue queriendo mandar.

—Un poco, pero cada vez menos.

—Pues yo creo que se preocupa más por vosotros que por el pub. Sobre todo, por ti.

Duncan la miró con curiosidad.

—¿Te ha comentado algo?

Lucía suspiró.

—Le preocupa que estés solo. Como a todos los padres. No te angusties. Los míos hacen lo mismo. Sobre todo, mi madre. Está deseando que les haga abuelos. Pero sin novio, lo veo difícil.

—¿Quieres formar una familia?



Lucía sonrió.

—Me encantaría. Pero no es tan fácil. Hay que pensar bien las cosas, y, sobre todo, encontrar a esa persona que quiera compartir ese sueño contigo. ¿Y tú?

—Antes sí, ahora no lo sé. No tengo nada claro.

—Te entiendo perfectamente.

Duncan no quería volver al tema de Gwen, así que, decidió cambiar de asunto.

—¿Y ya tienes tu historia?

Lucía negó con la cabeza.

—Nada, en blanco. Me voy como llegué.

—Vaya, qué mala suerte. Espero que al menos te lo hayas pasado bien.

—Sin duda, me lo he pasado genial. No sabes la pena que me da volver a Madrid.

Duncan la miró de reojo.

—Bueno, puedes quedarte más tiempo, si quieres.

Lucía negó con la cabeza.

—No puedo. Tengo compromisos que no puedo posponer.

—Comprendo—dijo él con tristeza.

—Aunque a lo mejor en unos meses vuelvo. Creo que pronto habrá boda en el seno de los Mackenzie.

Duncan la miró, asombrado.

—¿Ah, sí?

Lucía asintió.

—Sí, creo que Maggie y tu padre por fin van a dar el paso. Tu padre me lo ha dejado caer esta tarde.

Duncan sonrió.

—Pues ya era hora. No sé cuántas veces se lo hemos dicho. Parece que al final has vuelto a hacer uso de tus poderes.

Lucía se rio.

—Vaya, me has descubierto. Sí, admito que tengo poderes, pero tampoco los uso tanto.

—No te quites mérito. Si no hubiera sido por ti, Frank y Allison no estarían juntos.

—Bueno, ellos se gustaban, solo les di un empujoncito. Además, tú fuiste de gran ayuda.

—Solo hice un cameo, tú hiciste todo el trabajo.

Lucía sonrió.

—Gracias.

Duncan alzó su vaso y dijo:

—Un brindis por mi escritora favorita, que ejerce de celestina en sus ratos libres.

Lucía chocó su vaso contra el suyo. <<Por mi muso>>, se dijo mentalmente.

—Quien te iba a decir a ti aquel día en el que Jeremy me lanzó su bolso, que empezarías a leer novela romántica.

Duncan se rio.

—Si me lo hubieran dicho, me habría reído. Pero la vida puede cambiar en un segundo.

—Sin duda.

Lucía miró el reloj que había en una de las paredes, y se dio cuenta de que eran las doce de la noche. Debía marcharse a casa, porque al día siguiente su avión salía temprano.

—Tengo que irme ya. Mañana madrugo—dicho esto, saltó del taburete, y se puso en pie.

Duncan sintió de repente una enorme sensación de tristeza.

—Vaya, ha pasado el tiempo volando. Espera, te acompaño. Dame cinco minutos.

Lucía le esperó en el exterior del local, mientras Duncan dejaba todo preparado. Echó el cierre y empezaron a caminar.

—Es curioso, hoy ha estado todo el día nublado y lloviendo, y ahora no hay ni una sola nube en el cielo—comentó Lucía.

—Aquí el tiempo suele ser caótico. Casi siempre debes llevar algo que te cubra la cabeza por si llueve, aunque el cielo esté despejado.

—Me gusta la lluvia. En España en esta época del año aún hace calor.

—Pensaba que los mediterráneos aguantabais bien el calor.

—Pues yo debo tener algún gen norteño, porque no lo soporto.

—Bueno, cuando quieras dejar de sufrir, ya sabes dónde estamos.

Lucía se rio.

—Te tomo la palabra.

Llegaron finalmente a la entrada de la casa de Allison, y se dieron cuenta de que era el momento de decirse adiós.

—Bueno, pues aquí estamos.

—Sí —respondió Duncan.

—Gracias por acompañarme.

—No hay de qué.

Se quedaron en silencio durante unos segundos, en los que el mundo pareció desaparecer a su alrededor. Lucía podía escuchar los gritos de su corazón, pidiéndole que hiciera algo para retenerlo un poco más. Que no le dejara irse. Pero ella no escuchó sus ruegos.

—Adiós, Duncan—extendió su mano, y dejó que él la estrechara.

Se miraron a los ojos, sin soltar sus manos, y Duncan sintió un deseo enorme de besarla. Pero se contuvo. Un beso empeoraría la situación, y le haría más difícil separarse de Lucía. Además, estaba seguro de que ella no querría. Con toda su fuerza de voluntad, soltó su mano, y dijo:

—Que tengas un buen viaje. Y espero que pronto escribas esa historia.

Lucía asintió.

—Así lo haré.

Duncan dio media vuelta, y empezó a caminar en dirección a su apartamento. Lucía subió las escaleras a toda prisa, y entró sigilosamente en el piso de Allison. Se tumbó en el sofá cama, y miró al techo. Suspiró con resignación. Pensó que era una tontería sentirse triste. Ahora debía volver a la vida real y dejar de pensar en Duncan Mackenzie como algo más que un muso. Aquella aventura llegaba a su fin.

Duncan se tumbó en la cama y cerró los ojos. Sin embargo, no podía dormir. Tenía una sensación rara en todo el cuerpo. Había sentido una enorme tristeza al despedirse de Lucía. Tenía la sensación de que, si se apartaba de ella, no volvería a verla. Y eso le aterraba. Se preguntaba por qué se sentía así por alguien a quien apenas conocía, y que ni siquiera era su tipo. Con Gwen nunca se había sentido así. Con ella todo estaba claro como el agua. Sin embargo, con Lucía nada era sencillo. No era posible que estuviera enamorado. No, eso era imposible. Pero entonces ¿qué le ocurría? No podía encontrar una respuesta. Finalmente, se quedó dormido. Mañana sería otro día, y todo volvería a ser como antes.

## CAPÍTULO 14

Hacía un día soleado y Lucía estaba sentada en un banco en los Princes Gardens. No sabía a quién esperaba, pero presentía que alguien acudiría a su encuentro. De repente, a lo lejos, pudo ver una figura que conocía bien. Duncan caminaba hacia ella, mirándola, sonriente. Iba vestido con una camisa blanca y unos vaqueros claros. Su rostro y su mirada resplandecían. Lucía sintió cómo el pulso se le aceleraba y se levantó para acercarse a él. Duncan llegó hasta ella y agarró sus manos entre las suyas. Entonces, la acercó más a él y la besó con ternura.

—Hola, *mo gradh*—le dijo. Lucía recordaba que esa palabra significaba “mi amor” en galeico escocés.

Lucía sonrió y le agarró por la nuca, atrayéndolo hacia ella, y besándole de nuevo. A continuación, se agarraron de la mano, y empezaron a caminar juntos. Hablaban de cualquier cosa, sonreían, y se miraban con ternura. Comían helado, caminaban por la Royal Mile, compraban, y dormían juntos en la cama de un lugar que Lucía no conocía.

—Te quiero, Duncan—decía ella.

—Y yo, *mo gradh*—respondía él frotando su nariz contra la suya.

De repente, Lucía se despertó con una enorme sensación de felicidad y alegría brincando dentro de ella. Ahora lo sabía con certeza. Ahí estaba su historia. Se dirigió al ordenador portátil que estaba en el salón, lo agarró entre sus manos y lo colocó sobre su escritorio, junto a la ventana. Mientras el ordenador se encendía, fue a prepararse una taza de café. Eran las seis de la mañana, y el sol aún no había salido.

Encendió la luz de una pequeña lámpara que tenía en su escritorio, para ver mejor, y en cuanto estuvo todo listo, se sentó delante del ordenador. A continuación, creó un nuevo archivo, y empezó a teclear sin descanso, dejando que las ideas, los diálogos y las descripciones se manifestaran a través de sus dedos. Lucía escribía con emoción cada palabra. Hacía muchos meses que no se sentía así.

Estuvo toda la mañana escribiendo, totalmente concentrada, y a la hora de comer se detuvo. Necesitaba descansar. Decidió salir a dar un paseo y

comer algo por ahí. Madrid había amanecido con el cielo despejado, y aunque hacía bastante frío, era un día perfecto para dar un largo paseo.

Se puso un abrigo largo, unos vaqueros, unas botas negras, y un jersey de color azul oscuro. Una vez estuvo lista, salió por la puerta. Bajó al metro y cogió un tren en dirección al parque del Retiro. Llegó a su destino media hora más tarde, y se dirigió a la zona del estanque. De camino, compró unas patatas fritas y un refresco en uno de los puestos que había por allí, y empezó a comer mientras andaba. Sabía que no era sano, pero poco le importaba. Las patatas fritas le encantaban, y quería darse un capricho.

Siguió caminando hasta llegar a la estatua de Alfonso XII. Una vez allí, se sentó en la escalinata que hay en la base, donde hay una vista privilegiada del lugar. Observó a la gente montada en las barcas. Había parejas, grupos de amigos, y familias. Algunos niños daban de comer gusanitos y patatas a las carpas mutantes del estanque. Lucía siempre decía eso porque eran enormes y comían de todo.

Mientras observaba el panorama, suspiró, pensativa. Se sentía satisfecha, pero a la vez triste. Esto último le llevaba sucediendo desde que regresó de Edimburgo. En ese momento, recordó su despedida en el aeropuerto, dos semanas antes. Allison la acompañó, y se despidieron entre abrazos y alguna que otra lágrima, con la promesa de volver a verse pronto. Minutos después, entró en el avión, y no supo ni cómo lo hizo. Sus movimientos habían sido mecánicos, y cuando su madre la recibió en el aeropuerto, ni siquiera escuchó lo que le estaba diciendo. Lucía tenía la mente en otro sitio, y sentía una enorme sensación de vacío y pesar.

De repente, delante de ella, se detuvo una pareja joven. Él hablaba con acento extranjero y tenía el pelo rubio. Ella era morena, llevaba un vestido blanco con un estampado de flores de color rosa y verde, y una chaqueta vaquera. Se mostraban enamorados y sonrientes. Lucía contempló la escena con cierta envidia, y en ese instante, pensó en la sonrisa y el rostro de Duncan Mackenzie. Su corazón empezó a latir desbocado, mientras unas traviesas mariposas revoloteaban en su estómago. Tenía ganas de levantarse, coger un avión e ir a su encuentro. Parecía una necesidad urgente, algo vital. Sin embargo, Lucía se quedó dónde estaba.

Aunque había intentado quitarle importancia y pasar página, no podía remediarlo. Estaba enamorada de Duncan. No solo le atraía físicamente, sino que le gustaba su forma de ser. Era un hombre que apreciaba a los suyos, que si podía ayudar a alguien lo hacía, y que no tenía miedo a decir lo que

pensaba. Lucía suspiró, abatida. No tenía nada que hacer. Estaba claro que Duncan era inalcanzable, como los protagonistas de sus novelas. Alguien con quien soñar, pero que nunca la correspondería. Sacudió la cabeza, y decidió retomar la marcha con la esperanza de alejar a Duncan de su mente.



Ron llevaba en una bandeja los cubiertos y los platos, mientras Phoebe, a quien ya se le notaba más el embarazo, ayudaba a Duncan a extender el mantel de tela blanca sobre la mesa alargada que había en el comedor. Dan Mackenzie vivía en una casa de dos plantas y un pequeño pero hermoso jardín en el barrio de Bonnington. Duncan, Ron y Phoebe habían sido convocados para una cena en familia en casa del patriarca de los Mackenzie. Esa noche, Dan iba a pedirle a Maggie que se casara con él, aunque ella no sabía nada. Sería una sorpresa.

—Aun no me creo que por fin vaya a hacerle la gran pregunta — comentó Ron mientras colocaba los cubiertos sobre la mesa.

Duncan se encogió de hombros.

—Todo llega en esta vida.

Phoebe se giró hacia ellos y dijo:

—Sí, más vale tarde que nunca.

Ron sonrió, mientras Duncan parecía absorto. Entonces, Phoebe miró a su cuñado con el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien, Duncan? Te noto distraído.

Duncan miró a su cuñada, y se rio, nervioso.

—Estoy perfectamente. ¿Por qué iba a estar mal?

—No sé, pareces ausente. ¿Estás pensando en alguien? —preguntó con interés.

—No, en absoluto. En nadie, absolutamente—contestó, contundente.

Ron y su mujer intercambiaron miradas de complicidad.

—Si tú lo dices—dijo Ron, zanjando el asunto.

Duncan apartó la mirada, nervioso. Había mentido de forma descarada, y estaba seguro de que ambos lo sabían. Sí que pensaba en alguien, todo el tiempo, no solo en ese momento. Desde que se marchó, Lucía había ocupado su mente, y no entendía por qué. Se supone que él era un lobo solitario que no se enamoraba. Sin embargo, ahora no sabía qué pensar. Notaba su ausencia en todas partes, incluso en lugares donde nunca habían estado juntos. <<Joder, ni siquiera nos hemos besado, y solo pienso en eso>>, se

decía a sí mismo, molesto.

En ese momento, su padre entró en el comedor. Dan llevaba un traje oscuro, camisa blanca y una corbata de color escarlata. Los tres lo miraron, asombrados. Hacía mucho tiempo que no le veían vestido de forma tan elegante.

—¿Qué tal estoy?

—Muy elegante—contestó Phoebe, sonriente.

—Estás genial, papá—afirmó Ron.

—Muy guapo—comentó Duncan.

Dan Mackenzie sonrió, satisfecho, y se acercó a ellos.

—¿Ya está todo listo?

—Sí, solo falta Maggie—contestó Ron.

—Está arriba terminando de arreglarse—aclaró Dan—. Bajaré en un minuto, así que, vamos a servir los entrantes.

Justo cuando iba a dirigirse a la cocina, Duncan le detuvo.

—Tú siéntate. No quiero que te manches y te estropees el traje.

—Pero tengo que ayudaros, no vais a poder...

Phoebe entonces le agarró del brazo, y lo arrastró hasta la mesa, desoyendo sus protestas. Ron y Duncan se encargaron del resto, y cuando ya estaban todos sentados, Maggie apareció. Dan Mackenzie casi se cae de la silla al ver a la mujer con la que compartía su vida. Llevaba un vestido de color cereza, con escote en forma de uve, de manga larga, y tacones del mismo color. Llevaba el pelo suelto y rizado, y los labios pintados de rojo. Estaba simplemente espectacular. Dan se levantó rápidamente, y la ayudó a sentarse en la silla que había a su lado. Maggie le dio un suave beso en la mejilla, y le limpio el carmín que le había dejado marcado con una servilleta.

—Estás preciosa, Maggie—comentó Phoebe, emocionada.

—¿De verdad? —inquirió con una sonrisa.

—Sin duda, estás muy guapa—afirmó Duncan.

—Gracias, tesoro—respondió Maggie, acariciándole la mejilla, como cuando era niño.

Empezaron a comer los entrantes, que consistieron en unos canapés de *foie*, mermelada de arándanos y queso *brie*. A continuación, tomaron un suave consomé, y de segundo, salmón al horno. La cena transcurrió entre animadas charlas y risas. Hacía mucho tiempo que los Mackenzie no se reunían para cenar en casa del patriarca, ya que el trabajo absorbía casi todo su tiempo.

—Bueno, ¿cuándo vas a desvelarnos esa sorpresa que tienes guardada?  
—inquirió Ron, guiñándole un ojo a su padre.

Dan se limpió las comisuras de los labios con una servilleta y la dejó al lado de su plato.

—Había querido esperar al postre, pero creo que ya ha llegado el momento.

Dicho esto, se puso en pie y apartó su silla, para a continuación, arrodillarse delante de Maggie. Esta se llevó una mano al pecho, emocionada. Dan agarró una de sus manos, y con la otra sacó una pequeña caja forrada de terciopelo negro de su bolsillo. La abrió y mostró un anillo de oro con un diamante en el centro. Maggie no sabía qué hacer, estaba totalmente sorprendida.

—Maggie, ya hace treinta años que llegaste a mi vida, y aunque al principio dudé y me resistí, comprendí finalmente que habías llegado para quedarte. Sin ti, mi vida habría sido triste y gris. Tú has sido esposa, compañera, amiga y madre. Has criado a mis hijos como si fueran tuyos, y te has entregado a nosotros en cuerpo y alma. Tú siempre has dicho que no necesitas papeles ni documentos que acrediten nuestra relación. Sin embargo, yo no pienso lo mismo. Quiero estar contigo para siempre, y que todo el mundo se entere de que eres parte de esta familia, y la mujer de mi vida. Así que, allá voy. Mi querida Maggie, ¿quieres casarte conmigo?

Maggie, con lágrimas en los ojos, asintió y respondió:

—Sí, Dan. Claro que sí.

Los dos se besaron, con los aplausos de Phoebe, Ron y Duncan de fondo. Phoebe lloró, emocionada, mientras que Duncan y Ron consiguieron contenerse. Por fin su padre había dado el paso, y ellos estaban muy felices. Maggie los abrazó a ambos con entusiasmo, y a continuación, descorcharon una botella de champán para brindar por los futuros contrayentes.

Aquella noche, Duncan se quedó a dormir en casa de su padre, en su antiguo cuarto. Tumbado en la cama, miraba al techo, con la cabeza apoyada sobre sus brazos, que estaban cruzados bajo su nuca. Recordaba las caras de felicidad de su padre y de Maggie. Era inmensamente feliz por ellos, aunque en su interior faltaba algo. Quizás encontrar a su otra mitad, como su padre había hecho.

De repente, Lucía regresó a sus pensamientos. ¿Y si ella era su media naranja y no se había dado cuenta? Suspiró, exasperado. Se levantó, y se dirigió a la cocina en busca de un vaso de leche. En cuanto llegó, fue directo



a la nevera.

—¿No puedes dormir? —le preguntó su padre desde el umbral de la puerta de la cocina.

Duncan lo miró, y a continuación, sacó la botella de leche de la nevera.

—No, no puedo dormir. ¿Tú qué haces despierto?

—Te oí levantarte y me he desvelado. Ya sabes que tengo el sueño ligero. Sírreme una taza, por favor—le pidió su padre, mientras se sentaba delante de la mesa de la cocina.

Duncan vertió la leche en dos tazas, y las metió en el microondas. Después de un minuto sonó el timbre, las sacó, y puso una cucharada de miel en cada una. A continuación, se sentó con su padre y le entregó su taza.

—Recuerdo que, cuando eras niño, siempre te despertabas en mitad de la noche cuando algo te preocupaba. Así que, cuéntame.

Duncan se revolvió, incómodo.

—No me preocupa nada, papá, de verdad.

—¿Se trata de una chica?

Duncan lo miró, alarmado, pero no contestó. Dan asintió.

—He acertado. E imagino de quién se trata.

—Papá, de verdad, no es necesario...

—No te preocupes, vamos a invitarla a la boda, así podrás verla.

—¿Ver a quién?

—A Lucía, por supuesto. Me cae muy bien, es una mujer encantadora.

Duncan sonrió.

—Sí, es encantadora. Una buena amiga.

—¿Y no quieres que sea algo más? —inquirió su padre con interés.

—Oh, no, claro que no. Además, ella no es mi tipo, y ya sabes que yo no busco nada serio. Soy un lobo solitario.

—Sí, ya lo sé. Aunque te diré que incluso un lobo necesita una manada.

—Papá, por favor...

—Descuida, ya sabes que yo no voy a presionarte. Lo que pasa es que me preocupas, Duncan. No me gusta verte tan solo.

—No te preocupes, papá. No estoy solo, os tengo a vosotros, a mis amigos. Y de vez en cuando consigo tener alguna cita. Estoy contento con mi vida.

<<Pues no lo parece>>, pensó Dan.

—Me alegra saberlo.

En ese momento, Duncan se rascó el mentón, y miró a su padre de reojo.

—Oye, papá.

—¿Sí?

—¿Cuándo supiste que estabas enamorado de Maggie?

Dan pensó unos instantes, y enseguida halló la respuesta.

—Fue una noche. Tendrías unos seis años. Maggie y yo estábamos distanciados, y no nos veíamos apenas. Habíamos roto, o algo así. Te pusiste muy enfermo, con dolor de tripa, y vomitabas sin parar. Yo estaba muy preocupado, así que te llevé al hospital, con Ron de la mano. Recuerdo que, mientras esperaba, solo pensé en una persona a la que acudir buscando consuelo. Así que, cogí el teléfono y llamé a Maggie, que llegó enseguida al hospital. Los tres nos quedamos en la sala de espera, hasta que salió el doctor y nos explicó que no tenías nada grave. Maggie entró en la habitación y te abrazó. Recuerdo que te agarraste a ella como un koala. No querías soltarla—ambos se rieron, y Dan continuó hablando—. Entonces, lo vi todo claro. Quería a Maggie en mi vida, estaba enamorado de ella, y no quería perderla por nada del mundo. Y a partir de ese día, ya no nos separamos.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo. A veces tenemos las respuestas delante y no nos damos cuenta. Lo importante es hacerlo a tiempo. Imagino que con la innombrable te sucedería algo parecido.

Duncan pensó unos instantes, y se dio cuenta de que la imagen de Gwen se le aparecía borrosa. Ni siquiera recordaba los rasgos de su cara. ¿Tan rápido la había olvidado?

—Supongo que sí, fue algo parecido—respondió, dubitativo.

Después de tomar su taza de leche caliente, volvió a la cama y consiguió quedarse dormido finalmente. Aunque Duncan se resistiera, en sus sueños y sus pensamientos solo aparecía un rostro, y su mente únicamente repetía un nombre: Lucía.

## CAPÍTULO 15

Hoy Lucía estaba en casa de sus padres, a los que había ido a hacer una visita, después de muchos días sin verlos. En esos momentos estaban los tres reunidos en la mesa del salón-comedor, comiendo con el sonido de la televisión de fondo. Su madre, siempre que iba, solía prepararle algunos de sus platos favoritos, como paella, espaguetis boloñesa o albóndigas con patatas fritas bañadas en salsa. Esto último era lo que había cocinado su madre hoy. A pesar de que le encantaban, Lucía no parecía tener apetito y apenas había probado bocado. Su madre la miraba con suspicacia, mientras su padre engullía su comida, con su vista centrada en la televisión, donde estaban emitiendo el parte meteorológico.

—El otro día hablé con Paqui, la madre de Daniela. ¿Te acuerdas de ella? —comentó su madre, intentando sacarla de su ensimismamiento.

Lucía la miró, y se encogió de hombros.

—No sé de quién hablas.

—¿Cómo que no sabes de quién hablo? ¡Si ibais juntas a la guardería! Daniela es esa chica bajita y regordeta que tiene dos niños pequeños. La verdad es que era muy guapa de joven, pero con los años se ha estropeado muchísimo.

—Mamá, ¿cuántos años hace de eso?

Su madre pensó unos segundos.

—Tenías dos años, si no recuerdo mal.

Lucía se rio.

—¿Cómo esperas que me acuerde de alguien a quien conocí cuando apenas sabía hablar? No puedo acordarme de esas cosas.

—¡Que sí te acuerdas! Lo que pasa es que tienes la cabeza en otro sitio.

Lucía no quería conflictos, así que optó por lo más fácil.

—Sí, ahora me acuerdo. Me robó una muñeca Barbie.

—Esa fue tu prima Carlota—aseveró su madre—. No te hagas la graciosa conmigo, y cuéntame porque en vez de comer, estás revolviendo la comida.

—No estoy revolviendo la comida.

Su madre asintió.

—Sí que lo estás haciendo. Además, no has comido nada, y ahora que te miro bien, te veo más paliducha. ¿Es por el trabajo? Mira que te he dicho mil veces que no te estreses.

—No, mamá, el trabajo va bien.

—Entonces es por un chico ¿verdad?

Lucía abrió mucho los ojos, y su madre sonrió, satisfecha.

—Ya sabía yo que algo de eso había. Venga, suelta esa lengua.

—Mamá, es que me da un poco de corte...—comentó a Lucía, mirando a su padre.

Su madre sacudió la mano, quitándole importancia.

—No te preocupes. Cuando ve la tele, ya puede caer una bomba, que no se entera.

—¿En serio?

—Sobre todo, si están echando los deportes. Ahora, verás—su madre miró a su padre, que ignoraba totalmente lo que estaba ocurriendo—. Cariño, ha venido la factura del gas, pero me ha dicho el técnico de la compañía que, si nos liamos, me hace descuento.

Su padre asintió, sin dejar de mirar la televisión, mientras Lucía observaba a su madre, horrorizada.

—Muy bien, cielo. Lo que tú digas.

Su madre entonces sonrió.

—¿Lo ves?

Lucía, aún un poco asombrada, suspiró con resignación.

—Me gusta alguien, pero lo nuestro no puede ser.

—¿Está casado?

Lucía negó con la cabeza.

—No, no está casado. No tiene pareja.

—Entonces es gay.

—No, no es gay.

Su madre estaba empezando a perder la paciencia.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Lucía suspiró.

—Que él no me quiere a mí.

—¿Te lo ha dicho?

Lucía miró a su madre, desconcertada.

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que no le gustas?

Lucía se mordió el labio inferior, pensativa.

—Pues no lo sé. Pero tampoco tengo ganas de preguntar. No quiero llevarme una decepción.

Su madre suspiró.

—Si no peleas, no tienes derecho a lamentarte. Mírame a mí. Yo fui la que tomó la iniciativa. Si fuera por tu padre, aún estaría soltera. Fui clara y honesta, y salí de dudas. Resulta que yo le gustaba desde hace tiempo, pero no se atrevía a decírmelo.

—Yo no sé si me atrevería...

—Y yo que pensaba que eras más valiente.

—¡Y soy valiente!

Su madre la miró, desafiante.

—El movimiento se demuestra andando, cielo.



Eran las seis de la tarde, y Phoebe entró en el pub con las manos llenas de bolsas. La acompañaban Jeremy y Mike, que habían ido con ella a hacer unas compras para el bebé. Duncan los saludó desde la barra, mientras servía unas bebidas. Ron, después de saludar a Phoebe con un beso, les sirvió una jarra de agua y unas pintas, mientras esperaban su cena. En la mesa de al lado estaba Dan, tomándose una cerveza. El hombre no dejaba de observar a Duncan, que parecía ausente.

—¿Qué te parece este vestido? ¿Crees que me hace gorda? —preguntó Phoebe a su marido, que estaba de pie junto a ella, mirándola.

—Estás muy guapa, cariño—contestó Ron.

Phoebe puso cara de fastidio.

—No sé, no me convence este estampado floral. Yo creo que me hace más gorda.

—Ya te lo hemos dicho, estás preciosa—comentó Jeremy con aire cansado.

—Necesito la opinión de alguien imparcial—entonces Phoebe buscó a Duncan con la mirada y le llamó agitando el brazo.

Duncan suspiró con resignación. No tenía demasiadas ganas de hablar con nadie. Llegó hasta la mesa, y miró a Phoebe.

—¿Te parece que este vestido me hace gorda?

Duncan la observó, aunque sin prestar atención. Como quería volver al

trabajo lo antes posible, ofreció una respuesta rápida y escueta.

—Está bien.

Phoebe lo miró, desconcertada.

—¿Cómo que está bien? —preguntó, poniendo los brazos en jarras, y cara de enfado—. Me hace gorda—afirmó, disgustada.

Duncan se alejó de allí sin decir palabra, mientras Ron intentaba tranquilizar a Phoebe.

—Cariño, es una tontería. Duncan no entiende de estas cosas.

—Me ha mirado y ha estado callado diez segundos. Y luego dice que está bien. Está claro. Me hace gorda. ¡Voy a cambiarme!

Dicho esto, se fue al baño con una de las bolsas, mientras Ron suspiraba con resignación.

—No te preocupes, las hormonas hablan por ella—comentó Tess, dándole un golpecito a su jefe en el hombro—. A mi hermana le dio por comer *cupcakes* de todos los sabores, y se dedicó a coleccionar estatuas de buda.

Ron volvió a la barra, y se dirigió a Duncan, que estaba sirviendo unas pintas.

—Al menos podrías haber contestado que no—le dijo, molesto.

Duncan no comentó nada y siguió concentrado en su tarea. De repente, la puerta se abrió, y entraron dos chicas hablando español. Duncan las miró, esperanzado, creyendo escuchar la voz de Lucía. Pero enseguida se dio cuenta de que estaba equivocado, y la decepción se apoderó de él rápidamente. En ese momento, Ron observó con horror cómo la jarra que estaba sirviendo Duncan, estaba desbordándose. Entonces, en dos rápidos movimientos, cerró el grifo y arrebató la jarra a su hermano, que volvió en sí.

—Pero ¿qué te ocurre? ¡Mira qué desastre! —exclamó Ron, enfadado.

—Lo siento—respondió Duncan en voz baja, algo desconcertado.

Rápidamente, cogió un trapo y empezó a limpiar el desastre. Mientras, Phoebe y compañía comentaban el extraño comportamiento de Duncan.

—Se pasa el día suspirando, distraído, y mirando a la puerta, como si esperara algo—explicó Dan.

—Yo creo que espera a alguien—afirmó Mike.

—¿Es quién yo creo? —preguntó Phoebe.

Dan asintió.

—Sí. Está claro.

—Lo que no entiendo es porque no coge el teléfono o el ordenador, y se

pone en contacto con ella. Por cierto, ¿ella lo sabe? —inquirió Jeremy.

—No creo. Y en cuanto a Duncan, ya sabes que desde que pasó lo que pasó, no corre riesgos. Es un cabezota—explicó Phoebe.

En ese momento entró Robin, que hacía mucho tiempo que no pasaba por allí, y se sentó con ellos. Llevaba un poncho de lana oscuro, unos vaqueros, y botas de cowboy. Todos la miraron, divertidos, intentando aguantar la risa.

—Mirad lo que tenemos aquí. Clint Eastwood en versión mística. ¿Dónde has dejado el caballo, vaquera? —preguntó Jeremy, riéndose.

Robin dibujó una sonrisa sarcástica.

—¡Qué gracioso! Resulta que este fin de semana estuve en el campo con unos amigos, y me compré estas botas. Me hacen sentir en conexión con la naturaleza.

—O con algún buen mozo campestre—afirmó Mike entre risas.

—Eso también—respondió Robin, guiñándole un ojo.

Duncan llegó a la mesa, y miró a Robin.

—Hola Robin, ¿qué te pongo?

—Té de hierbas con jengibre, por favor.

Duncan torció el gesto.

—No nos queda, me temo.

Robin puso una mueca de disgusto.

—Una cerveza, entonces. Y a ver si incluís en la carta más variedad de tés. ¡Que estamos en la nueva era!

Duncan no contestó, cosa que a Robin le extrañó. Normalmente siempre había un intercambio dialéctico, que a ella le divertía.

—¿Qué le ocurre?

—Se ha enamorado. Justo cómo tú dijiste—contestó Phoebe.

—Vaya. Y no ha hecho nada, claro—comentó Robin.

—Exacto—respondió Mike.

—Pero tenemos un plan—aseveró Phoebe.

—Pues más vale que lo pongáis en marcha pronto—afirmó Robin.

Aquella noche, ya en casa, Phoebe habló con Ron y le explicó la situación.

—Está claro que Duncan está enamorado de ella, Ron. Pero como es tan cabezota, no se atreve a dar el primer paso. Así que, tendremos que hacer que Lucía lo dé.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—Bueno, yo no tengo tanta confianza con ella, pero Allison, sí. Así que, mañana intentaré hablar con Allison, para pedirle que se ponga en contacto con Lucía y le cuente lo que está pasando aquí. Si ella le quiere, podrá animarse a hablar con él y así podrán estar juntos. Y si no, bueno, al menos, no daremos vueltas.

—Básicamente, me pides que me meta en la vida de Duncan e intente arreglar un problema que él prefiere dejar estar. No puedo hacer eso, Phoebe, se enfadaría conmigo si se entera de que me estoy metiendo en sus asuntos.

Phoebe puso los ojos en blanco.

—Ron, es un tema que nos atañe a todos. Mira lo que ha hecho hoy con la cerveza. Puede tener más despistes, y eso afectaría al negocio. Además, ¿no quieres que sea feliz?

—¡Claro que quiero que sea feliz!

—Entonces, hazlo posible. Te aseguro que te lo agradecerá.

Mientras tanto, Duncan estaba en su apartamento, sentado en el sofá viendo la televisión, mientras comía galletas de chocolate, que previamente mojaba en un vaso de leche. Estaba cambiando canales, cuando de repente, se detuvo al oír aquel idioma que era música para sus oídos y que le recordaba a ella. Estaban emitiendo la serie de televisión española Cuéntame<sup>[5]</sup> con subtítulos en inglés. Decidió no cambiar de canal y ver la serie. En ese momento, empezó a recordar aquellas conversaciones con Lucía en las que hablaban de todo un poco. De su vida, de su familia, de su trabajo.

Desde que se había marchado, dos meses atrás, había conseguido comprar todas sus novelas, y se las estaba leyendo una tras otra. Cuando se sumergía en sus historias, podía incluso oír su voz dentro de su mente. La echaba terriblemente de menos. Y por fin se había dado cuenta de lo que durante tanto tiempo se había estado negando a sí mismo. Se había enamorado de Lucía sin darse cuenta, y sólo había tenido claro lo que sentía por ella cuando ya no estaba a su lado. Quería estar con Lucía, charlar, abrazarla, besarla y sentarse junto a ella a mirar las estrellas.

Miró al otro extremo del sofá, y se imaginó que ella estaba allí, a su lado, explicándole cosas de España, de la serie, o de cualquier otra cosa. Suspiró con pesar. Estaba seguro de que Lucía no sentía lo mismo, y que mientras él estaba sufriendo, ella estaría inmersa en su próxima novela, pensando en otras cosas. Suspiró nuevamente y cerró los ojos. Aunque se mostraba pesimista y abatido, en el fondo tenía la esperanza de que la situación diera



un giro inesperado. Deseaba con toda su alma que Lucía irrumpiera en su vida de nuevo y se quedara con él para siempre. Mientras tanto, se conformaba con seguir soñando.

## CAPÍTULO 16

Allison y Frank acudieron a la llamada de Phoebe. Quería verse con ellos fuera del pub Mackenzie, para hacerles saber lo que estaba sucediendo con Duncan. Quedaron en el apartamento de Frank, donde Allison dormía casi todas las noches. Si la cosa seguía así, pronto darían el paso irse a vivir juntos.

Eran las cuatro de la tarde de un sábado de finales de noviembre, y a esa hora ya estaba anocheciendo. Phoebe y Allison estaban sentadas en el sofá del salón, mientras Frank servía té y pastas de mantequilla. Finalmente, se sentó con ellas, y Phoebe explicó la situación.

—Duncan está completamente enamorado de Lucía.

Allison y Frank la miraron, asombrados.

—Vaya, ¿te lo ha dicho él? —inquirió Frank. Le resultaba extraño que, siendo él su mejor amigo, Duncan no le hubiera mencionado nada.

Phoebe negó con la cabeza.

—No, pero se nota. Se pasa el día suspirando, se despista mirando a la puerta todo el tiempo, y si oye su nombre, se queda pasmado. Está loco por ella. Pero como es tan cabezota, se empeña en no admitirlo.

—Bueno, hay que estar muy seguro de eso—comentó Allison, dubitativa.

—Créeme. Le conozco. Por eso, debemos hacer algo. ¿Tú sabes algo de Lucía?

—Hablé con ella hace un par de días, pero no me ha comentado nada. Aunque yo tengo mis sospechas...

—Cuenta—la instó Phoebe, mientras Frank miraba a Allison atentamente.

—Estoy convencida de que Lucía está enamorada de él, pero no ha querido decirme nada.

Phoebe puso una mueca de disgusto.

—Así que tenemos a dos cabezotas enfrentados.

—Me temo que sí—comentó Frank.

—Bueno, pues debemos ponernos manos a la obra. Debes hablar con

Lucía y hacerle saber lo que está ocurriendo—dijo Phoebe.

—¿Y si nos estamos equivocando? —preguntó Allison.

—No nos estamos equivocando. Tú conoces a Lucía y yo a Duncan, y sabemos que están hechos el uno para el otro. ¿Me equivoco?

Frank y Allison se miraron, y negaron con la cabeza.

—No, no te equivocas—respondió Frank.

—Entonces, manos a la obra. ¿Dónde está el ordenador? —inquirió Phoebe.

Frank se levantó del sofá, y a los pocos minutos, trajo de su habitación su ordenador portátil. Lo colocó sobre la mesa y lo encendió. A continuación, dejó que Allison entrara en su perfil de Facebook, mientras los tres discutían el contenido del mensaje que le mandaría a Lucía. Allison esperaba que su amiga respondiera pronto y no la matara por meterse en su vida. Pero si ella había encontrado el amor gracias Lucía, lo mínimo que podía hacer era ayudar a su querida amiga a ser feliz.



La presentación del nuevo libro de Verónica Menéndez tendría lugar en la FNAC de Callao. Lucía llegó diez minutos antes y pudo coger sitio en primera fila. Allí se encontró con otros compañeros de la editorial que iban a apoyar a Verónica en ese momento tan importante. Enseguida vio a la protagonista del evento, charlando con la editora, Mar Narváez, una mujer de mediana edad que llevaba muchos años en el mundo editorial. Lucía se dirigió a donde estaban para saludarlas, y ambas mujeres la recibieron con una sonrisa.

—¡Lucía! ¡Has venido! —exclamó Verónica, dándole un abrazo.

—Ya sabes que no podía faltar—respondió.

—Precisamente estábamos hablando de tu próxima novela. Le estaba comentando a Verónica que el argumento tiene una pinta estupenda. ¿Cómo vas con ella? —inquirió Mar.

Lucía se encogió de hombros.

—Estoy en el último capítulo.

—¡Eso es fantástico! Así que podrás enviármela antes de la fecha prevista ¿no?

—Eso espero. Aunque ya sabes que el final es la parte más difícil—contestó Lucía.

—No te preocupes, aún hay tiempo—comentó Mar—. Bueno, os dejo,

que tengo que saludar al personal. Nos vemos en un momento.

Dicho esto, Mar se marchó, dejándolas solas.

—Te noto tristonaa. ¿Aún no te has olvidado del *highlander*? —pregunto Verónica.

Lucía suspiró con pesar.

—¿Cómo podría olvidarme? Al contrario, lo tengo incrustado en mi mente y en mi corazón. No sé qué hacer—se lamentó.

—Ponte en contacto con él. Seguro que Allison puede ayudarte.

Lucía negó con la cabeza.

—No, es una tontería. Seguro que esto es una fase.

—¿Una fase que ya dura dos meses? No lo creo. Esto es algo más.

Lucía se quedó mirando al vacío, pensativa.

—Si tan solo la vida me diera una señal, sabría qué hacer.

Verónica le dio una palmadita en el hombro y dijo:

—Pues estate atenta.

La presentación duró media hora aproximadamente. Durante el acto, Verónica contó todos los detalles de su última novela y después comenzó una ronda de preguntas. Al acabar el acto, se fueron a un bar cercano a tomar un café caliente, que venía muy bien para hacer frente a esas temperaturas otoñales tan frías que había traído el mes de noviembre. Una vez se sentaron en una mesa del abarrotado local, Lucía revisó su móvil, que había estado en silencio desde que empezó la presentación, y comprobó que tenía un mensaje de Allison. Con sumo interés, comenzó a leerlo:

<<Hola Lucía, ¿cómo estás? Espero que bien. Tengo algo importante que decirte, aunque no sé cómo te lo tomarás. Verás, he estado hablando con Phoebe y me ha contado algo que seguro te dejará sin palabras. Se ha enterado de que Duncan está enamorado de ti. Sí, yo también me quedé alucinada y no me lo creía. Pero según me ha contado Phoebe, es cierto. El problema es que Duncan no se atreve a decírtelo por miedo a que le rechaces. ¿Está en lo cierto? ¿Tiene motivos para pensar que tú no le quieres? Él es un cabezota que no cree las cosas hasta que no las ve con sus propios ojos. Si de verdad te gusta, vas a tener que dar el primer paso. No te enfades, por favor, solo quería ayudar. Un abrazo enorme.>>

Lucía volvió a leer otra vez el contenido del mensaje para saber si de verdad había leído todo correctamente. Y no, no se equivocaba. Sonrió ampliamente, y al momento, se levantó. Ya no había dudas, era el momento de actuar, y no iba a perder ni un minuto. Se acercó a Verónica, que la miró,

extrañada.

—Lo siento, tengo que irme—dijo, dándole un beso en cada mejilla, mientras se despedía de los demás agitando la mano.

—¿Ha pasado algo? —inquirió Verónica, frunciendo el ceño.

Lucía la miró, sonriente.

—¡La señal ha llegado! ¡Alto y claro!

Verónica abrió la boca, sorprendida, y empezó a reírse.

—Entonces, ¡date prisa! No vaya a ser que tu *highlander* se te escape—la instó.

Lucía suspiró, feliz, y salió corriendo del lugar en dirección a su casa. Una vez llegó a su apartamento, se fue directa a su ordenador, y empezó a buscar un billete de avión para Edimburgo en una agencia de viajes online. Finalmente, encontró un vuelo para el día siguiente. Mañana por la tarde estaría allí. Así se lo hizo saber a Allison, que se sintió aliviada al saber que su amiga no se había enfadado. Iría al aeropuerto a buscarla, y Duncan se llevaría una enorme sorpresa.



Edimburgo, al día siguiente.

Eran las seis de la tarde, y ya estaba todo preparado. El pub estaría cerrado durante varios días, en los que tendría lugar la reforma. Todo estaba tapado, para evitar que el polvo lo estropeará. Ron había estado ayudando a Duncan a dejarlo todo listo para que los obreros comenzaran las obras al día siguiente. Su padre también había estado con ellos, y para sorpresa de Duncan, había recibido con agrado la idea de reformar el local, así que no había oposición ni quejas por su parte. Parece ser que su padre era más comprensivo de lo que él creía.

Duncan suspiraba, cansado y triste, como hacía todos los días. Ron pasó por su lado, y dijo:

—Como sigas suspirando de esa manera, vas a acabar quedándote sin aire en los pulmones.

Duncan dibujó una sonrisa ladeada ante el comentario. Mientras, la tensión podía mascarse fuera del establecimiento. Dan, Phoebe, Maggie, Jeremy y Mike miraban hacia ambos lados de la calle, expectantes. Hacía media hora que Phoebe había recibido un mensaje de Frank, confirmando que

ya estaban de camino al pub, y que llegarían en cualquier momento. Jeremy miró el reloj, nervioso.

En el interior, Ron se acercó a Duncan, que estaba en la zona de la barra.

—Bueno, me marchó ya.

A continuación, le dio una palmadita en el hombro y se dirigió a la puerta.

—Hasta mañana—respondió Duncan.

Ron se fue, y Duncan se quedó a solas. Cerró los ojos y echó su cabeza hacia atrás. Respiró hondo y abrió los ojos de nuevo. La tristeza que sentía era más fuerte que el cansancio. Se rio de repente, recordando las palabras de Robin aquel día:

<< Veo a una mujer. Pero no es una mujer cualquiera. Es alguien especial. Única, diría yo. No tiene nada que ver con las mujeres que has conocido hasta ahora. Una mujer con fuego en las venas, con un alma pura e inocente. Vendrá volando desde el sur. Sí, eso parece. De un lugar un poco lejano. Un día, entrará por esa puerta, y no volverá a irse de tu vida, a menos que tú quieras.>>

—Y tú, Duncan Mackenzie, has sido un estúpido, y has dejado que se fuera—se dijo en voz alta, molesto—. Soy un idiota—se lamentó, suspirando con pesar.

De repente, oyó unos golpes en la puerta de cristal. Se giró, y vio a una mujer que le saludaba con la mano desde el otro lado. Duncan se acercó despacio, hasta llegar hasta donde ella estaba, y entonces la reconoció. Era Lucía. Sacudió la cabeza. Pensaba que estaba teniendo alucinaciones, y no se movió.

—Hola, Duncan —dijo ella, con timidez—. ¿Puedo pasar?

Al darse cuenta de que aquello no era un sueño, Duncan abrió la puerta, y la dejó entrar. Al pasar por su lado, la observó de arriba abajo. Llevaba un abrigo oscuro largo que le llegaba hasta las rodillas, una bufanda gris de lana, vaqueros, y botas marrones altas. Tenía las mejillas sonrosadas, y su preciosa melena rizada cubría sus hombros. Lo miró con sus hermosos ojos castaños, y Duncan se quedó sin saber qué hacer. No podía creerse que estuviera allí, delante de él.

—¿Te pilló en un mal momento? —inquirió ella, intentando parecer serena, aunque las piernas le temblaban de la emoción.

Mientras tanto, sus amigos y seres queridos, los observaban desde ambos lados de la entrada, intentando ocultarse para no ser vistos.

—Bueno, iba a marcharme ya, pero si quieres tomar algo...—consiguió decir él.

Lucía negó con la cabeza.

—No, no hace falta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Duncan.

—Pues pasaba por aquí y me he dicho, voy a ver a mi amigo Duncan y eso.

Duncan sonrió tímidamente.

—¿En serio?

Lucía se rio, nerviosa.

—Bueno, no es que pasara por aquí. Pero tenía algo importante que decirte.

—¿Ah, sí? Pues yo también tenía algo importante que decirte...

Lucía alzó su mano.

—Déjame a mí primero, que ya he reunido el valor y no puedo dejar pasar la oportunidad.

Duncan la miró, sorprendido.

—Vale, te escucho.

Lucía respiró hondo.

—Lo que quiero decirte es que, eres la primera persona en la que pienso cuando me levanto, y la última en la que pienso cuando me acuesto. Me duele el corazón cuando no estoy contigo, porque lo que quiero es estar a tu lado. Es decir que te...

—Te quiero—soltó Duncan, mirándola, embelesado. Lucía alzó la vista, asombrada. Ella había preparado un discurso, mientras que él se había dejado de rodeos, y había sido directo—. Estoy enamorado de ti, y me he dado cuenta cuando ya te habías ido. Encima he sido un cobarde, no me atrevía a decírtelo por miedo a que me dijeras que no.

—No te preocupes, a mí me ha ocurrido lo mismo.

Ambos se rieron. De repente, Duncan agarró las manos de Lucía entre las suyas, y las besó. Este gesto desató una avalancha de aplausos y vítores. Duncan y Lucía miraron hacia la puerta, y vieron a sus amigos. Entonces, sonrieron, un poco avergonzados.

—¡Callaos! ¡Que estropeamos la atmósfera! —oyeron decir a Phoebe.

Duncan y Lucía se miraron de nuevo, ignorando al resto del mundo.

—Hemos sido dos tontos ¿verdad?

—Sí, pero creo que lo hemos arreglado a tiempo—afirmó Lucía.

Duncan sonrió, y descendió sobre sus labios. Se fundieron en un dulce beso, que ambos saborearon despacio. Mientras se besaban, Duncan la rodeó con sus brazos y la estrechó más contra él. Pudieron oír de nuevo los aplausos y los vítores.

—Entonces, ¿te quedarás en mi vida para siempre? —preguntó Duncan, mirándola, embelesado.

Lucía sonrió.

—No pienso irme a ninguna parte—respondió ella—. Aunque, primero tendré que arreglar algunas cosas en Madrid. Ya sabes, hacer la mudanza y eso. Y luego tengo que buscar un apartamento. No puedo quedarme con Allison para siempre...

—Bueno, yo tengo una propuesta que hacerte. Hay un apartamento bastante grande muy cerca de aquí, con una bonita zona ajardinada. Viene con un guapo inquilino incluido, que está loco por ti. ¿Te interesa la oferta? —inquirió Duncan, lanzándole una mirada seductora.

Lucía se mostró pensativa durante unos segundos.

—Me interesa, aunque sería estupendo ver el apartamento antes...—respondió, mirándole con picardía.

Salieron del pub, y todo el mundo empezó a aplaudir. Sus amigos y conocidos saltaron de alegría, celebrando el triunfo del amor.

Minutos más tarde, llegaron al apartamento de Duncan. Nada más entrar se quitaron los abrigos, que dejaron tirados en el sofá, y empezaron a besarse con pasión y deseo. Lucía no se fijó en el apartamento. No tenía ojos para otra cosa que no fuera Duncan. Ahora quería estar con su muso, su *highlander*, el hombre de sus sueños. Continuaron quitándose ropa, mientras caminaban hacia la habitación. Cuando se tumbaron sobre la cama, ambos estaban en ropa interior. Lucía se había puesto lencería de encaje de color negro, y Duncan llevaba unos *bóxer* del mismo color.

Durante unos segundos dejaron de besarse y se observaron mutuamente. Lucía tenía un cuerpo con curvas, que a Duncan le parecían tentadoras y deliciosas, y ella contempló con deleite la figura musculosa y tonificada de él. Si aquello era un sueño, ninguno de los dos deseaba despertarse nunca.

Duncan se inclinó sobre ella y devoró sus labios con fervor, introduciendo su lengua en su boca, explorándola con deseo. Empezó a descender con dulces besos por su cuello, su clavícula, y siguió hasta su escote. Lucía se quitó el sujetador y dejó al descubierto sus pechos, que Duncan empezó a acariciar con la palma de su mano. Introdujo uno de los



duros pezones rosados de Lucía en su boca y empezó a saborearlo, algo que la hizo estremecer y arquearse, facilitándole el acceso. A continuación, Duncan introdujo su mano por debajo de sus braguitas de encaje, y empezó a mover sus dedos, haciéndola gemir de placer. Finalmente, le quitó las bragas, y él se quitó los calzoncillos, mostrando una considerable erección.

—No puedo esperar más—dijo él, mirándola.

Lucía lo observaba con los ojos nublados por el deseo, mientras Duncan sacaba un preservativo de un cajón. Se lo puso, y fue entonces cuando se colocó encima y entró despacio dentro de ella.

Una vez estuvo dentro, empezó a moverse, mientras Lucía se aferraba a él, colocando sus manos en su ancha espalda. Las embestidas empezaron siendo suaves, y al final, cuando notaba que estaban a punto de llegar al clímax, aceleró el ritmo. Llegaron a la cima juntos, y Duncan se derrumbó sobre ella, exhausto pero feliz. Notaba como el corazón le latía a toda velocidad, y apoyó su cabeza en el pecho de Lucía, que le acariciaba el pelo con ternura.

—Jamás me habría imaginado esto ni en mi mejor novela—comentó ella, risueña.

Duncan se colocó a su lado, apoyando su cabeza en la almohada.

—Bueno, yo estoy dispuesto a aportar mi granito de arena para que encuentres inspiración—afirmó, mirándola con picardía.

—De hecho, te diré que he estado escribiendo estos dos últimos meses.

—Así que al final encontraste una historia.

Lucía asintió.

—Sí, pero había un problema.

—¿Cuál?

—Que no sabía cómo terminarla.

—Vaya.

—Pero no te preocupes. Ya he encontrado el final perfecto para mi historia.

—¿De verdad?

Lucía asintió.

—Sí.

—¿Y cómo va a terminar?

—Con un final feliz.

## EPÍLOGO

Edimburgo, tres años después.

Todo estaba casi preparado para la celebración. Duncan ultimaba los preparativos y recibía a los invitados, que no eran otros que familiares y amigos de los Mackenzie y de Lucía. Esta última estaba con sus padres, dando vueltas por Edimburgo. Estos estaban compinchados con Duncan, que les había pedido que distrajeran a Lucía mientras en el pub lo preparaban todo. Al poco tiempo de empezar a salir con Lucía, Duncan había aprendido a hablar castellano para poder comunicarse con sus suegros, que no hablaban ni una palabra de inglés. Eso había facilitado mucho las cosas a todos los niveles.

Desde una sillita de bebé, el pequeño Connor Mackenzie, de solo siete meses, observaba a su padre con curiosidad, con sus preciosos ojos azules. Duncan daba vueltas delante del pequeño, mientras su abuelo Dan estaba sentado a su lado, cuidando también de su otra nieta, la pequeña Natalie, de tres años, hija de Ron y Phoebe.

Muchas cosas habían ocurrido en estos dos años. Al poco tiempo de reencontrarse, Lucía se fue a vivir a Edimburgo definitivamente. El primer año vivieron en el apartamento de Duncan, y después, cuando se casaron, se compraron una casa unifamiliar en Bonnington.

Dan y Maggie se casaron al poco de nacer la pequeña Natalie, y Ron y Phoebe seguían formando un matrimonio unido y feliz.

Jeremy y Mike también se casaron, y en esos momentos, estaban realizando los trámites para adoptar un niño. Por su parte, Frank y Allison llevaban casados dos años y medio, y estaban esperando gemelos.

Allí estaban todos, nerviosos y expectantes ante la inminente llegada de Lucía. El motivo de la celebración era que una de sus novelas se iba a convertir en una serie de televisión.

Duncan y Connor se habían vestido para la ocasión con un *kilt* con los colores de la familia Mackenzie. A Lucía le encantaba verlos así vestidos, sobre todo a su marido, que estaba muy guapo e irresistible. Duncan y Lucía

habían conseguido formar un matrimonio dichoso que se entendía a la perfección.

Más de una vez, Duncan había pensado qué habría sucedido si Lucía no hubiera dado el primer paso. Seguramente, él se habría quedado suspirando por las esquinas, dejando pasar la oportunidad de ser feliz. Afortunadamente, las cosas fueron bien distintas. Ahora era un marido orgulloso, el fan número uno de Lucía. Para él, la mejor escritora del mundo.

Finalmente, vieron aparecer a la invitada de honor, acompañada de sus padres. Todos se pusieron delante de la entrada, y Duncan cogió a Connor en brazos, mientras Natalie agarraba un ramo de flores entre sus diminutas manitas, para entregárselo a su tía. Cuando Lucía entró, todos la saludaron al grito de:

—¡Sorpresa!

Lucía sonrió ante los aplausos y los vítores, y fijó su vista en su marido y en su hijo. Se acercó a ellos, y agarró a Connor entre sus brazos, dándole un achuchón y muchos besos, que el niño recibió entre risas y gorgojos.

—¡Mis *highlanders*! ¡Qué guapos estáis! Y cómo me habéis engañado—dijo Lucía, mirando a Duncan.

—Estábamos todos compinchados—respondió Duncan, mientras su mujer se acercaba a él y le daba un beso en la mejilla.

—No hacía falta hacer una fiesta, de verdad.

—¡Pues claro que hacía falta! Es un éxito más que merecido. Has estado trabajando duro para llegar hasta aquí, así que, había que celebrarlo.

—Muchas gracias, Duncan—comentó Lucía, mirando a su marido, embelesada.

Duncan sonrió.

—Enhorabuena, *mo gradh*—dicho esto, la besó con ternura en los labios.

De repente, Lucía notó que algo tiraba de su pantalón, entonces miró hacia abajo y vio a Natalie con un enorme ramo de flores entre sus manos. La niña llevaba un vestido blanco con estampado floral y una chaqueta de lana de color rosa. Su precioso pelo rubio iba recogido en una coleta con un lazo también rosa, y la pequeña la miraba con una sonrisa en el rostro. Estaba adorable. Lucía dejó a Connor al cuidado de su padre, y se agachó. Entonces, la pequeña le entregó el ramo, y Lucía le dio un abrazo. La niña volvió con su madre, y Lucía se incorporó con el ramo de flores en la mano.

Más tarde, Lucía se sentó en una mesa, y observó a todos sus seres queridos. Duncan sostenía en brazos a Connor, mientras hablaba con Maggie.

Dan, Phoebe y Ron conversaban entre ellos, y Allison charlaba distendidamente con sus padres. Allí estaba su mundo, su familia y sus amigos. Y se sentía muy feliz por el hecho de compartir su vida con ellos.

En un momento dado, Duncan dejó a Connor al cuidado de Maggie, y se sentó al lado de su mujer.

—¿En qué piensas? —preguntó.

Lucía suspiró, sonriente.

—En lo afortunada que soy. Tengo una familia maravillosa, unos amigos geniales, un trabajo que adoro, y un marido irresistible—afirmó, mirando a Duncan.

—Gracias por eso último. Aunque el que ha tenido suerte he sido yo. Si no te hubieras lanzado, no estaríamos aquí ahora.

—Puede que sí. Aunque yo creo que estábamos destinados, y que no había nada que hacer. Tarde o temprano, nos habríamos encontrado.

Duncan asintió.

—Pues ahora que lo dices, creo que tienes razón. Creo que era inevitable que un día llegaras a mi vida.

—Y menuda llegada, casi me rompo la nariz—comentó Lucía, riéndose.

—Cierto. Sin embargo, es verdad que estábamos destinados. Lo sé muy bien.

Lucía miró a su marido con suspicacia.

—¿Ah, sí?

—Sí. Esto nunca te lo he contado, y creo que ya es hora. Antes de conocerte, Robin leyó mi futuro en la palma de mi mano, y me dijo que pronto conocería a una mujer venida del sur, con fuego en las venas, con un alma pura e inocente, que era muy diferente a las mujeres que había conocido hasta entonces. Y de repente, apareciste tú.

Lucía lo miró, sorprendida.

—Vaya, no sabía nada. Pensaba que no creías en esas cosas.

—Y no lo hacía. Pero después de conocerte, creo que cualquier cosa es posible, *mo gradh*.

—¿De verdad? —inquirió Lucía, emocionada.

Duncan la miró, embelesado, y le dio un tierno beso en los labios mientras acariciaba una de sus mejillas. Como siempre sucedía, cuando se besaban, se olvidaban del resto del mundo.

—Sí, *mo gradh*.

De nuevo, volvieron a besarse, y se miraron, sonrientes. Duncan y Lucía

eran dos mitades que habían estado perdidas, durante mucho tiempo. Ella buscaba la inspiración, y él no quería saber nada del amor, pero al final, el destino los unió y sus vidas cambiaron para siempre. Encontraron el uno en el otro a alguien especial que puso su mundo patas arriba. Aunque al principio dudaron, volvieron a enamorarse y consiguieron crear su propio final feliz.

FIN

Espero que te haya gustado. Si es así, por favor, deja tu puntuación y reseña en goodreads o amazon. tu opinión es importante.

## Nota de la autora

Siempre me han gustado las historias ambientadas en Escocia, y uno de mis sueños era viajar allí algún día. Hace muchos años, cuando aún vivía en Inglaterra, visité la ciudad de Edimburgo, y de forma instantánea, surgió el flechazo. Por eso, cuando empecé a elaborar la trama de *Alguien especial*, decidí que Edimburgo sería el escenario ideal para el desarrollo de la historia.

Por otro lado, elegí también Madrid como segundo escenario para la novela porque, ante todo, es la ciudad donde nací y crecí. Es un lugar que me encanta y que nunca deja de sorprenderme.

Cuando aún estudiaba en la universidad, visité el Barrio de las Letras, donde muchos escritores españoles habían vivido y habían trabajado (entre ellos, Cervantes, Lope de Vega o Góngora). Como es un lugar tan literario, consideré que sería el sitio idóneo para la primera aparición de Lucía.

Mi protagonista se llama Lucía, como mi hermana. Es un nombre que siempre me ha gustado. Y en cuanto a Duncan, bueno, quería que su nombre tuviera la fuerza de un aguerrido *highlander* escocés, que en el fondo es muy tierno y sensible.

## SOBRE LA AUTORA

**Andrea Muñoz Majarrez** (Madrid, 1987) es escritora y traductora. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid, y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido. Es autora de **Corazones rebeldes** (Amazon, 2017), **Charlotte Beverly** (Penguin Random House, 2018), **Siempre estuve esperándote** (Amazon, 2018) y **Un ramo de violetas** (Selecta, 2018). Además de escribir y ejercer como traductora, colabora en el canal de YouTube Retrolocatis, hablando sobre videojuegos, entre otros muchos temas. Si quieres saber más

sobre esta autora, visita su página oficial: [corazonrebelde.com](http://corazonrebelde.com)

---

[1] En el siglo XIX, varios callejones se sellaron para construir las *City Chambers*, sede del actual ayuntamiento de la ciudad. Entre ellos, estaba el St Mary. Hoy en día, es una atracción turística donde puedes disfrutar de una visita guiada, mientras te cuentan cómo vivían los habitantes más humildes de Edimburgo en el pasado, además de unas cuantas historias de fantasmas y asesinatos.

[2] Uno de los fantasmas más célebres del St Mary's Close. Cuenta la historia que Annie era una niña que quedó huérfana y aislada debido a la peste que asoló Edimburgo en 1645. Siglos después, una médium que visitaba el lugar percibió el espíritu de una niña que buscaba a su madre. Según la médium, la niña le dijo que se llamaba Annie, y algunos visitantes cuentan que han notado su presencia. La gente suele dejar juguetes donde se cree que vivió y donde siempre aparece, y la organización que lleva a cabo las visitas, dona todo a organizaciones que ayudan a la infancia.

[3] Dice la palabra en español.

[4] Lucía dice esto en castellano.

[5] Serie española, producida por Televisión Española, que cuenta las vivencias de una familia desde los años sesenta hasta los años ochenta. Se emite en televisiones de otros países.